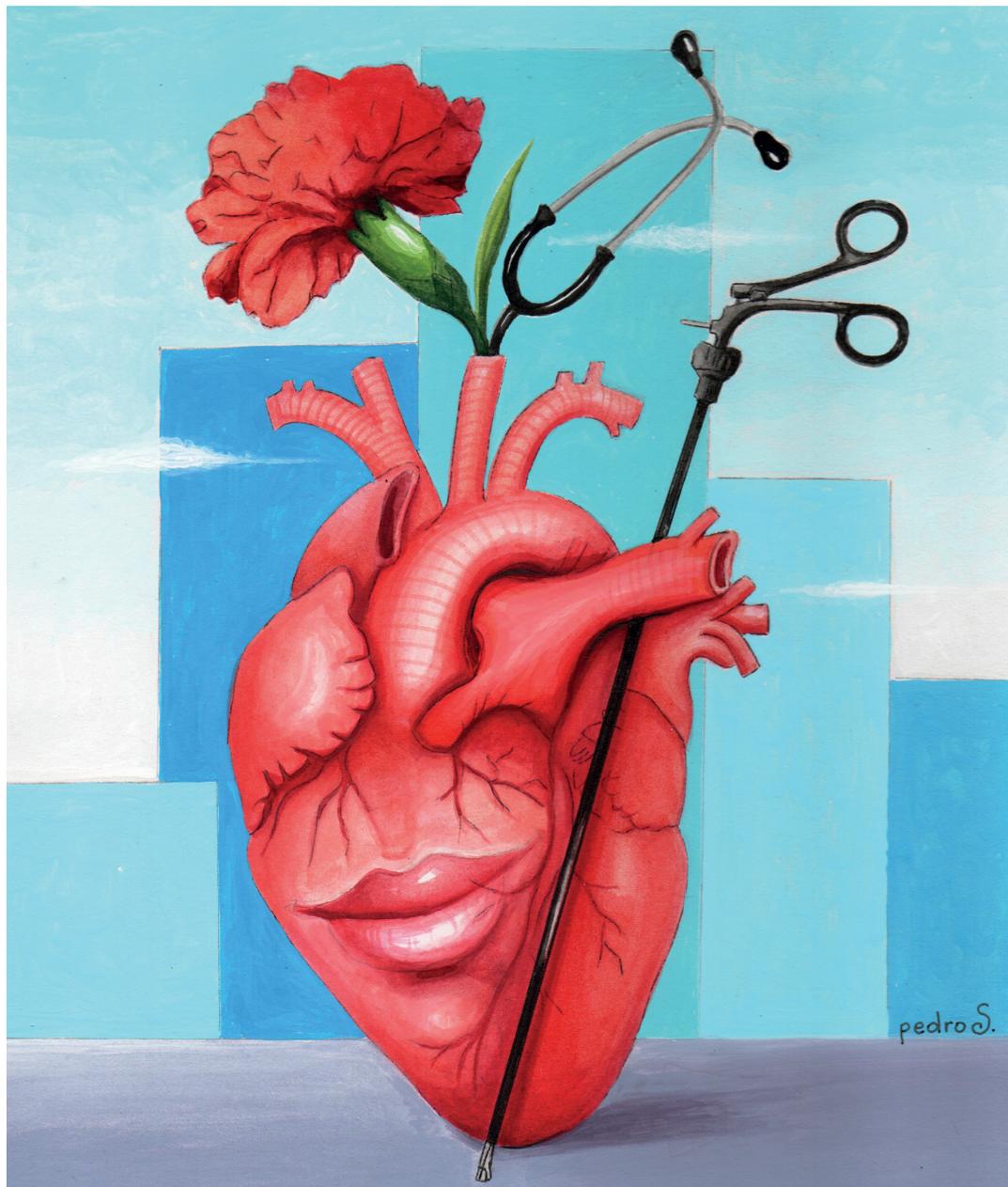


EL CORAZÓN DE UNA CIRUJANA

Doris Sarmiento Altamirano



EL CORAZÓN DE UNA CIRUJANA

EL CORAZÓN DE UNA CIRUJANA

© del texto: Doris Sarmiento Altamirano, 2024

© de esta edición: Universidad del Azuay. Casa Editora, 2024

ISBN: 978-9942-645-55-5

e- ISBN: 978-9942-645-56-2

Ilustración de portada: Pedro Sarmiento Ortega

Ilustración de nubes de palabras: Doris Sarmiento Altamirano

Fotografía de retratos: Andersson Sanmartín, Departamento de Comunicación de la Universidad del Azuay

Diseño y diagramación: Fernando León Guerrero

Corrección de estilo: María Cristina Andrade

Libro arbitrado por pares: Máximo Ortega, Trotsky Serrano

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay
en Cuenca del Ecuador

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga

Rector

Genoveva Malo Toral

Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni

Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi

Directora de la Casa Editora

Doris Sarmiento Altamirano

EL CORAZÓN DE UNA CIRUJANA



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

Dedicatoria

Esta narrativa está dedicada a cada mujer soñadora que lucha día a día por cumplir sus metas, a aquellas que en muchas ocasiones las tacharon de rebeldes o incapaces; pero que han demostrado al mundo, y a sí mismas, que pueden lograr todo lo que se propongan.

Doris

Agradecimiento

Mi primer agradecimiento es para *Dios*; creer en su presencia me fortalece y me invita a tener un propósito. A mi amado esposo *Rafael*, cuyo amor y apoyo lo han convertido en mi verdadero equipo de lucha. A mis padres, *Pedro* y *Gladys*, y a mis hermanos, *Priscila* y *Pedro*, quienes jamás han dejado de confiar en mí.

Agradezco a cada una de las cirujanas: *Ruth*, *Ginelda*, *Karla*, *Diana*, *Mayra*, *Karina*, *Cumandá*, *Nube*, *Catherine*, *Katherine* y *Nataly*, quienes se permitieron abrir sus corazones y compartir sus experiencias. Ellas son un ejemplo de perseverancia para las futuras generaciones y constituyen una red de apoyo invaluable para mujeres de distintos campos.

PRÓLOGO

EL CORAZÓN DE UNA CIRUJANA

Por
Máximo Ortega¹

El libro que el lector tiene al frente es una impronta colectiva de sus autoras por mostrar los entretelones de aquello que el paciente intuye detrás de los consultorios médicos o cuando espera consulta. En el medio clínico el estrés, la ansiedad, pero sobre todo el compromiso humano, se entremezclan con quienes han jurado (hipocráticamente) sanar al otro, a cualquier precio. En este caso, las mujeres que conforman esta publicación (compilatorio de visiones verídicas) son quienes viven y sobreviven a un ambiente tan difícil y delicado que muchas veces es incomprendido.

Fácil es reclamar un turno, exigir un diagnóstico y la propia curación. El enfermo busca sanarse, pero en su camino olvida la labor de quienes se han perfeccionado en la academia y la práctica médica para acudir en ayuda de los otros. Precisamente en este último aspecto radica una de las fuentes primordiales del libro.

El corazón de una cirujana es un conjunto de narraciones literarias (a manera de crónica real o cotidiana) que reflexiona sobre experiencias en el ámbito de la medicina y la especialidad de cirugía, cuyo original y principal aporte es vislumbrar elementos conceptuales necesarios para comprender la labor docente en la investigación y en la divulgación de prácticas dentro del contexto mencionado.

El libro está dedicado a médicos cirujanos, a médicos, a docentes de medicina, a investigadores, pero sobre todo a lectores y escritores de todo tipo de literatura. Aquí cabe recalcar que también el público, en general, puede acceder a literatura científica que se ancla en la experiencia de las autoras.

¹ Máximo Ortega Vintimilla (Azogues, Ecuador) aunque es Juez Penal y ha escrito libros en materia penal, es un amante de la literatura. En poesía ha publicado *La Poesía es algo más que un sueño* (1990) y *Vibraciones en Verde* (1998). También las novelas *El arcoíris del tiempo*, Madrid (1996), 2 ediciones, *Gigantescos elefantes dormidos*, Quito (2008) y *Simulación Fatal*, Pumaeditores y Grupo ONI, Quito (2022), 2 ediciones, con el que se inauguró la Serie Literatura Criminológica. También los cuentos *El hombre que pintaba mariposas muertas*. Su nombre ha sido considerado dentro de la "Historia de la Ciencia Ficción latinoamericana II", Editorial Iberoamericana-Vervuert, Madrid, así como en "Historia y antología de la literatura ecuatoriana T 8 B", editada por la Academia Nacional de Historia. Ha sido Personaje del año (2008), y ha recibido la Presea "José Bartolomé Peralta" al mérito cultural (2023).

Este libro de carácter narrativo-literario devela claves sobre una profesión tan delicada y fundamental en el campo de la salud: la cirugía. Asimismo, reflexiona sobre aspectos que nos permiten comprender la labor del cirujano frente al paciente (sus relaciones) y en el país y a nivel internacional.

Por lo general los trabajos publicados por médicos descuidan lo humano en pos de lo científico. En esta obra se cuidan y fortalecen estos dos últimos factores al mismo tiempo.

Sin lugar a dudas, nos encontramos frente a un valioso aporte de textos narrativos que direccionan al lector, al crítico a mirar la medicina desde las artes, a Doris Sarmiento y más autoras desde un enfoque literario que se avizora luminoso: han dado un gran paso.



DORIS SARMIENTO-ALTAMIRANO

- Médica por la Universidad de Cuenca.
- Especialista en Cirugía General por la Universidad Central del Ecuador.
- Magíster en Investigación de la Salud por la Universidad de Cuenca.
- Especialista en Docencia Universitaria por la Universidad del Azuay.
- Cirujana General en el Hospital de Especialidades José Carrasco Arteaga.
- Docente en la Universidad del Azuay.

“ ”

“Mi propósito es dejar una huella en el campo quirúrgico e investigativo, donde las mujeres podamos demostrar nuestras capacidades, sin olvidar el objetivo fundamental de la carrera médica: el servicio a los demás”.

COAUTORA



RUTH CASTRO

- Médica por la Universidad de Cuenca.
- Especialista en Cirugía General por la Universidad Central del Ecuador.
- Especialista en Docencia Universitaria por Universidad del Azuay.
- Magíster en Gerencia en Instituciones de la Salud por la Universidad Técnica Particular de Loja.
- Cirujana General en el Hospital de Especialidades José Carrasco Arteaga.

“ ”

“Mi propósito es realizar una subespecialidad y ser feliz haciendo lo que amo y compartiendo con los seres que amo”.

COAUTORA



GINELDA MONTALVÁN

- Doctora en Medicina y Cirugía por la Universidad Nacional de Loja.
- Especialista en Cirugía Plástica Reconstructiva y Estética por la Universidad Particular de Especialidades Espíritu Santo.
- Diploma Superior en Gerencia de Servicios de Salud por la Universidad Nacional de Loja.
- Cirujana Plástica en el Hospital Vicente Corral Moscoso y en el Hospital del Río.

“””

“Mi meta es seguir esforzándome en ser mejor cada día, por el bien de mis pacientes; y cumplir mi anhelo de especializarme en reconstrucción mamaria”.

COAUTORA



KARLA MARTÍNEZ

- Médica por la Universidad de Cuenca.
- Especialista en Cirugía General por la Universidad de Cuenca.
- Cirujana General en el Hospital General Marco Vinicio Iza.

“ ”

“Mi propósito es desarrollar mi potencial como cirujana, construyendo una carrera fundamentada en conocimientos y destrezas, con integridad, humildad y sabiduría”.

COAUTORA



DIANA TORRES-DÁVILA

- Doctora en Medicina y Cirugía por la Universidad Central del Ecuador.
- Especialista en Cirugía General por la Universidad Nacional de Loja.
- Cirujana General en el Hospital de Especialidades Eugenio Espejo.

“””

“Mi meta es fomentar la participación de la mujer en esta rama e impulsar la formación continua y permanente en las sociedades científicas, además de constituir verdaderos equipos”.

COAUTORA



MAYRA GUACHUN

- Médica por la Universidad de Cuenca.
- Especialista en Cirugía General por la Universidad de Cuenca.
- Especialidad en Angiología y Cirugía Vasculare por la Universidad de Guadalajara.
- Cirujana Vasculare en el Hospital San Juan de Dios.

“ ”

“Deseo publicar un libro sobre cirugía vascular junto a colegas de diferentes partes del mundo y así difundir todo lo aprendido”.

COAUTORA



FANNY KARINA LEÓN-LOAIZA

- Médica General por la Universidad Nacional de Loja.
- Especialista en Cirugía General por la Universidad Nacional de Loja.
- Diplomado de Gerencia en Servicios de Salud por la Universidad Nacional de Loja.
- Cursante del Doctorado en Ciencias de la Educación en la Universidad Santander de México.
- Docente titular en la Universidad Nacional de Loja.

“”

“Mi meta es realizar investigaciones en los ámbitos educativos y de salud, con el afán de aportar con calidad desde propuestas de formación; mediante proyectos o estrategias en servicios de salud para brindar bienestar social y comunitario”.

COAUTORA



CUMANDÁ LITUMA Y.

- Médica por la Universidad de Cuenca.
- Especialista en Cirugía General por la Universidad de Cuenca.
- Especialista en Docencia Universitaria por la Universidad del Azuay.
- Cirujana General en el Hospital General de Macas.

“ ”

“Busco seguir aplicando mis habilidades y conocimientos para brindar una atención oportuna, además de continuar con mi preparación y actualización en el campo de la cirugía”.

COAUTORA



NUBE FLORES L.

- Médica por la Universidad de Cuenca.
- Especialista en Cirugía General por la Universidad Central del Ecuador.
- Cirujana General en el Hospital Vicente Corral Moscoso.
- Docente en la Universidad de Cuenca.

“ ”

“Mi meta es alcanzar la excelencia académica, adquirir continuamente destrezas quirúrgicas y mantenerme actualizada en técnicas innovadoras para un mejor abordaje y tratamiento de mis pacientes”.

COAUTORA



CATHERINE CABRERA-ORDOÑEZ

- Médica por la Universidad Católica de Cuenca.
- Especialista en Cirugía General por la Universidad de Cuenca.
- Especialista en Coloproctología por la Universidad de Guadalajara.
- Cirujana Coloproctóloga en el Hospital San Juan de Dios.

“ ”

“Deseo seguir afianzando mis conocimientos y mi practica quirúrgica para poder servir a más personas”.



KATHERINE ASTUDILLO-BRAVO

- Médica por la Universidad Católica de Cuenca.
- Especialista en Cirugía General por la Universidad de Cuenca.
- Magíster en Gerencia de Salud para el Desarrollo Local por la Universidad Técnica Particular de Loja.
- Especialista en Cirugía Torácica por la Universidad de São Paulo.
- Docente en la Universidad Católica de Cuenca y la Universidad de Cuenca.
- Cirujana de Tórax en el Hospital Vicente Corral Moscoso, la Clínica Santa Ana y el Hospital del Río.



“Busco mejorar mi abordaje en el tratamiento de pacientes con patologías torácicas desde los servicios primarios. Además, deseo establecer parámetros para el diagnóstico temprano de la patología oncológica torácica en países subdesarrollados con sistemas de salud limitados”.



NATALY MIREYA ALVEAR-QUITO

- Médica por la Universidad de Cuenca.
- Especialista en Cirugía General por la Universidad de Cuenca.
- Especialista en Neurocirugía, Universidad Nacional Autónoma de México
- Alta especialidad en Cirugía de Base de Cráneo y Endoneurocirugía por la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Alta especialidad en Neurocirugía Vascular por la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Neurocirujana en la Clínica Santa Inés.
- Docente en la Universidad del Azuay y la Universidad Católica de Cuenca.

“””

“Deseo contribuir al desarrollo de la neurocirugía a nivel local, nacional e internacional. Además, mi propósito es llenar mi vida de experiencias constructivas, agradables y edificantes”.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 31

CAPÍTULO I

BARRERAS, DISCRIMINACIÓN Y ESTEREOTIPOS 35

ATRAVESANDO LA META

Una lucha sin fin

Doris Sarmiento-Altamirano 37

Disciplina 37

Constancia 38

Meta clara 39

Sedición 40

Transición 41

El trigo y la cizaña 41

Ideales 43

ENFRENTANDO LA DISCRIMINACIÓN

En busca de la equidad

Ruth Castro P. 45

Justicia 45

La joven mujer 46

Respeto 47

Decepción 49

Carácter 49

UNA LUCHA SOCIAL Y CULTURAL

Estereotipos de belleza

Ginelda Montalván

52

Inspiración

52

Dependencia

53

Valentía

54

Aspiraciones

55

Apariencia física

57

CAPÍTULO II

OPORTUNIDADES, PERSEVERANCIA Y APRENDIZAJE

61

BUSCANDO OPORTUNIDADES

Un camino de esperanza

Karla Martínez

63

Punto de partida

63

Buscando oportunidades

64

Zona de confort

65

Prudencia y templanza

67

Responsabilidad

68

PERSEVERAR ANTE LA PRUEBA

El amor a la cirugía

Diana Torres-Dávila

70

Infancia y amor

70

Edificar sobre roca

71

Amor real

72

Nueva vida

73

Certeza y convicción

74

Facetas

76

Tragedia

76

APRENDIENDO DE LA VIDA

Volar y soñar

Mayra Guachun

79

Soñar

79

Caminar sobre el agua

80

Sensibilidad

82

Nueva experiencia

83

CAPÍTULO III

ACADEMIA, MENTORÍA Y LIDERAZGO

87

INSPIRAR Y MOTIVAR

Dejando huella desde la docencia

Fanny Karina León-Loaiza

89

Vocación

89

Entereza

90

La semilla en tierra fértil

91

Paciencia

92

Obstáculos y satisfacciones

93

Formación pedagógica

94

CONOCIENDO EL LIDERAZGO

Enfrentando los miedos

Cumandá Lituma Y.

97

Retos

97

Catástrofe mundial

98

Frustración y desesperanza

101

Fortaleza y resistencia

102

Empoderamiento

103

CAPÍTULO IV

EMBARAZO, MATERNIDAD Y FAMILIA

105

ENTREGANDO AMOR Y VIDA

Planificar el futuro

Nube Flores

107

Sociedad

107

Disparidad

108

Siguiendo el sendero

110

Decisiones

110

Un amanecer

112

De vuelta al ruedo

113

MADRE Y CIRUJANA

Nacer para la cirujía

Catherine Cabrera-Ordoñez

116

Mi sitio seguro

116

Sacrificio

118

Resiliencia

119

De regreso a casa

119

Taquicardia

120

Nacimiento y maternidad

121

Reinventarme

122

FAMILIA, ESPERANZA Y AMOR

Apoyo y protección

Katherine Astudillo-Bravo

125

Caminos diferentes

125

Anhelos y desafíos

126

Heridas y suturas

127

Aceptación y sanación

128

CAPÍTULO V

EQUILIBRIO Y DESTREZAS

133

LOGRANDO EL EQUILIBRIO

Mente sana, cuerpo sano

Nataly Alvear-Quito

135

Presente y pasado

135

Afirmación

137

Emociones

137

Agradecimiento

138

Espiritualidad y filosofía

139

Relaciones sociales

139

Ejercicio físico y ergonomía

139

La soledad del cirujano

140

Autocontrol

141

DESARROLLANDO DESTREZAS

El quirófano, nuestro templo

Doris Sarmiento-Altamirano

143

Tribulación

143

Técnica y precisión

144

Valor y audacia

145

Serenidad

146

Vanidad de vanidades

148

¿A quién iremos?

149

REFERENCIAS

153

INTRODUCCIÓN

Este libro reúne las experiencias personales y profesionales de un grupo de mujeres cirujanas, quienes abrimos nuestros corazones para compartir en estas páginas nuestro amor por la cirugía, al igual que nuestros miedos, frustraciones, alegrías, tristezas, sueños, anhelos, desafíos y otros aspectos de la vida. De género narrativo y con tintes de relato, somos mujeres que hemos luchado por alcanzar nuestras metas, en cuyo camino superamos obstáculos, siempre con conocimiento, capacidad y entereza.

Esta publicación se divide en cinco capítulos. El primero aborda temas relacionados con barreras, discriminación y estereotipos, acápite que se incluyeron debido al alto porcentaje de discriminación que las cirujanas ecuatorianas experimentan. Junto a un grupo investigativo, demostramos que esta cifra alcanza el 48,6% (Sarmiento Altamirano *et al.*, 2021). Además, ellas enfrentan un factor que contribuye a la falta de progresión profesional: la cultura organizacional. Esta promueve una estructura de carrera rígida que tiende a favorecer a los cirujanos.

En muchas ocasiones, la discriminación se percibe desde distintos frentes, ya sean pacientes, colegas, familiares o incluso autoridades. Estas personas, influenciadas por concepciones sociales y culturales sobre el papel de una mujer en el área quirúrgica, asumen que el rol de especialistas en cirugía debe ser exclusivo para figuras masculinas, por lo cual cuestionan las competencias quirúrgicas de una mujer.

Por otro lado, en el segundo capítulo se aborda el tema sobre las oportunidades, la perseverancia y el aprendizaje que enfrentaron en el camino tres cirujanas que alcanzaron su meta. Se documenta la experiencia y el esfuerzo que implica conseguir una plaza de trabajo luego de un largo proceso para lograr ese sueño. Además, se explora el desafío que significa para una profesional salir de la zona de confort con tal de ejercer aquello que le apasiona.

Desde la lucha constante, el amor por la cirugía nos brinda el impulso necesario para superar cualquier muro, problema y tragedia que se presenta en nuestro camino. La vida es un continuo aprendizaje, sin importar donde nos encontremos. Ya sean los acontecimientos positivos o negativos, lo importante es sumar a nuestra alma aquello que consideramos útil y que nos ayudará a crecer como personas y profesionales.

El tercer capítulo expone el tema de la academia, la mentoría y

el liderazgo. Se destaca la importancia de dejar una huella en las futuras generaciones a través de la docencia y una auténtica mediación entre profesores y aprendices. Esto requiere vocación, propósito e integridad, de manera que se busque sembrar la semilla en tierra fértil para conseguir una educación de calidad y calidez al servicio de los pacientes.

Los puestos de liderazgo están destinados en su mayor parte a los colegas masculinos. Este capítulo habla sobre enfrentar esa brecha y demostrar nuestra capacidad, donde las mujeres también somos idóneas para dirigir, constituye la experiencia de afrontar los miedos desde la administración, y caminar a pesar de la catástrofe, frustración y desesperanza. La consigna es resistir y llenarnos de resiliencia.

El cuarto capítulo recopila relatos sobre embarazo, maternidad y familia. Se ha escogido esta temática debido a que, como se ha demostrado en varias investigaciones a nivel mundial, las cirujanas tienden a retrasar su maternidad como resultado de su formación quirúrgica. Además, experimentan una elevada incidencia de infertilidad y enfrentan altos índices de complicaciones en el embarazo.

Aquellas que deciden y logran un embarazo, en primera instancia, afrontan cambios físicos y psicosociales que acompañan al estado de gravidez. Posteriormente, enfrentar el conflicto familiar-laboral se convierte en un reto y esfuerzo adicional para coordinar la responsabilidad de ser madres con las demandas de la academia y el trabajo. En esta sección se enfatiza en cómo reinventarnos y empezar de nuevo desde otra perspectiva, sin perder la esencia.

También se enfoca en el apoyo familiar, que debe estar impregnado de esperanza y amor, así como en los anhelos y desafíos, mientras exploramos nuestros comienzos y de dónde venimos. Asimismo, se centra en las heridas que brotan con cada caída, acompañadas por el reconocimiento y la aceptación, que nos hacen sanar y aprender a remplazar el dolor por la alegría.

Finalmente, en el quinto capítulo se abordan temas sobre equilibrio y destrezas. Se enfoca en la importancia de mantener el cuerpo y la mente saludables, donde la cirujana debe poseer la capacidad de armonizar sus emociones para trabajar de una manera eficaz. Cada una es libre de buscar comodidad y paz de diferentes formas, ya sea a través del deporte, la gratitud, mediante cuestiones espirituales y filosóficas, en grupos sociales u otras prácticas.

Además, este último capítulo se enfoca en el desarrollo de las destrezas quirúrgicas, las cuales se aprenden y desarrollan mediante la repetición. Asimismo, me enfoco en el tema de la empatía cuando estamos del otro lado, pues las cirujanas también podemos ser pacientes. El desasosiego y la tribulación nos ha permitido fortalecernos y alcanzar la audacia y el valor para vencer los miedos en diferentes ámbitos de la vida, así como en el área profesional. En la toma adecuada de decisiones, acompañada del juego entre el ego y el alma, la adrenalina se convierte en el impulso para lograr lo que nos proponemos, mientras que el cortisol nos ayuda en la supervivencia.

Cabe mencionar que cada relato incluye una nube de palabras, generadas mediante un método cualitativo, las cuales resaltan aquellos términos que se repiten de manera constante.

Las cirujanas presentadas en este libro representan perfectamente a mujeres del campo de la medicina, aquellas apasionadas por su profesión y que luchan día a día para enfrentar los obstáculos del camino. Muchas de nosotras hemos sido tachadas como las jóvenes rebeldes que quisimos ingresar a un mundo culturalmente considerado para hombres. A pesar de esos paradigmas, nos levantamos y peleamos cada batalla, incluso esas que libramos con nosotras mismas para empezar a confiar, tener autocontrol y la certeza de que nacimos para esto.

Queremos trascender el hecho de contar las anécdotas y experiencias de nuestro día a día. La nueva meta que deseamos y esperamos alcanzar en un futuro no muy lejano es iniciar una red de apoyo de mujer a mujer, para compartir un espacio con el mundo y la sociedad en el entorno profesional médico.



CAPÍTULO I

BARRERAS, DISCRIMINACIÓN Y ESTEREOTIPOS

pedro S.

ATRAVESANDO LA META

Una lucha sin fin

Doris Sarmiento–Altamirano



Disciplina

Ingresé a la escuela de medicina en busca de la cirugía. Mi sueño desde la adolescencia fue verme en un quirófano para salvar vidas. El camino no ha sido fácil y aún queda mucho por recorrer, pero, sobre todo, por aprender.

Nací rodeada de arte. Gracias a mi padre, un artista plástico reconocido, mis mejores juguetes de la infancia fueron los pinceles y lienzos. Mi madre, una mujer de carácter fuerte, me enseñó a levantarme frente a cada tropiezo. Durante la niñez, el mejor regalo que recibí fue un libro de dibujo y pintura que contaba la historia de un lápiz, el cual, a pesar de su pequeñez, hacía cosas increíbles.

Desde niña me gustaron los retos. Tenía un espíritu competitivo en todo lo que desempeñaba, ya fuese deporte, música, danza, oratoria, dibujo o pintura; siempre luchaba por obtener un lugar o dejar una huella. Cuando tenía 12 años, la vida me llevó a un curso de natación. En una piscina de apenas doce metros aprendí a nadar y me apasionó aquel deporte.

Apenas empezaba mi adolescencia, pero sentí que los dos meses del curso vacacional no eran suficientes. Los organizadores decidieron seguir y extenderlo a una actividad de las tardes. Convencí a mis padres para que me permitieran continuar, y aunque implicaba un sacrificio para ellos por cuestiones de transporte y dinero, accedieron.

Apenas inicié, acudía de manera constante. Llevaba un cuaderno con dibujos de las técnicas y estilos de natación, acompañados de su respectiva teoría. Cuando el profesor (Rafael Vintimilla) vio aquello, me felicitó y considero que, desde entonces, confió en mí. Sin embargo, atravesamos un percance familiar: mi hermana enfermó gravemente y tuve que dejar ese deporte por algunos meses. Afortunadamente, Dios nos ayudó y ella se recuperó. Todo parecía volver a la normalidad, así que retomé el entrenamiento.

Durante mi nueva semana de regreso, se celebró la primera competencia interna de natación en la provincia. A pesar de no haber entrenado, participé y logré obtener el tercer lugar. Me enfrenté a hábiles deportistas, por lo que me sentí sumamente orgullosa de la medalla obtenida y fui seleccionada para ser parte del equipo de la ciudad. A partir de entonces, continúe mi entrenamiento diario, donde la persistencia y perseverancia se convirtieron en una prioridad en mi vida.

Constancia

Curiosamente, un año después se habilitó una piscina semiolímpica de 25 metros en el colegio donde yo estudiaba. Allí se celebró la primera competencia de juegos intercolegiales y logré la mejor marca técnica y una medalla de oro. Muy feliz, entrenaba seis días a la semana. Empezamos a participar en campeonatos nacionales, y sentía que mejoraba con la práctica. Recuerdo que en ese entonces quería llegar a las olimpiadas, ¡ese era mi mayor anhelo!

Poco a poco, el número de deportistas de natación en la ciudad disminuyó hasta que quedé como la única representante, lo cual me impulsó a entrenar diariamente y sin decaer. En septiembre de 1998, durante la fiesta del Yamor en Otavalo, se llevaba a cabo una competencia de aguas abiertas en el lago San Pablo, con una distancia aproximada de 4 kilómetros y bajo temperaturas que oscilaban entre los 6 a 8 grados centígrados. Mi profesor y mi familia me motivaron a entrenar muy duro para participar en ese evento. Tuve que trabajar en la adaptación a temperaturas bajas y, sobre todo, en lograr la resistencia suficiente.

Mi papá me acompañó a la competencia como siempre lo hacía, llegué un día antes; apenas me dio tiempo de descansar. Recuerdo claramente aquel frío día del evento. Llegamos al lugar de la salida a las 6 de la mañana. Las

delegaciones se presentaron con sus equipos, lanchas, botes, uniformados y hasta con los brazos pintados para nadar en conjunto. Yo era la única deportista de la provincia del Cañar, así que mi único acompañante era la fe y las ganas de llegar. Mi padre me cubrió todo el cuerpo con glicerina para así mitigar el impacto de las bajas temperaturas. Llegó el momento del inicio, escuché el disparo y empezó la travesía.

Apenas empezó, todo fue un caos. Sentí patadas y golpes. Aproximadamente, eran 200 participantes de todas las edades. No existían categorías ni distinción de género. Logré pasar el primer reto, pues muchos se quedaron en la salida; yo continúe, aunque no fue una tarea fácil. Durante el trayecto, la temperatura no era el problema, sino el sentido de orientación. ¡Levantaba mi cabeza y solo veía agua! No sabía a donde dirigirme y me desvié unas cuantas veces.

Durante casi una hora nadé con todas mis fuerzas, hasta que de pronto divisé el muelle. Redoblé mis esfuerzos y finalmente llegué a la meta. ¡Lo había logrado! Me arroparon con una toalla y me brindaron una bebida caliente. Al ingresar a la cabaña, noté la ausencia de muchos competidores. Estaba confundida. Luego me di cuenta de que había sido una de las primeras en llegar. ¡Mi profesor y padre saltaban de la emoción!

Con tan solo 14 años, ese momento marcó un punto de inflexión en mi vida. Supe que podría lograr cualquier cosa que me propusiera, siempre y cuando lo hiciera con disciplina, constancia, perseverancia y amor. A partir de ese día, mi vida cambió. Cada meta y sueño que me planteo, lo persigo con ahínco hasta verlo realizado.

Meta clara

Los años transcurrieron y, durante mi etapa colegial, me incliné hacia la medicina. Desde entonces, fui voluntaria en el hospital, donde tuve la oportunidad de observar algunas intervenciones quirúrgicas. Realmente me visualicé allí: ¡sentía que ese era mi lugar! Mi anhelo de ser deportista olímpica cambió. Comprendí que como médica podría servir de manera más efectiva.

Llegué a la universidad con la mente clara sobre lo que quería hacer y ser el resto de mis días. Jamás tuve dudas. Luché por ello y la vida me fue guiando en el camino para lograrlo. Al terminar mi año rural, inmediatamente acudí al concurso para las plazas de posgrado en la ciudad de Quito y aprobé. Tenía 24 años de edad.

Había arribado a Quito, una ciudad desconocida para mí. La primera rotación fue en terapia intensiva; nunca me había enfrentado a un área tan compleja. Al ingresar, empezó el trabajo de inmediato. Tuve la sensación de ¡no saber nada!, pero poco a poco me familiaricé e hice amigos.

Pasaron los meses y roté por servicios de cirugía en diferentes hospitales de Quito. Aunque me costó al inicio, creo tener una gran facilidad para adaptarme a las circunstancias, por lo cual, con esfuerzo y dedicación, aprendí los protocolos y el manejo específico de cada sitio.

Roté por diferentes hospitales, tanto de la ciudad como fuera de ella; siempre procuré aprovechar al máximo cada experiencia. El hecho de vivir sola y no tener a mi familia cerca me llevó a pasar muchas horas dentro del hospital. Tuve la fortuna de contar con excelentes maestros y mentores, de quienes aprendí mucho y considero que fueron fundamentales para lograr mi meta: ser cirujana.

Sedición

Era un jueves 30 de septiembre del 2010. cursaba mi segundo año de residencia, mientras realizaba una rotación en el hospital de la policía en la ciudad de Quito. Aquel día, hubo mucho movimiento afuera del centro hospitalario debido a que el país enfrentaba una crisis política. Junto a una amiga residente de urología, veíamos a los medios de comunicación dentro del edificio y a toda una capital sumida en el caos. De repente, el presidente ingresó como paciente por circunstancias ya conocidas, a cargo de galenos del lugar. ¡Jamás imaginé lo que pasaría!

En los medios de comunicación se evidenciaba el peligro que acechaba a la ciudad. Hablé con mi madre, quien se mantuvo tranquila al decirme: “Afortunadamente, estás en un lugar seguro”. Aproximadamente a las 20:30 horas, mientras realizaba pendientes y trabajaba en la computadora, de pronto escuché detonaciones de armas de fuego. Nuestra primera reacción con mi colega fue lanzarnos al piso y arrastrarnos hasta un baño.

En un pequeño baño del segundo piso, con varias personas dentro, aún no entendíamos qué pasaba. Solo escuchábamos muchos disparos. Tenía algunas llamadas de mi familia y amigos, quienes me decían: “Todo está bien, son balas de goma”.

Los gases lacrimógenos ya habían irritado nuestras mucosas. Sentí mucho miedo al saber lo que ocurría. En aquel reducido lugar había llanto y desesperación. Trataba de orar, pero del nerviosismo no podía concentrarme. Escuchaba romperse portones de vidrio y gritos de desesperanza. Pasaron 20 minutos y supimos que habían logrado el objetivo: sacar del hospital al presidente. Sin embargo, la furia humana no se detuvo y la balacera continuaba... ¡y no eran balas de goma!

No podía quedarme escondida. Tenía que socorrer a los pacientes y atender a los heridos. Con temblores recorriendo mi cuerpo, me puse de pie y, en primer lugar, revisé el estado de los pacientes hospitalizados. Los encontré escondidos debajo de sus camas, otros refugiados en los baños; todos con expresiones de profunda desesperación. A continuación, acudí al área de emergencias para ayudar en lo que fuese necesario. Tuve que armarme de valor y desterrar el miedo de mi cabeza, pues había varios lesionados que requerían intervenciones quirúrgicas de inmediato. Los profesores cirujanos estaban ahí para hacerlo, pero yo ayudé en los procedimientos y vimos el amanecer cargados de frustración y furia.

Al día siguiente, cuando recorrimos el hospital, parecía que un terremoto hubiese azotado ese lugar. Sentí mucha decepción. No podía creer que hubieran atacado de esa forma una casa hospitalaria. La mayoría de las

balas dañaron puertas, vehículos, termocunas, televisores, ventanas, y también varias personas perdieron la vida. No me quedó más que dejar atrás aquella terrible experiencia, con gratitud de no haber resultado herida; sin embargo, es algo que marcó mi posgrado. Me hizo ver que la ira exacerba el furor y lo rápido que podemos olvidarnos de la hermandad.

Transición

Pasaron cuatro años, con altibajos marcados por un constante proceso de aprendizaje y lucha. ¡Me gradué! Finalmente logré alcanzar aquel gran sueño que añoraba desde mi adolescencia. Después de años de autofinanciar mis estudios, de trabajar incansablemente sin percibir un sueldo, por fin empecé a obtener una remuneración. Además, me consideré afortunada al tener la oportunidad de trabajar en uno de los hospitales donde me formé. Allí estaba mi mentor y jefe, el doctor Fernando Flores, a quien le guardo un profundo agradecimiento por sus valiosas enseñanzas.

La transición de residente a cirujana es compleja. Suelo compararla con un hijo en proceso de destete en la lactancia materna, porque durante la etapa de residencia buscamos aprender y aprovechar cada intervención quirúrgica mientras nuestro profesor, tutor o mentor se encuentra al frente para guiarnos y ayudarnos; en la medida que esté allí, nada ocurrirá. Sin embargo, al convertirnos en médicas tratantes, la responsabilidad cambia y las decisiones son propias.

En el centro hospitalario donde empecé a laborar, había trece cirujanos, de los cuales yo era la única mujer. Tuve el apoyo de todos, pues habían sido mis tutores y profesores durante el posgrado. Siempre me demostraron mucho respeto, cariño y compañerismo. Desde mi época de residencia, logré ganarme la confianza de mi jefe, quien incluso me delegaba la responsabilidad del servicio durante sus períodos de vacaciones.

Aunque apenas empezaba, me sentía muy segura. Mis docentes estaban allí, y ante cualquier duda quirúrgica, técnica o alguna dificultad de manejo, sabía que podía acudir a ellos. Luego de un año y medio de sentir que tenía una familia en aquel lugar, decidí mudarme de ciudad. Era hora de volver a casa para estar cerca de mi familia y comenzar de nuevo. Con mucha nostalgia dejé atrás ese hospital que me había brindado una hermosa oportunidad de desarrollo personal y profesional.

El trigo y la cizaña

Llegué a uno de los hospitales de referencia en Cuenca, y allí también era la única mujer entre nueve hombres cirujanos. Venía de un sitio donde había enfrentado algunos obstáculos en mi formación, situaciones que se debieron a cuestiones ajenas a colegas o maestros: enfrentar una que otra enfermedad sin la compañía de mi familia, momentos de soledad, entre otros. Sin embargo, jamás imaginé que aún persistía un sesgo de género, incluso de manera inconsciente, en el campo quirúrgico.

Apenas ingresé al hospital, se me asignó la resolución de cirugías represadas, las cuales busqué cumplir con gusto, sin imaginar que existiría un colega, "la excepción", que trataría de ponerme trabas. Desde el hecho de prohibir a los residentes que me brindaran ayudantía quirúrgica hasta su esfuerzo por impedir que se me facilitara el equipo laparoscópico, e incluso llegar al punto de hablar de mi "incompetencia" frente a los posgradistas y pacientes. Fue muy difícil asimilar lo que ocurría con ese cirujano. Preguntaba a mis colegas si eso era común con los nuevos, pero la respuesta era negativa. Recién en ese momento me percaté de una barrera, muy probablemente dada por el género.

A pesar de todos esos problemas, seguí adelante. Durante cuatro años, formé parte de un equipo de excelentes profesionales y seres humanos; cirujanos decididos y muy trabajadores. Juntos, rompimos barreras y alcanzamos muchos logros a nivel nacional e internacional, además de forjar una verdadera amistad que perdura hasta la actualidad.

En la antigüedad, las mujeres tuvieron que luchar para obtener el derecho al voto, aprender a leer y escribir, así como lograr acceder a la educación. Y aún se esforzaron mucho más para llegar a ser médicas y, sobre todo, cirujanas. La historia reporta que las primeras cirujanas en el mundo se vestían de hombres para poder ejercer esta profesión. Tuvo que transcurrir muchos años en nuestro país para que apareciera el ejemplo de Matilde Hidalgo de Procel, quien marcó un antes y un después. Ella abrió un camino para las mujeres en la medicina y política.

Durante estos años de ejercer la profesión he podido observar que las mujeres enfrentan mayores barreras y dificultades que los hombres. No es una comparativa ni un rechazo a los médicos. De hecho, mis mentores son cirujanos y ellos han constituido un pilar fundamental en mi formación, así como un apoyo importante en este sendero.

Tras escuchar diversas experiencias de colegas cercanas, decidí estudiar las barreras y la disparidad de género que enfrentan las cirujanas ecuatorianas, y los resultados llamaron mi atención. Entre ellos, destaca la presencia de un reducido porcentaje de mujeres en la especialidad, situaciones de acoso y discriminación a las que son sometidas, problemas y limitaciones familiares debido a su profesión, baja participación en puestos de liderazgo, y una falta de reconocimiento en su calidad de cirujana por parte de los pacientes.

A pesar de que han pasado muchos años y hemos avanzado en esos aspectos, y más aún que actualmente nos encontramos en una nueva era donde la tolerancia, el respeto y la empatía empiezan a ser parte del diario vivir; todavía persiste el problema que yo categorizaría de carácter cultural, pues de manera inconsciente se asume que un cirujano debe ser un hombre.

Diversos prejuicios y estereotipos afectan la percepción de las mujeres por parte de los profesionales hombres, quienes esperan que las cirujanas sean más amables y compasivas en comparación a ellos. De no cumplir

con estas expectativas, a menudo se las percibe como menos competentes o aptas para el trabajo. Incluso las salas de operaciones presentan un entorno mayormente masculino, con instrumentos y mesas quirúrgicas diseñadas para hombres, personas altas y con manos grandes.

La literatura mundial nos indica que, aunque las mujeres son mayoría en los egresos de las carreras de medicina, aún están subrepresentadas en el mundo quirúrgico. Esto plantea la pregunta: ¿por qué razón es más difícil para una mujer elegir una especialidad quirúrgica? Tengo varias teorías que podrían responder a esta gran interrogante.

La primera es que, debido a que las mujeres cirujanas son minoría en su campo, esto lleva a que se sientan aisladas o marginadas, con lo cual existe un acceso limitado a oportunidades de formación, mentorías, puestos de liderazgo, a la vez que se restringe su crecimiento y desarrollo profesional. Otra de las problemáticas más comunes es el conflicto entre la carrera profesional y la maternidad. Muchas mujeres luchan para equilibrar su trabajo con su vida personal, especialmente si están criando hijos. A todo esto se suma el impacto de la discriminación y el acoso sexual por parte de los colegas, pacientes o autoridades. Además, una barrera adicional es el hecho de que una mujer debe realizar un sobreesfuerzo para poder demostrar su capacidad y ser aceptada en este “mundo de hombres”.

Ideales

Después de tener esta experiencia investigativa, en la cual observé que el problema es sociocultural y que la percepción de las mujeres cirujanas debe convertirse en una razón de lucha colectiva, me permito ser una fuente de apoyo al trabajar desde mi lugar para levantar la voz y demostrar que la capacidad y destreza no tienen género.

En la actualidad, apporto en la investigación médica y permito que mis colegas mujeres se sumen a la academia y sociedad científica al participar en estos estudios. Además, otro modo de luchar es incentivar la mentoría a nuestros estudiantes y residentes.

El objetivo es luchar en conjunto como un gran equipo. De esta manera, se forman redes de apoyo que permitan identificar las barreras existentes para las mujeres cirujanas en este ámbito, eliminarlas y cambiar las fuerzas sociales para erradicar la discriminación de género. Además, se busca fomentar una mayor igualdad de oportunidades y reconocimiento en la práctica quirúrgica en Latinoamérica y todo el mundo.

La vida es una lucha diaria, la actitud es lo que marca la diferencia. No sabemos qué otras barreras tendremos que superar, pero con humildad y firmeza podemos lograr todo lo que soñamos.



Fuente: archivo personal de Doris Sarmiento

“”

“Trabaja por tus sueños, el poder está en tu mente”.

No cabe duda que las mujeres en el campo de la medicina y la cirugía hemos tenido que demostrar nuestra capacidad con un esfuerzo doble, en un mundo que todavía es gobernado mayoritariamente por los hombres. La cirugía es una de las especialidades quirúrgicas que para las mujeres realmente ha significado un reto y una lucha por la igualdad de oportunidades.

Aun en esta época persiste el machismo en la sociedad, el cual impide reconocer que la mujer tiene las mismas capacidades y habilidades en todos los campos del conocimiento. Yo no he sido ajena a esa misma discriminación que hoy experimentan muchas mujeres cirujanas en nuestra profesión. Esa misma marginación, en ocasiones, proviene de algunos pacientes, colegas o, incluso, de congéneres, quienes dudan de nuestras competencias para desempeñarnos en el área quirúrgica.

Desde mi entrenamiento en el posgrado como cirujana palpé la percepción que algunos de los docentes tenían sobre las mujeres en formación. Pude juzgar la amabilidad que la mayoría de ellos mostraba hacia las mujeres, el aprecio que llegaban a tenernos y la ternura con la que nos trataban. Sin embargo, en sus miradas observé y sentí lo difícil que les resultaba confiar en nuestra capacidad para operar, pues eran conscientes de que destacábamos en el campo teórico de la cirugía más que los compañeros cirujanos.

En la práctica quirúrgica, la situación se tornaba complicada. Los docentes confiaban más en los compañeros hombres, a quienes en la mayoría de las ocasiones se les permitía operar solos, únicamente con la supervisión de ellos; los vigilaban desde la esquina de la sala operatoria, sentados en una silla. Mientras tanto, eso no ocurría con las cirujanas: podíamos operar, pero siempre acompañadas del cirujano tutor. ¿Coincidencia o percepción? ¡Nunca lo sabré!; más esa era la realidad que sentía y vivía a diario.

A pesar de ello, siento una gratitud infinita hacia mis maestros, porque esa desconfianza nos hizo trabajar el doble para competir frente a nuestros colegas y demostrar a ellos, a los pacientes, directivos y a nosotras mismas que las destrezas quirúrgicas no tienen género. Además, nos permitió demostrar al mundo que la cirugía es un arte que no requiere de fuerza física, sino de la toma correcta de decisiones y habilidades motoras finas.

La joven mujer

Aquel anhelado día llegó. El 14 de marzo del 2016 fue mi graduación como especialista en cirugía general. Estaba muy feliz, pues con ello demostraba que puedo lograr lo que me proponga. En ese momento pensé que las situaciones de disparidad habían terminado con la finalización de mi posgrado, sin embargo, estaba equivocada. Recibí un golpe duro al descubrir la verdadera realidad: ¡nada ha cambiado, todo sigue igual!

Al pasar los días, observo que la discriminación de género persiste. La confianza de los pacientes se ve comprometida cuando es una mujer la

que está cargo de su caso. Recuerdo mis primeras atenciones en consulta como cirujana en un hospital público en Quito, donde los usuarios no podían escoger el o la profesional de la salud que les iba a atender.

Entonces, yo iniciaba el diálogo con una breve presentación de mi persona y mi título profesional, para inmediatamente escuchar sus dolencias y malestares que los aquejaba. Posteriormente, les explicaba la enfermedad que padecían y el tratamiento quirúrgico a seguir. Ellos muy atentos me escuchaban, pero siempre culminaban con la interrogante de quién sería “el cirujano” que iba a operarlos o me solicitaban que, por favor, les asignara uno bueno para llevar a cabo su procedimiento.

Dicha situación me incomodaba. No entendía el porqué de su pregunta, ya que en el momento que cruzaban la puerta del consultorio les comunicaba que yo era cirujana. En esos instantes es cuando concebía que ni mi título ni mi condición de mujer, y tampoco mi juventud, generaban confianza en los pacientes. Esto se debe a que, culturalmente, tenían la costumbre de asumir que el cirujano sería un hombre; a mí me veían como la simple “ayudante del cirujano”.

Sin perder la calma, repetía que yo era cirujana y que sería la encargada de operarlos. En mi memoria aún guardo el rostro de asombro de muchos pacientes, al escuchar aquello. Entre risas nerviosas y temblorosos, me preguntaban cuántos años llevaba realizando aquellos procedimientos.

Entre confusión y desesperación, al no poder escoger al cirujano y sin muchos recursos económicos para acudir a un centro privado, no les quedaba más remedio que la joven mujer les operara. Algunos de los pacientes evitaban este inconveniente y simplemente no acudían el día de la cirugía.

Respeto

La cultura machista de la sociedad ha conducido a que las mujeres que buscamos y luchamos por la igualdad de oportunidades en el campo de la medicina, y especialmente en el área la cirugía, presenciemos la discriminación, injusticia, humillación y menosprecio en la práctica de nuestra profesión.

Lo anterior se evidencia en situaciones sencillas. Por ejemplo, si una cirujana se acerca a un paciente acompañada de un médico general o un estudiante, a ellos los llaman “doctor”; en cambio, se dirigen a ella como “licenciada”, “enfermera” o “señorita”. Esto no ocurre con los hombres. En raras ocasiones los etiquetan como “licenciado”, “enfermero” o “joven”.

La pregunta que siempre me hice fue: ¿Esto me ocurre solo a mí o es un sentir general? Entre risas y alegrías, en una mesa llena de gente inteligente, talentosa y perseverante, degustábamos un rico café con las amigas de lucha, y es allí donde en una ocasión surgió el tema de lo difícil que es ser cirujana. En ese entonces, me atreví a compartir la

discriminación que había sentido. Mientras percibía la bulla y el ruido de los autos que pasaban por ese lugar, escuché el relato de mis colegas. Una historia era más interesante que la otra.

La más entusiasta contó su experiencia vivida con un paciente de profesión militar que requería una intervención quirúrgica por apendicitis. Sin embargo, él se rehusó a ser operado por ella, incluso si fuera en un hospital público o privado. El usuario manifestó que prefería que lo hiciera un cirujano. A pesar de la situación, mi colega lo abordó de manera muy delicada y le hizo saber que, por ser fin de semana y feriado, era la única cirujana en la ciudad. En ese caso, él prefirió abandonar el centro hospitalario y viajar fuera de la ciudad en busca de un hombre que realizara el procedimiento.

Asimismo, una de las mujeres introvertidas de la mesa intervino y compartió que no solo había sido discriminada por los pacientes, sino también por sus colegas cirujanos y jefes. Estos justificaron su erróneo comportamiento con la excusa de que, quizá, ella era muy joven e inexperta para resolver casos que presentaban patologías quirúrgicas complicadas. Lo que había ocurrido fue que una madrugada, mientras se encontraba en una agitada y cansada guardia, tuvo que reintervenir quirúrgicamente a un paciente. Este se había descompensado y, por ser altas horas de la noche, el cirujano a cargo del caso no respondía al llamado de los médicos residentes.

La sorpresa se la llevó ella al día siguiente, cuando, mientras intentaba descansar en su casa luego de su ajetreado turno, el paciente, que en ese momento ya estaba bajo su responsabilidad, fue valorado nuevamente por el cirujano inicial. Este último decidió que debía hacerse una nueva intervención, sin justificación clínica, pues el individuo, pese a sus pocas horas del postoperatorio, tenía una evolución favorable.

Mientras los residentes realizaban los preparativos pertinentes para la nueva cirugía, ella, cansada y sin haber dormido, regresó al hospital para conocer la razón de dicha decisión. Al llegar, se encontró con el director médico, también era cirujano, quien conversaba con el colega que operaría nuevamente. Cuando ellos la vieron, le dijeron de inmediato: "Doctora, la estamos esperando porque queremos saber qué procedimiento le realizó al paciente; al parecer, tenemos que reintervenirlo".

En ese momento, ella experimentó una mezcla de tristeza y frustración debido a la situación, pero no se desanimó. Con voz firme, les solicitó una justificación para la nueva intervención quirúrgica, asegurándoles que había revisado detalladamente al paciente y que todos los reportes de terapia intensiva mostraban un postoperatorio satisfactorio.

Sus colegas, nerviosos y con voz entrecortada, no pudieron explicar la razón de su decisión. En ese momento, ella tomó la palabra y afirmó: "El paciente no se reinterviene. Desde la segunda cirugía, la cirujana a cargo soy yo". Aunque temblaba por la tensión y sentía ira en el corazón,

se dio la vuelta y abandonó el lugar. El paciente logró una recuperación adecuada y, a pesar de la desconfianza de los colegas y directivos, ella no agachó la cabeza y creyó en su capacidad.

Considero que defenderse no es una cuestión de ego, sino una lucha por el respeto. Me di cuenta que no depende del carácter; es un proceso arraigado culturalmente donde, lamentablemente, a pesar de los avances, aún existen mentes retrogradadas que perpetúan la disparidad de género.

Decepción

Cuando crees que lo has experimentado todo en este mundo quirúrgico gobernado por hombres, el panorama se torna aún más frío. Descubres que las microagresiones que sufrimos no provienen solo de pacientes, colegas y directivos, sino también de aquellas personas cercanas que pensabas que serían incondicionales en tu vida.

Podría intentar justificar sus comentarios o acciones, quizá alegando que surgieron por ego o celos profesionales, lo cual conduce a que nos perciban como una amenaza real. Me atrevo a mencionar experiencias propias y ajenas que he percibido, algunos casos donde esos individuos nunca permitieron la formación de un equipo, donde la ayuda y comunión serían la meta final. Esos colegas intentaron minimizar el valor de lo alcanzado por nosotras y jamás consintieron una recomendación laboral, incluso después de reconocer en silencio nuestro talento y capacidad en ese ámbito.

Aquí entiendo que para algunos hombres es difícil verse superados por una mujer. Se sienten heridos en su fortaleza y valentía. Consideran cada éxito profesional como un fracaso para ellos. Qué decepcionante resulta abrir los ojos y percibir sentimientos tan corrosivos como la envidia. A pesar de ello, nos hemos levantado y hemos logrado soltar esas limitaciones para buscar avanzar cada día.

Carácter

Ser mujer en el mundo quirúrgico es complicado; a pesar de la lucha por conseguir igualdad y reconocimiento de una cirujana como alguien capaz, que tiene el derecho a gozar de las mismas condiciones que un cirujano, aquello es aún una utopía. Como sociedad, debemos impulsar dicha normalización en las profesiones para lograr entornos donde las oportunidades y percepciones no dependan del género.

No buscamos un trato preferencial, sino simplemente una igualdad de condiciones y la aceptación de quienes integran el cuerpo médico, así como de los pacientes y seres queridos. Anhelamos que las experiencias y desafíos diarios que enfrentamos resulten en cambios positivos, pues son justamente esas circunstancias las que han forjado nuestro carácter. Nos han llevado a defender nuestras ideas, a imponer con valentía nuestros criterios, a aprender a resolver dificultades y a lidiar contra una sociedad que todavía permanece sumergida en el machismo.

Pese a todos los obstáculos que hemos superado, sin miedo puedo decir que la cirugía es la profesión que más alegrías y éxitos me ha dado. Cada desafío ha significado una superación, tanto personal como profesional. Me han permitido romper barreras que hoy en día, gracias a todo el esfuerzo realizado, hacen que pueda trabajar en uno de los mejores hospitales del país, rompiendo paradigmas.



Fuente: archivo personal de Ruth Castro

רררר

“Si amas ser cirujana, amas el arte de salvar vidas, lucha por ello... que ningún obstáculo te detenga”.

Inicié mi carrera como médica con la ilusión de servir a los demás y, algún día, curar también a mis seres queridos. Una de mis mayores inspiraciones para optar por la formación médica, y en particular la cirugía plástica, fue algo que marcó mi infancia. Tenía apenas seis años cuando llegó una tía de visita a mi casa. Aunque era hora de bañarnos en el cálido río que cercaba mi hogar, me llamó la atención que, a la hora de vestirnos después del baño, noté que ella se escondía para vestirse. Sentía una gran curiosidad por conocer qué pasaba.

Cierto día, escondida tras la puerta, vi que le faltaba una de sus mamas. La expresión de dolor en sus ojos al rellenar con algún tipo de ropa el vacío de su sujetador se quedó grabada en mi mente. Apenas era una niña y no entendía qué pasaba, pero con los años, esta experiencia se convirtió en mi motor para optar por la cirugía plástica y reconstructiva.

En medio de los sacrificios que implicaba la carrera, empecé a estudiar medicina. Durante los primeros años, me desempeñé como voluntaria externa en un centro hospitalario importante de la ciudad de Loja. Fue allí donde tuve mi primer encuentro con el quirófano, ese lugar mágico donde yo me transformaba en una mariposa y corría de flor en flor por cada sala operatoria. En esta experiencia de pasantía, aprendí mucho y la aproveché al máximo. Me enfoqué totalmente en la carrera, y durante ese proceso conocí a dos grandes amigas que se convirtieron en mis cómplices: Johana y Yovana. Aunque la vida nos llevó por caminos diferentes, aún mantenemos una comunicación constante.

El último año de medicina (internado) lo recuerdo con mucha tristeza, ya que coincidió con el fallecimiento de mi abuela, a quien quería profundamente. Pese al dolor por su partida, me vi obligada a viajar a Riobamba para cumplir con el requisito de realizar mi internado allí, y no pude llevar a cabo el proceso de duelo adecuado ni estar con mi familia en esos momentos.

Había llegado la hora de abandonar mi hogar, y aunque la adaptación a la nueva ciudad no me resultó difícil, la carga laboral sí fue agotadora; ya que como estudiante en práctica en ocasiones experimentaba una responsabilidad mal concebida, en la cual incluso me sentía culpable por posibles errores en el diagnóstico o en el manejo de pacientes, a pesar de estar en proceso de aprendizaje.

Traté de dar lo mejor de mí, siempre con la idea de que debía brindar un trato respetuoso y empático al paciente. Durante aquel hermoso caminar del último año de estudios, conocí a un hombre maravilloso. Era palestino y estudiaba en Galveston, pero se encontraba en Ecuador haciendo su rotación. Él se convirtió en un amor bonito de ilusión. Fue hermoso mientras duró, hasta que después cada uno tomó su rumbo.

Dependencia

Mi año de salud rural lo realicé en el encantador pueblito de Alamor, ubicado en la provincia de Loja, el cual cuenta con vías de difícil acceso y días de invierno muy severos. Apliqué todo lo aprendido durante mi

internado. Sentía que la carga de responsabilidad era alta, y en varias ocasiones realicé procedimientos fuera de mi competencia. No tenía la valentía necesaria para enfrentarme a las autoridades ni el coraje de levantar la cabeza y expresar una negativa. Uno de los errores que me arrepiento fue rechazar los obsequios que ciertos pacientes me ofrecían. Era su manera de agradecer, sin embargo, en mi inmadurez, no supe reconocer su esfuerzo y cariño, debido a restricciones y normas sin sentido a las que estábamos sujetos en el centro de salud.

Sé que no soy la primera ni la última mujer que en alguna ocasión experimentó dependencia emocional, dejándose llevar por el malinterpretado concepto de “el amor todo lo soporta”. Menciono esto porque en el año rural conocí a una persona, y ahora, al observar la situación de manera objetiva, me percaté que desde el inicio demostró deslealtad; fueron doce extensos años que marcaron mi vida. ¡El sufrimiento es infinito, aunque deja mucho aprendizaje! Me enamoré, y fue amor insano que consumía, de esos que, cuando lo quieres soltar, resulta casi imposible. Entre idas y vueltas, fue un largo tiempo; no obstante, logré cumplir mis sueños profesionales.

Decidí escapar a un lugar pequeño en otra provincia, esta vez Santo Domingo (La Concordia), alejado de todo, donde vivía una gran amiga; necesitaba sanar y volver a empezar. Allí trabajé en un subcentro de salud y en una clínica, donde experimenté un significativo crecimiento a nivel personal y profesional. Tomé de decisiones importantes y, sobre todo, comencé a planificar cómo quería que se viera mi futuro. Estaba muy enfocada en ahorrar dinero para mi especialidad. Pasé un hermoso año allí, con valiosos recuerdos que atesoro en mi corazón.

Tengo grabado en mi mente un día particular de aquel año, el cual me hizo reflexionar sobre lo efímera que es la vida. Dos grandes amigos y esposos, quienes cursaban su posgrado en Quito, sufrieron un accidente junto a su pequeña niña; él y su hija murieron. Junto a mi amiga, con quien vivía, viajamos desde Santo Domingo hasta la casa de salud donde se encontraban en Quito. Al llegar y ver a mi amiga en una camilla, asustada, con lesiones severas pero aún consciente, me causó dolor y miedo. Preguntaba por su esposo y su pequeña niña, mientras los cirujanos pedían que firmara la autorización de su cirugía por un trauma abdominal. Yo estaba en *shock* y no sabía cómo abordar la noticia de su pérdida. Aquel día, al experimentar ese terror, supe lo que es estar del otro lado.

Valentía

Posteriormente, viajé a Quito, donde ingresé como aspirante al posgrado de cirugía. Resultó ser una experiencia muy exigente, con numerosas responsabilidades y escasos derechos, además de ser un trabajo agotador, con horarios de entrada a las 4 a. m. y de salida a las 11 p. m. La enseñanza piramidal enfatizaba la importancia de la competencia, más no de la solidaridad; fue muy difícil continuar así. En un lapso de seis meses, mi peso bajó a 39 kilos y desarrollé una úlcera gástrica. Entonces, me

cuestioné: ¿ realmente esto vale la pena?, pues mi sueño era convertirme en cirujana plástica. Tras decidir que la respuesta era “no”, abandoné ese lugar.

Poco después, conseguí empleo como residente de cirugía general en un hospital grande de Quito. Allí conocí a un caballero, un auténtico líder y cirujano que ama ver triunfar a las profesionales mujeres. Gradualmente, obtuve mi propio lugar hasta llegar a la jefatura de residentes, en cuyo proceso subestimé muchas cosas, pues descubrí que dicho cargo no implicaba encomendar tareas, sino apersonarme con cada compañero. Debía asegurarme de que se sintieran cómodos, apoyar a quienes se estancaran, o dedicar más tiempo del asignado a las tareas de la organización del servicio, pero todo eso lo aprendí gradualmente.

Adquirí una valiosa lección cuando mi jefe se acercó a cuestionarme si realmente comprendía lo que implicaba estar a cargo de un grupo humano. Yo pensaba que con mantener el orden, cumplir con los pendientes y respetar las funciones, era suficiente. Él indagó acerca de un residente, específicamente si conocía la razón de sus ausencias en el servicio. Realmente, no supe qué responderle, pero apenas levanté mi mirada, él me comunicó: “Tu compañero se ausenta porque recibe quimioterapia semanal”.

En ese momento, sentí una puñalada intensa en mi corazón. Recién empezaba a comprender cuál era mi verdadera función. Él me hizo comprender lo crucial que era conocer más de cerca a mis colegas, sus vidas, debilidades y fortalezas. Aún atesoro en mi corazón sus palabras: “Para que un servicio brille, en todas sus actividades debes conocer con quién trabajas”.

Transcurrieron tres años de momentos hermosos y amistades únicas, quienes, desde su posición, me brindaron un gran respaldo; incluso en momentos de dolor y enfermedad. El último año de residencia médica asistencial experimenté la presión social de ingresar a un posgrado, pues escuchaba y conocía lo difícil que es acceder al ámbito de cirugía plástica, generándome miedo y frustración. Aferrada a ese temor, apliqué a otras especialidades que no eran de mis favoritas. En mi mente asumí que con entrar al posgrado era suficiente, lo que me llevó a solicitar un cupo en anestesiología, pero la vida es sabia y no fui aceptada. Dios tenía su plan escrito.

Al poco tiempo, se presentó la oportunidad de conseguir un trabajo adicional en una clínica de cirugía plástica, y fue una experiencia enriquecedora. Allí mantenía contacto directo con esa rama y conocí a personas que más adelante me guiarían para cumplir mi objetivo.

Aspiraciones

Un día, vi un anuncio para un concurso de posgrado en Guayaquil y fui la primera en ponerme en contacto para obtener información. Acudí al lugar con mucha fe y esperanza; no dudaba que ese era mi lugar.

Estaba emocionada, ya que sentí que finalmente vencía mi gran miedo de aplicar a la especialidad que me apasionaba. Fui la primera en dejar los documentos.

El día del examen que decidiría si me aceptaban o no en el posgrado, conocí a una colega, Angélica. Ella era muy agradable; pudimos hablar y conocernos un poco. Me preguntó algo sobre los capítulos que debíamos estudiar, y yo le expliqué lo que entendía. Al finalizar la prueba, ella me abrazó en señal de agradecimiento por la ayuda brindada minutos antes. Semanas después, recibí la noticia de que había logrado ingresar al posgrado, y así empezó un camino lleno de sueños junto a doce compañeros.

Tuve varias rotaciones hospitalarias en grandes centros médicos; en cada uno aprendí y aproveché al máximo la experiencia. Uno de los recuerdos que atesoro con más cariño es la amistad inquebrantable que formé con el equipo de trabajo, la cual perdura hasta la actualidad, a pesar del tiempo y la distancia. Conté con grandes mentores, por quienes siento mucho afecto, respeto y admiración. Ellos, con dedicación y perseverancia, me brindaron su confianza.

Tras obtener una beca, realicé una rotación en Barcelona. Todo se dio de manera sorprendente y pude viajar. Al llegar, conocí a colegas de varias partes del mundo. Mis tutores eran de renombre y, durante los procedimientos de microcirugía, cirugía reconstructiva y estética, enriquecieron mis conocimientos y destrezas. Aproveché cada segundo; incluso pude continuar con mi formación académica e investigativa al acudir a dos congresos en mi tiempo de estadía.

Viví siete maravillosos meses de muchas enseñanzas en Barcelona. No solo exploré la ciudad, sino también me descubrí un poco más a mí misma. Luego de regresar al posgrado, a la última rotación, continué con mi trabajo y aprendizaje. Cuando llegó la hora de la tesis y su correspondiente presentación, con mucho nerviosismo lo enfrenté, hasta alcanzar el grado con una alegría inmensa de haber logrado aquel sueño.

Posteriormente, regresé a mi ciudad, Loja, junto a mis amados padres donde tenía la esperanza de encontrar un empleo. Toqué puertas, una tras otra, pero no obtuve respuesta. Entonces, decidí ir a Cuenca. Allí inicié en la práctica privada.

Empecé mi vida profesional como cirujana plástica, donde Dios puso en mi camino a mi querido amigo Pablo, que fue quien me ayudó a ingresar al ámbito privado. Inicialmente, lo asistía en sus intervenciones, aunque él siempre me dio mi lugar como cirujana. Poco a poco, creció la camaradería. Cada día aprendía mucho de él, y aún sigo haciéndolo. Es un gran líder y una persona noble.

Al poco tiempo, se presentó una oportunidad en Guayaquil, en un hospital público, donde alcancé un gran crecimiento profesional y personal. Fue un año de experiencias un tanto buenas como malas. Aprendí mucho, gané la confianza de varios jefes, quienes sin egoísmos compartieron sus conocimientos conmigo.

Finalmente, llegó el momento de volver a Cuenca. En esta ocasión, ingresé al ámbito público, a un hospital donde hay cirujanos que inspiran. Conocí e hice grandes amigas cirujanas y emergenciólogas, de esas con las que viajas y vives nuevas experiencias, de quienes aprendes y te hacen ver la vida de una manera menos complicada.

Llevo varios años en este centro hospitalario, donde incluso fuimos equipo durante la pandemia. Esos días fueron de mucha incertidumbre; varios profesionales abandonaron el hospital por riesgos y susceptibilidades. Nos tocó colaborar desde otras áreas; nos convertimos en clínicos por varios meses.

En este lugar, siempre conté con el apoyo de Pablo. Después de un tiempo, él decidió dejar la parte pública y me dejó un cargo de jefatura. Fue un reto duro en el que pensé que no iba a tener el respaldo de mis compañeros; sin embargo, cada uno aportó su granito de arena. En mi caso, sin dejar de lado el trabajo quirúrgico, considero que con ese nuevo cargo logré formar mi carácter y me fortalecí poco a poco como profesional.

Apariencia física

No poseo el estándar de belleza que la sociedad impone, aquel donde presentan a la mujer alta y esbelta como un referente de la cirugía plástica. Soy delgada y mido 1,45 cm de estatura; corro el riesgo de que pongan en duda mis capacidades y fuerza, o que me etiqueten de frágil y débil por mi apariencia.

Justamente, eso ocurrió desde la escuela, donde no era seleccionada por mis docentes para los deportes riesgosos, sin embargo, siempre busqué participar en ellos a través de la práctica de ciclismo en montaña. Cuando ingresé a la universidad, un profesor me "aconsejó" diciendo que la medicina es para personas fuertes, y que él no veía un futuro para mí en esta profesión al ser una carrera sacrificada donde iba a sufrir mucho. La verdad, sí me hizo dudar, pero no me visualizaba en otra rama, así que avancé y me gradué.

Al iniciar mi etapa de residencia médica, jamás creí que aún se diera prioridad a los hombres sobre las mujeres. Así, fui minoría en un ambiente laboral masculino; mi género no era elegido para asistir en el quirófano. Sin embargo, tuve que armarme de valor y alzar mi voz para poner límites y buscar justicia.

Luego, al llegar al posgrado, nuevamente surgió aquel bache sociocultural, donde los estereotipos de belleza influyen a las personas. Durante la entrevista para ingresar a la especialidad, recuerdo claramente la mirada del entrevistador sobre mi cabellera, así como sus ojos examinándome de pies a cabeza, lo cual me incomodó bastante. Con los años, esa persona me pidió disculpas delante de mis compañeros, mencionó que admiraba mi talento y perseverancia, y lamentaba haberme juzgado por mi apariencia sin conocerme.

En el posgrado, al rotar el área de quemados, una de las tratantes se dirigió a una compañera y a mí de forma muy elegante: “¿Qué aspiraciones tienen?, ¿no se dan cuenta de que no encajan en este mundo?”. Se refería a mi compañera por ser madre en su especialidad, y a mí por no llevar un vestido de marca, tacones o más maquillaje; en fin, le afectaba nuestra apariencia. Debido a la jerarquía, no pude responder de forma adecuada, pues ella tenía más poder en ese momento. A pesar de eso, yo estaba segura y consciente de que la vestimenta más importante era mi alma y las ganas de salir adelante.

Era un mundo de mucha superficialidad. Fui criticada, menospreciada y humillada en varias ocasiones, sin que esto me hiciera decaer o sentir menos. Hay quienes no me conocían y fueron haciéndose amigos míos en el transcurso del tiempo; así aprendieron el valor de las personas. He tenido amigos y colegas maravillosos que siempre han sido mis aliados, y también otros que priorizan la esencia sobre la apariencia.

El camino es duro, pero la recompensa es infinita. La satisfacción de hacer lo que soñé desde niña, poder ayudar a otros y tener mis metas claras, hacen que cada instante sea un aprendizaje. Seamos en todo momento sencillos de alma, empáticos y luchadores; entreguemos siempre lo mejor de nosotros.



Fuente: archivo personal de Ginelda Montalván

“””

“Aprovecha cada circunstancia. Todo es un aprendizaje o una oportunidad”.



CAPÍTULO II

OPORTUNIDADES, PERSEVERANCIA Y APRENDIZAJE

pedro S.

Aún recuerdo varias experiencias y cada entrega profesional y académica, a pesar del cansancio propio de esta etapa formativa. La energía siempre sobresalía para mantenerme de pie y escalar los peldaños en este camino donde debía ser un ejemplo para mis compañeros de años inferiores.

Al concluir el último día, surgió un momento jamás pensado pero siempre anhelado: la despedida y mi agradecimiento a todo el equipo colaborador, quienes, de una u otra forma, contribuyeron a mi formación y no solo me instruyeron en cirugía, sino también a comprender al enfermo, a ser empática, respetuosa y más humana. Sentí que la satisfacción era parte de mi alma. Había dado lo mejor de mí y aprovechado cada aprendizaje; además me iba con una buena relación con mis colegas y profesores. Me sentía feliz y emocionada por este nuevo inicio.

Los días siguientes, durante los tan merecidos días de descanso, en la comodidad de mi hogar, rodeada de películas y series televisivas, expresaba mi eterno agradecimiento a Dios por permitirme culminar mi carrera de cuarto nivel de formación. Estaba sentada en la sala de mi casa, a la espera de que el destino tocara mi puerta y me entregara mi lugar de trabajo, así, sin mayor esfuerzo alguno.

Es en ese momento, de pronto, sin ninguna turbulencia, aterrizo en la realidad y surgen varios cuestionamientos: ¿culminar mi posgrado me asegura un trabajo?, ¿qué dificultades implica conseguir un empleo?, ¿tengo suficientes méritos para aspirar un puesto laboral?

Muchas dudas e inseguridades invadieron mi mente, junto a la preocupación por acceder a un ingreso salarial. Después de varios años en un programa de estudios autofinanciados, mi situación económica se encontraba a la deriva, y a esto se sumaba la alta competencia existente en el ámbito médico. Sin declinar, decidí levantarme y empezar a tocar puertas.

Buscando oportunidades

Comencé la aventura con el gran anhelo de obtener pronto mi primer trabajo como cirujana. Con la organización que me caracteriza, inicié mi recorrido para distribuir mi currículum en Cuenca, además de entregarlo en los cantones y las provincias vecinas; también revisaba a diario ofertas en las plataformas de empleo. Muchos de los viajes tomaban un tiempo considerable de varias horas. Aunque no me sentía totalmente conforme al alejarme tanto de mi hogar, necesitaba trabajar y pensaba que los sacrificios valdrían la pena.

Lamentablemente, en los lugares donde entregaba mi currículum, ni siquiera tenía acceso al personal administrativo, y las respuestas obtenidas no alimentaban mis esperanzas de conseguir un sitio adecuado para ejercer mi profesión. Al contrario, me enfrentaba a puertas cerradas con justificaciones como el hecho de no poseer vacantes, y en otros casos, que no recibían carpetas. ¡No imaginé que fuera tan difícil encontrar un empleo!

Volver a casa con la frustración y esperanza apagada era la peor parte del día. Las deudas y necesidades llamaban a mi puerta al inicio de cada mes. El hecho de estar casada y depender del modesto sueldo de mi esposo me sumía en la desesperación.

Día a día me volvía a poner de pie y continuaba la búsqueda sin éxito. Incluso, amplí mi aplicación no solo como cirujana, sino también para el cargo de médica general; sin embargo, aun así no encontraba nada. Pasaron tres meses desde entonces, con un bonito título de cuarto nivel colgado en la pared y muchas ganas de servir y ejercer la profesión, pero seguía desempleada.

En el cuarto mes, mi esposo y yo invertimos nuestros escasos ahorros en adecuar un consultorio médico en un local comercial. Tenía la esperanza de iniciar mi actividad profesional en la parte privada y captar pacientes con patologías quirúrgicas y clínicas; sin embargo, también resultó difícil. Reconozco que el emprender es complicado, y empezar desde cero, de igual manera.

Lamentablemente, el dispensario duró dos meses abierto, pues mi desesperación era una constante presión cuando se acercaban las fechas de pagos, además de que solo había logrado atender a seis personas en ese lapso, cuyas dolencias ni siquiera tenían relación con mi especialidad.

Para el sexto mes, finalmente recibí una oferta laboral. Fue un regalo caído del cielo, ya que esta oportunidad me permitiría obtener un salario mensual. Acepté ser auxiliar de farmacia por el sueldo básico unificado. No era lo que esperaba, pero ante la necesidad me sentía agradecida y muy feliz de por fin tener un empleo. Aunque aún no podía ejercer la cirugía para lo que tanto me había preparado, no perdí la esperanza y continué aplicando a otras ofertas. Esta vez, extendí mi búsqueda a todo el país.

Zona de confort

Llevaba cuatro meses trabajando en la farmacia cuando este negocio tuvo que cerrar sus puertas por situaciones personales de los dueños. Una vez más me quedaba a la deriva, desempleada. Sin perder la fe, continué la búsqueda; realicé algunas pruebas y entrevistas. De pronto, luego de un año de esperar una llamada, un día obtuve una gran noticia: se había abierto una plaza de cirujana general en Hospital General Marco Vinicio Iza, ubicado en Lago Agrio. El único inconveniente era que este lugar se encontraba a veinte horas de mi ciudad, en el oriente ecuatoriano. A pesar de la lejanía, sin dudar acepté el cargo. De esa manera, le ponía punto final a mi frustración y al miedo de quedarme con mi título de adorno sin verme realizada como especialista.

Era hora de dejar mi casa, mientras mi esposo y familia se quedaban allí, en Cuenca. Con el respaldo total de ellos, emprendí aquel viaje tan largo. Sabía que me esperaba algo nuevo, y con muchas ganas de empezar,

fui con la mejor actitud y predisposición. Aunque me encontraba a casi 700 kilómetros de mi hogar, sentía temor a lo desconocido y estaba sola, decidí salir de mi zona de confort. Además, tras investigar sobre la ciudad a dónde iba y descubrir que las estadísticas la calificaban con un alto índice de violencia, tomé las precauciones pertinentes. Me establecí en un lugar cómodo y el clima fue de fácil adaptación.

Una vez presentada a las autoridades del hospital, me incorporé al personal del servicio de cirugía, donde el jefe se convirtió en un excelente guía para mis inicios como cirujana general. Él me brindó diversos consejos que podía aplicar en mi diario ejercicio profesional.

En el cuarto día de inducción, me tocó asumir la primera guardia como especialista. Fue en ese momento cuando recién pisé tierra firme al comprender el verdadero papel de un cirujano, quien no se limita a una sala de operaciones, sino que cualquier decisión, acción u omisión tiene consecuencias en el curso de la enfermedad natural de un paciente.

Concebí que mi firma y sello en las fichas médicas representaban el respaldo legal de mis decisiones, comprendí que mis indicaciones movilizaban el accionar de todo un equipo de trabajo; incluso de los médicos residentes, enfermeros, tecnólogos en imagen y laboratorio, servicios generales, y hasta el área administrativa; está última, destinada a solicitar convenios de atención médica en otras casas de salud.

A medida que avanzaban las guardias médicas, poco a poco internalicé la motivación de comprender que ahora pertenecía a un hospital y equipo; todo lo aprendido en mi formación eran perlas de sabiduría esenciales para apoyar a los pacientes en su tratamiento y recuperación. Comenzar a asumir el papel de líder en la terapia de una enfermedad, establecer una comunicación interdisciplinaria con otras especialidades para ejercer una adecuada valoración médica, y definir qué paciente se beneficia de una operación, fueron el pan de cada día.

A su vez, agradezco los consejos sobre mi desempeño laboral, pues los cirujanos y cirujanas que recién empiezan deben mostrar respeto y humildad frente a sus compañeros de trabajo con más años de experiencia. Esto me permitió solicitar apoyo a dichos colegas de mayor trayectoria en la resolución quirúrgica de casos complicados.

Realmente, me sentía feliz y muy agradecida por haber conseguido mi plaza laboral. En las mañanas despertaba con la motivación de ir al hospital para observar cómo evolucionaban los pacientes. Concebí que tenía pasión por la carrera y que debía siempre afinar los cinco sentidos para percibir todos los detalles en las valoraciones. Poder reflejar con mis manos el conocimiento de varios compendios de cirugía, estudios científicos y la habilidad compartida por mis mentoras y mentores, me hizo conocerme más como ser humano y profesional.

Reconozco que en cada intervención quirúrgica le doy la gloria al cielo, pues considero que los y las profesionales de la salud no salvamos vidas, sino que estamos en este mundo para cuidar de nuestro prójimo por medio de la sabiduría y destreza que Dios ha depositado en nosotros. Ejercemos ese don de sanidad para el que hemos sido creados y puestos aquí en la Tierra, identificando nuestras limitaciones y aceptando el curso clínico de las enfermedades.

Prudencia y templanza

Escuché una frase que decía: “Un cirujano joven quiere operar todo”, haciendo referencia a la fresca voluntad de realizar varias intervenciones quirúrgicas, independientemente del grado de cansancio. Debo reconocer que es verdad. Durante mis salidas de turno, tenía la firme predisposición de apoyar en otras cirugías como ayudante con el afán de adaptarme de manera más rápida y poder familiarizarme con los colegas y el equipo, además de adquirir más destreza y experiencia.

De esta forma, considero que logré una adecuada comunicación dentro del servicio. Mantuve ese ritmo de trabajo durante los seis primeros meses de ejercicio profesional en el hospital, con toda la entrega posible y con una gran satisfacción de que mis conocimientos se iban nutriendo con el dominio de diferentes técnicas operatorias.

Con el pasar del tiempo y de las guardias médicas, aprendí otros valores muy importantes, como lo son la prudencia y templanza ante la toma de decisiones quirúrgicas. Entendí que en mi profesión hay casos que se escapan de las manos, según su variabilidad y necesidad de equipos médicos subespecializados en patologías de mayor complejidad y de manejo multidisciplinario.

Entonces, aprendí a establecer mis propios límites, mientras que dejaba de lado el ego y priorizaba a los pacientes. Este cambio marcó una nueva etapa de evolución profesional para mí, ya que hay enfermedades que deben ser exhaustivamente estudiadas y analizadas antes de proceder con una intervención quirúrgica; esto puede comprometer el adecuado diagnóstico y la mejoría clínica.

El cotidiano vivir y sentir tanta responsabilidad en mis manos me llevó a cultivar en mí un carácter de moderación y autocontrol. Esto me permite estudiar adecuadamente los casos antes de una intervención, limitando cualquier presión que pueda ejercer agentes externos en la relación médico-paciente. Ejemplo de ello es el juicio de los familiares, lo cual resultó ser un duro aprendizaje cuando permites que sus emociones afecten algún rasgo de tu decisión profesional.

Todos estos aprendizajes son los pilares que sustentan la experiencia médica; son aquellos que se encuentran en letras pequeñas en los compendios de cirugía. Son esos consejos de mis maestros que estrictamente se volvieron realidad y comenzaron a ser parte activa de mi profesión.

Responsabilidad

Mi entrega profesional y pasión demostrada por mi carrera me permitieron que, tras diez meses de ejercicio médico en el hospital, me asignaran la jefatura de cirugía; esto resultó en un cambio radical de mi ritmo de trabajo. Ahora era mi turno de liderar, guiar y coordinar un adecuado funcionamiento del servicio hospitalario al que pertenecía. Es una responsabilidad que demanda una atención y acción integral; agradezco la colaboración brindada por parte de autoridades, colegas y personal de enfermería en este camino.

Hoy, al escribir este texto, he cumplido ya mi primer año como cirujana general, en cuyo proceso he realizado 240 procedimientos quirúrgicos. Sigo desempeñando un cargo administrativo de la coordinación del servicio, así como funciones operativas en torno a la consulta externa y emergencia.

El camino aún continúa. A pesar de los obstáculos enfrentados, he seguido el trayecto con caídas y tropiezos. Siempre firme, con la motivación de mejorar y aprender día a día, sin decaer y con la disposición de estar donde me necesiten. Espero seguir sembrando para pronto tener una hermosa cosecha.



Fuente: archivo personal de Karla Martínez

“”

“Jamás sabrás de lo que eres capaz si no decides salir de tu zona de confort”.

los valores inculcados tras auxiliar al niño llevándolo a la clínica, salvar su vida y hasta pagar su cuenta. Desde ese momento, supe que algún día sería cirujana. Guardé en mi corazón y mente ese ejemplo de vida que con mucho orgullo llevo presente en cada paso que doy.

En mi infancia, fui una niña pequeña de estatura, pero decidida a hacer valer sus derechos. Recuerdo un día en el que se realizaba un sorteo en mi escuela, cuyo premio era un oso gigante de peluche que sobrepasaba mi altura, ya que estaba en primer grado. De pronto, saqué el boleto ganador, pero de forma injusta, las responsables decidieron entregar mi regalo a alguien de la secundaria. Inmediatamente, acudí al Rectorado, expliqué lo sucedido y le indiqué a la rectora que no saldría de allí hasta recibir lo que me correspondía. Es así como llegué a casa cargando un peluche más grande que yo, muy orgullosa de haber logrado justicia: ¡cómo quisiera hoy volver a sacar a flote esa parte de mí que no le temía a nada!

Durante mi adolescencia, experimenté varios cambios de colegio, motivados por la enseñanza del idioma inglés y la cercanía a mi domicilio. Estas transiciones me permitieron entablar nuevas amistades y aprender a adaptarme a diferentes entornos, comenzando varias veces desde cero en cada nuevo lugar. A pesar de ello, fui muy feliz y aún conservo amistades con compañeras y amigas de esa época. En el último año de secundaria, atravesé un momento muy difícil cuando mi madre experimentó un quebranto en su salud. Mi padre la llevó a un hospital en el extranjero para someterse a una cirugía, con lo cual me quedé sola con mis hermanos.

En ese momento, mi hermana mayor cursaba su año de internado rotativo, mi hermano pequeño estaba en la escuela y yo, en el colegio. Esta situación me llevó a asumir labores del hogar, ayudar a mi hermano en las tareas y realizar trámites necesarios para la vida diaria. Desde esa edad, tuve que tomar decisiones importantes e, incluso, aprendí a conducir, gracias a la complicidad de una amiga.

El día de mi graduación del colegio, fue maravilloso. Mi madre había regresado la noche anterior luego de su cirugía para asistir al evento. Entré muy orgullosa del brazo de mi padre a la ceremonia, teniendo a mi madre convaleciente, pero nuevamente a nuestro lado.

Edificar sobre roca

Ingresé a la universidad y enfrenté el primer reto: mi padre no estaba de acuerdo con que estudiara medicina, y hoy entiendo el porqué. Argumentaba que era una carrera muy sacrificada y demandante. Debí inscribirme, matricularme, comprar los libros y empezar a ser independiente de alguna manera. Después de superar esos desafíos, llegué feliz y orgullosa a la casa, sintiendo que podía comerme el mundo; así comenzó una historia de verdadero amor.

Recuerdo el primer día del curso preuniversitario; éramos 800 compañeros, pero únicamente 250 culminamos, e incluso al inicio no todos teníamos un asiento. Abundaban los discursos como “la medicina

es muy dura”, “pocos llegan a la meta” y “deben estudiar mucho”; al igual que los comentarios discriminatorios de género: “esta carrera es para varones”. Sin embargo, siempre me repetía a mí misma: ¡lo lograré!

Al llegar al primer año de medicina, empecé a entablar nuevas amistades. Aún recuerdo la famosa gallera de las clases de Anatomía, los exámenes en hoja de papel ministro y los detallados dibujos. También experimenté de cerca la injusticia, ya que en varias ocasiones aceptar salidas dependía de si quería obtener o no una buena calificación a las mismas que siempre di una negativa.

A pesar de eso, perseveré con empeño. Noches sin dormir, tardes de encierro; acompañadas de la valentía y firmeza para exigir “justicia”, que muchas veces encontré oídos sordos. Sin embargo, me esforcé hasta lograr un cambio y que se reconociera el esfuerzo invertido. De pronto, una mañana me convertí en ejemplo en la clase gracias a mis calificaciones. Me sentí feliz al ver la justicia desplegarse frente a mis ojos, con las notas merecidas y recompensadas por mi gran dedicación.

Amor real

En las aulas conocí a quien más adelante se convirtió en mi esposo y padre de mi hija Michelle. En un principio, surgió una amistad que luego floreció en amor. Con el pasar del tiempo, decidimos ser compañeros de camino; nos casamos aún siendo alumnos, y el reto fue mayor, debido a que era estudiante y esposa. No faltó el profesor sarcástico, con su comentario fuera de lugar, que pensaba que iba a fracasar; pero mi objetivo era culminar mis estudios y convertirme en cirujana.

Transcurrieron dos años de dedicación y esfuerzo cuando llegó una nueva noticia: ahora no solo sería estudiante y esposa, sino también una futura mamá. Mi corazón latía de felicidad al tener dentro de mí una bendición grande de Dios, mi motor principal hasta el día de hoy.

Desde ese instante, centré mi atención en ella. Le conversaba, le cantaba, le expresaba mi felicidad por tenerla creciendo dentro de mí. Tres semanas después de esta maravillosa novedad, acudí a un control y descubrí que estaba embarazada de gemelos. Experimenté una mezcla de alegría y, al mismo tiempo, miedo, pues la lucha sería aún más desafiante. No obstante, siempre mantuve la profunda convicción de que los sueños se hacen realidad.

Mi madre, quien sabiamente notó mi angustia ante esta lucha, me dijo: “Tranquila, serás lo que quieras ser, yo te ayudaré”. Pasaron unos meses y perdí uno de mis bebés. Ahora, con tristeza y preocupación, tenía que reunir fuerzas para seguir estudiando y no decaer. En aquella época no existían los permisos por calamidad. Debía acudir a las prácticas con el corazón entristecido, enjugado en lágrimas, pero con esa luz hermosa dentro de mi vientre.

Durante mi embarazo, conté con grandes maestros que valoraron mi esfuerzo como estudiante, esposa y futura mamá. Ellos me brindaron un trato justo, pero también hubo quienes consideraban que una mujer gestante debería estar en su casa y no como alumna de medicina.

Un día, cuando faltaban pocas semanas para tener a mi hija entre mis brazos, mientras estaba en prácticas hospitalarias, salí de clases y noté que mi bebé no se movía. Experimenté mucho dolor en la espalda y, asustada, le pedí a mi esposo que por favor me llevara al médico. Llegué al centro hospitalario, solicitaron un monitoreo fetal y ecografía, y el diagnóstico fue un hematoma retroplacentario; ingresé de inmediato a la sala de emergencias.

Esa noche, un jueves 17 de junio de 1993, a las 11 p. m., mi vida cambió por completo. Fue el momento más feliz de mi existencia. Recuerdo sentir mucho temor mientras me sometían a una cesárea de emergencia. Inicialmente, alcancé a escuchar a lo lejos el llanto de mi niña; sin embargo, enseguida me aplicaron anestesia general por una hemorragia. Cuando desperté, lo primero que pregunté fue sobre la condición de mi hija. Me explicaron que su peso era muy bajo debido a su prematuridad, pero en mi interior sabía que era una guerrera y saldría adelante.

A los pocos días, fui dada de alta del hospital. Al mismo tiempo, recibí la noticia de que me faltaba un solo turno y un examen para terminar mi año lectivo. El profesor me indicó que era imperativo cumplir esas responsabilidades. Así que me dispuse a hacerlo, sin importar el reposo posoperatorio; ¡y lo logré! Había finalizado mi sexto año y era madre de una hermosa niña.

Nueva vida

Había comenzado una etapa maravillosa: la lactancia. Podía pasar todo el tiempo con mi niña, me sentía dichosa; sin embargo, debía finalizar mi carrera. Un mes después, se terminaron mis vacaciones e inicié el internado rotativo, y entonces enfrenté un reto mayor: los turnos, la labor hospitalaria, las clases; además de ser ama de casa, esposa y madre. Ahora que reflexiono, me siento tan orgullosa y no sé cómo lo logré.

Recuerdo que descansaba muy poco y me concentraba al máximo para estudiar cuando mi bebé dormía. Siempre tuve el respaldo de mi familia, especialmente de mi madre, quien me ayudaba en la crianza de mi hija. Gracias a ella pude culminar mis estudios. Fue un año muy duro, en el que afronté una nueva vida. Descubrí que el matrimonio no implica recibir apoyo incondicional de manera permanente, pero mi motor principal era mi niña, y con un corazón valiente y mucho empoderamiento, salí adelante y terminé el pregrado.

Llegó ese extraordinario día en el que recibí, de las manos de mi padre, el título de doctora en Medicina y Cirugía; y recuerdo su maravilloso y emotivo discurso que pronunció en la ceremonia, acompañado de una frase al final: "A mi hija, mi amor y mi fe de siempre".

Una vez más, podía disfrutar a tiempo completo de mi maternidad y me sentía dichosa. Teníamos un par de meses antes de asistir al concurso para las plazas de medicatura rural. Mi niña llenaba de alegría mis días con sus gracias, sus sonrisas, sus primeras palabras. Cuando llegó la rural, me asignaron una plaza en un centro hospitalario, y aunque debía cumplir turnos, tuve la oportunidad de vivir la infancia de mi hija. Por cuestiones del destino, incluso logré hacerlo en el servicio de cirugía general, donde conocí a grandes cirujanos que siempre confiaron en mí y me inspiraron amor por esa especialidad.

Certeza y convicción

Comenzó así el largo camino que me llevaría a cumplir mi sueño desde la niñez. Al finalizar mi medicatura rural, me mudé con mi hija a las afueras de la ciudad, y con ello se presentó un nuevo reto. Estaba lejos de mi familia, con una pequeña niña y un trabajo de residente en un hospital grande de Quito. Aun así, mi amor por la cirugía seguía creciendo, y mi meta era realizar un posgrado.

Tuve la intención de realizar mi posgrado en México. Mi padre solía acompañarme para encontrar un sitio seguro donde instalarme junto a mi hija. Sin embargo, luego de meses de intenso estudio y de aplicar en aquella gran ciudad, se presentó la oportunidad de concursar en Ecuador y así lo hice. Aún recuerdo la entrevista, donde enfatizaron el hecho de tener una hija, pues varios médicos lo consideraron una limitante para completar mi especialidad. Al final, ingresé como aspirante, y la competencia era muy demandante. Comprendí que los planes de Dios son oportunos, y así empecé una etapa maravillosa, pero también exigente, llena de retos y aprendizajes.

¿Como no agradecer el soporte de mis padres, quienes fueron mi guía? Regresé a vivir con ellos. Mi madre, con su abnegada dedicación, me brindaba la seguridad de saber que mi niña permanecía en buenas manos mientras yo estaba en mis guardias, estudios y todo el trabajo hospitalario.

Tuve grandiosos maestros que, con su ejemplo de vida, esfuerzo y consagración, me recordaban cada día que la pasión por la cirugía sería mi motor para impulsarme a cumplir mis sueños; uno de esos mentores fue mi padre. Aún tengo grabada su sonrisa cuando, al llegar a casa luego de sus largas jornadas de trabajo, me encontraba allí junto a mi hija; siempre mantenía un corazón alegre por salvar vidas. Mi mente también se llena de emoción al recordar cuando compartimos quirófano y fui su ayudante. Desde muy pequeña, siempre lo acompañé a pasar visita a los pacientes; durante mis vacaciones colegiales en la adolescencia, me gustaba reemplazar a su secretaria; y en la universidad, hacía los dibujos para sus conferencias. Memorias imborrables, inscritas en mi alma.

Cabe mencionar que también tuve maestros que no estaban de acuerdo con que una mujer fuese cirujana, y constantemente ciertas frases alusivas adornaban mis días. Uno de ellos repetía que deberíamos ser

dermatólogas, pues consideraba que esa sí era una especialidad para mujeres. La discriminación era evidente; preferían un residente hombre para acompañarlos en las intervenciones quirúrgicas. A pesar de todo, yo era una joven firme, cuyo amor por la cirugía era una constante y concebía a esta carrera como una meta que debía cumplir.

El régimen hospitalario es muy riguroso, lo comparo con la jerarquía militar, en el que se respetan los rangos y la exigencia para conseguir la perfección es muy demandante. Sin embargo, agradezco haber vivido esa experiencia, pues nuestra profesión debe contar con dicha disciplina al ser vidas las que están en nuestras manos. Tampoco olvidaré aquella vez en la que hubo un accidente aéreo, se activó un plan de contingencia y debimos realizar guardias pasando un día. Durante varios meses, salíamos en la noche del hospital, y al llegar a casa, mi niña abría sus ojitos y con tanta alegría decía: “Mami ya llegaste, te amo”. Eso era el mejor bálsamo y mi recompensa por todo aquello que vivía en ese momento.

Asimismo, los y las profesionales de la salud no estamos exentos de enfermedades. Durante la residencia, desarrollé trombosis venosa debido a la prolongada permanencia de pie por varias horas; sin embargo, este síntoma solo revelaba un síndrome antifosfolipídico. También atravesé momentos de amargura, pues no faltaba aquel residente de mayor jerarquía lleno de egoísmo y maltratador. Sentí la necesidad de romper ese círculo donde se acostumbraba a hacer la vida imposible a cada nuevo posgradista que venía detrás.

Dichosamente, los buenos recuerdos superan a los negativos. Cada vez que entraba al quirófano, mi corazón latía con más fuerza. Conforme pasaban los años y cumplía paso a paso los requisitos de mi carrera, además de adquirir mayor destreza y habilidad en cirugía, llegó la época de rotaciones externas, donde en muchos lugares la responsabilidad de ser cirujanos principales nos envolvía cada día.

Tuve una rotación fuera del país, en Cali (Colombia), para obtener un adecuado entrenamiento en trauma. En esa época, la guerrilla y el paramilitarismo estaban en auge, así que operábamos sin descanso y con mucha presión. Fue un gran reto, sobre todo por la separación de mi hija. Sin embargo, adquirí grandes aprendizajes de aquellos maestros que, sin reservas, nos enseñaban todo lo necesario para salvar vidas, producto de la violencia que atravesaba su país y que me sería de gran utilidad a lo largo de mi carrera.

Posteriormente, en una rotación en Loja (Ecuador) en el 2001, a la cual fui acompañada por mi hija, ya que afortunadamente coincidió con sus vacaciones escolares, contacté a las religiosas con quienes vivíamos. Ellas me ayudaban a cuidarla mientras yo iba al hospital; le dieron clases de catecismo y al final de mi rotación, hizo su primera comunión en esa ciudad.

Después de todo el tiempo y esfuerzo invertido, finalmente llegó el esperado día para la defensa de mi tesis. Obtuve mi título de especialista en cirugía y me propuse un nuevo reto: realizar un entrenamiento fuera del país para cirugía laparoscópica en Ciudad de México.

Facetas

Cumplí mi desafío y ahora era una cirujana preparada. Siempre recuerdo la frase de uno de mis maestros: “Para llegar alto, se debe soñar en grande”. Esto me impulsó y así ingresé a laborar en un hospital como cirujana de apoyo; fue una oportunidad maravillosa. Más adelante, entré a una nueva institución, el Hospital de Especialidades Eugenio Espejo. Allí trabajé hasta el día de hoy; suman 18 años. Me siento feliz y satisfecha de haberlo logrado.

Ingresé a la Sociedad Ecuatoriana de Cirugía gracias al estímulo de mi padre, quien fue uno de los fundadores. He ocupado designaciones como secretaria, vocal principal, vocal alterna, vicepresidenta, presidenta y secretaria ejecutiva nacional. En varias de estas asignaciones, fui la primera mujer en desempeñar estos cargos dentro del capítulo de Pichincha. A la par, me he desarrollado en el ámbito privado de la mano de grandes amigos y colegas, con quienes mantengo una verdadera hermandad.

En el ámbito docente, he sido profesora de algunas universidades en los niveles de pregrado y posgrado. Esto me ha permitido estimular a las nuevas generaciones y comprometerme a que reciban cada día una mejor formación; pero, sobre todo, he logrado inculcarles no solo en excelencia científica y académica, sino también la parte humana: el cariño a los pacientes, el buen trato y el amor a la profesión.

Tragedia

Un día, llegué al centro hospitalario para comenzar mi jornada laboral. Había tenido un arduo trabajo durante el mes, pues participaba en unas brigadas médicas que implicaban operar en diferentes provincias, llevando el equipo de laparoscopia del hospital, así como el contingente. En el parqueadero de mi trabajo, tras bajarme del auto, experimenté un dolor intenso en el pecho, con una sensación de muerte inminente. Automáticamente, asumí lo que ocurría: un infarto; sin embargo, dudaba por mi edad. De inmediato, sentí debilidad para caminar o sostenerme en pie; alcancé a llegar a la puerta y fue entonces cuando un compañero me brindó su ayuda. Ingresé al área crítica, fui reanimada por mis colegas y trasladada para un cateterismo cardíaco.

Al arribar a la sala de emergencias, tuve un deterioro. Por primera vez, experimentaba algo diferente; sentí que mi alma salía de mi cuerpo. Fue entonces cuando presentí que era grave y la muerte era una posibilidad. Me invadió el miedo, sobre todo por mi hija. Desperté intubada en angiografía, con un intenso dolor; luego, volví a abrir mis ojos y me encontraba en la unidad de terapia intensiva. Permanecí allí varios días y pensaba si tal vez este era el fin de mi carrera, pues inicialmente dependía de oxígeno y apenas lograba caminar o comer; me cansaba con mucha facilidad.

A los pocos días, regresé a casa y no podía ni siquiera subir las gradas. Sin embargo, el amor es un motor grande, pues mi hija se convirtió en mi enfermera y poco a poco fui sanando. El agradecimiento es eterno al personal del hospital, quienes me apoyaron durante mi convalecencia y me dieron el soporte necesario para regresar a mis labores.

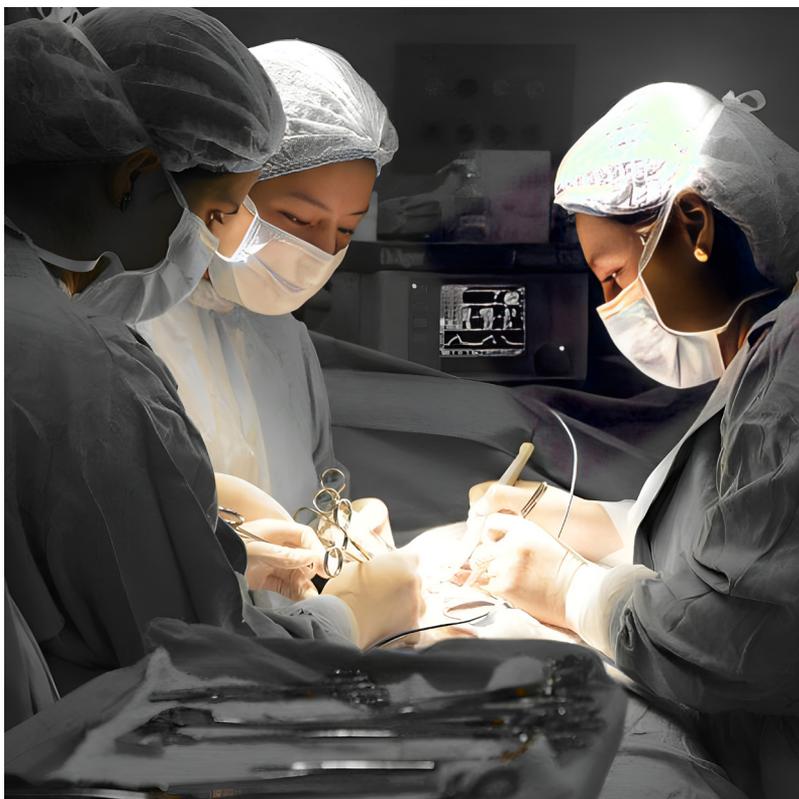
Curiosamente, uno de mis maestros, el mismo que no estaba de acuerdo con que una mujer esté en cirugía, cuando sufrí el infarto realizó un comentario: "Esta es la razón por la cual las mujeres no deberían ser cirujanas"; y al día siguiente, él fue ingresado en la unidad de terapia intensiva, ocupando la cama contigua a la mía, con un diagnóstico similar al mío. Considero que este episodio fue el origen de su cambio de perspectiva, pues más adelante reconoció mi profesionalismo y enablamos una sólida amistad.

Un mes después de reincorporarme al trabajo, fui víctima de un asalto. Me apuntaron con un arma, y mientras temblaba, el individuo exigía que bajara del carro. El temor que se apoderaba de mi cuerpo me dificultó quitarme el cinturón, por lo cual el delincuente disparó. Sin embargo, antes de que eso sucediera, logré acelerar y huir; la bala atravesó la ventana sin causarme daño. La vida es muy sorprendente, pues años después me encontré frente a quien intentó arrebatarme la existencia; luché por salvarle la vida y el resultado fue positivo.

Lamentablemente, las tragedias parecían no tener fin. Un día, al regresar a mi casa luego de mi jornada laboral, encontré la puerta principal abierta. Al entrar, observé a hombres armados vaciando el departamento. Me acosté en el piso junto a mi hija, y por fortuna, no nos pasó nada, aunque el lugar parecía haber sido arrasado por un torbellino. Me tranquilicé y brindé apoyo a mi niña. Como siempre, debía mantener la mejor actitud.

Soy muy feliz y amo mi profesión. En la actualidad, mi hija se ha convertido en una gran mujer, cursa su segundo año de ortopedia y traumatología; ella es mi motor principal. Tengo mucho por agradecer a Dios y a la vida: por mi madre, quien hoy está con nosotras, y aunque hace diez años atravesé un dolor profundo al perder a mi padre, sé que él vive en mi corazón y me sonríe desde el cielo; por la familia, nuestro tesoro más grande; por mis amigos, con quienes comparto una verdadera hermandad y ocupan un lugar especial en mi alma.

Escribir estas palabras me ha permitido abrir mi corazón y recordar mi historia de vida. Sé que muchas cirujanas se sentirán identificadas con este relato. A ellas solo puedo decirles que la fuerza que nos mueve es la pasión y la fe; jamás permitan que sus miedos sean más grandes que sus sueños. El arte de la cirugía implica sacrificio y abnegación, pero cuando amas lo que haces, te deleitas en ejercerlo. Seamos solidarias, bondadosas, guerreras, valientes, inolvidables, ecuanimes; el ejemplo del amor de Dios en la Tierra.



Fuente: archivo personal de Diana Torres

“””

“Jamás dejes que tus miedos sean
más grandes que tus sueños”.

En el 2005, cuando aún era estudiante de medicina, recuerdo a ciertos maestros que habían regresado de países latinoamericanos como Chile, Colombia, Argentina y México. Sus relatos atestiguaban un mayor nivel tecnológico y avances médicos en dichos lugares. Esto me llenaba de asombro y, a la vez, de curiosidad, pues eran excelentes profesores orgullosos de su formación; incluso habían adoptado algunos modismos de lenguaje y comportamientos de esos territorios donde se prepararon.

Tras concluir la carrera, debía seleccionar una residencia médica; mi elección fue la cirugía por un motivo importante. Como mujer que le gustan los acertijos, encontré en dicha especialidad la oportunidad de disfrutar de desafíos similares. De alguna manera, la deducción de las patologías suele realizarse mediante la combinación de signos, síntomas y estudios complementarios, y al momento de la intervención, se evidencia la respuesta. La suerte del destino hizo que me inclinara hacia esta exigente pero satisfactoria rama.

En el último año de la residencia, descubrí que existían escasos cirujanos vasculares en el hospital. Al percatarme de esta necesidad, surgió mi interés por estudiar esta subespecialidad. Era consciente de que no era una rama de posgrado común en el país, por lo que debía migrar para alcanzar mi objetivo. Considero que, al principio, lo más desafiante y mi primer reto fue elegir el lugar donde lo haría. Para ello, recopilé experiencias de diferentes colegas, además de evaluar el idioma y los aspectos financieros de los posibles destinos.

Durante mi formación como cirujana, recuerdo a un maestro muy especial que había realizado esa especialidad en el país. En medio de las intervenciones quirúrgicas en la sala operatoria, solía decirme: observar es aprender y leer es comprender. Fue en esos momentos cuando comprendí que el aprendizaje estaba frente a mí, y en cualquier lugar podría aprovecharlo.

Finalmente decidí aplicar a México, que parecía tener un programa en el que me sentiría cómoda. Como en todas las decisiones de la vida, lo desconocido produce cierta ansiedad, y así fue. Sabía que me esperaba un gran cambio, y durante ese proceso, confieso que experimenté muchos miedos y temores; pero también una profunda felicidad.

Caminar sobre el agua

Era consciente de que ser aceptada en un hospital y en una ciudad desconocida no sería tarea fácil; por lo tanto, envié mi hoja de vida a tres lugares diferentes para aumentar mis posibilidades. Cuando inicié el viaje para el concurso, me percaté de que estaba a punto de empezar desde cero. Imaginé que tendría nuevas aventuras y una excelente formación para ofrecer un servicio de mayor calidad en mi país.

Al llegar a Guadalajara (México), interactué con varios extranjeros aspirantes a múltiples especialidades, con quienes incluso entablé buenas amistades. Todo para mí era nuevo. De hecho, fue la primera vez que me sometí a una prueba *antidoping* antes del examen escrito.

Posteriormente, tuve una entrevista que duró una hora. Antes de entrar, mientras esperaba en la sala para ser atendida, observé que la competencia sería dura, pues muchos colegas desfilaban con carpetas grandes. Al ingresar a la reunión, conocí a un cirujano vascular, con quien congeniamos; le gustó mi formación y procedió a realizarme varias preguntas, principalmente enfocadas en la jerarquía.

El proceso finalizó con el examen psicométrico. Mientras esperaba los resultados, empecé a conocer la ciudad, su cultura, gastronomía y el centro hospitalario donde pasaría los próximos tres años. Afortunadamente, fui aceptada y así empezó un nuevo sueño.

Llegado el anhelado primer día, acudí muy temprano al hospital vestida de blanco. Inicé con una reunión con el jefe de residentes, donde recibí las indicaciones y quedó muy claro el papel que cumpliría: la posición jerárquica más baja. Tuve cuatro compañeros de mi año: Antonio, Miguel, David y Carla; yo era la única extranjera en el grupo.

Siempre he creído que los seres humanos buscamos sobrevivir por instinto, y que la vida es como un arcoíris, llena de diferentes matices. Así que, a pesar de ser ya cirujana, asumí el rol de estudiante. Me encargaba de realizar las tareas pendientes, extraer muestras de sangre, realizar gasometrías, tramitar exámenes, conseguir materiales, programar cirugías, entre otras responsabilidades. Honestamente, lo que más me costaba era retomar las evoluciones, historias clínicas y epicrisis.

Desconocía muchos formatos y protocolos de manejo propios del hospital, por lo que, al cometer errores, enfrentaba las consecuencias correspondientes. Viví jornadas extenuantes, sin descanso y llenas de arduas tareas, pero experimenté el compañerismo con varios colegas. Trabajamos en equipo y me enseñaron diversas maneras de lograr un trabajo más efectivo y rápido.

Atravesé numerosas trabas que me desconcertaban, porque eran causadas por un médico extranjero, y en múltiples ocasiones no logré completar todas las tareas asignadas, lo cual resultaba en un castigo inmediato. En esos momentos, recordaba mi propósito y pensaba que cada día que pasaba, faltaba uno menos para completar la subespecialidad. Al final, comprendí la razón del trato del colega; él también había experimentado lo mismo y esos patrones son difíciles de romper. Con el tiempo, decidí ser su amiga y de muchos otros soñadores que, como yo, decidieron ir lejos para perseguir una meta.

En los primeros días, me adapté gradualmente. Cuando iniciaron las clases y tutorías, algo fuera de lo común, pero que me entusiasmaba mucho, era la tradicional fiesta de bienvenida. Se celebraba en un hermoso lugar con piscina, incluía una *taquiza* y varios momentos de convivencia. Allí conocí a los profesores y pude interactuar con todos de otra manera.

Después de meses de mucho aprendizaje, ya tenía un esquema mental de los pasos a seguir en cada técnica quirúrgica y conocía los protocolos del manejo del trauma vascular. Mi mochila estaba llena de pinzas vasculares

y diferentes materiales para afrontar cualquier emergencia. Una de las rotaciones más demandantes fue la de cirugía cardíaca y terapia de coronarios, donde la hora de entrada era a las tres de la mañana y la salida a las ocho de la noche; prácticamente vivía allí. Sin embargo, fue un tiempo bien invertido, pues la enseñanza fue enriquecedora y logré comprender la fisiopatología hemodinámica vinculada al tratamiento quirúrgico.

Sensibilidad

Las amistades empezaron a crecer, en cuyos momentos compartimos la comida tradicional mexicana y pasamos juntos tantas horas en el día. Realmente, nos convertimos en una familia y mostrábamos empatía unos con otros. Durante los turnos, presencié varios casos severos, como aortas rotas, donde además de conocer el manejo adecuado, comprendí que la teoría y destreza son solo una parte; la calma y seguridad pueden marcar la diferencia. Aprendí que la vida es efímera y en cuestión de minutos todo puede cambiar.

Como cirujana vascular, siempre procuraba salvar una extremidad, peleando contra el pie diabético y los traumatismos. Amputar a un enfermo es perder una batalla, pero la vida es más valiosa. Lograr que el paciente y los familiares adoptaran esa filosofía, mientras que se les animaba a seguir adelante, eso era lo más difícil. Uno de los momentos que sobrepasó mi sensibilidad fue cuando tuve que amputar a un niño de diez años, pues, a pesar de los esfuerzos, no hubo otra salida.

En el segundo año, la responsabilidad aumentó. Ahora tenía a mi cargo a compañeros de primero. Los procedimientos quirúrgicos eran frecuentes, se nos asignaban pacientes con patologías más complejas y pude realizar rotaciones externas. Visité dos centros hospitalarios grandes en Ciudad de México; considero que me adapté de manera rápida y fue muy beneficioso. Además, conocí la ciudad, admiré su cultura, arte, patriotismo y festividades.

En el último año, ocupé un puesto de mayor jerarquía. Siempre procuré dar órdenes con respeto. La responsabilidad era mayor, ya que, tras ser nombrada jefa de residentes, me encargaba de organizarlos. Junto a la coordinadora del servicio, me enfoqué en la parte académica. Al inicio, hubo resistencia por parte de los residentes debido a la carga laboral, sin embargo, considero que la constancia y disciplina en el estudio nos lleva a ser mejores profesionales, y es allí donde podemos ofrecer calidad al paciente.

En las sesiones académicas, mis residentes menores destacaban. Comprendí que motivarlos a leer y estudiar era de suma importancia. En las tutorías, destacaba que en ese momento eran aprendices, pero mañana serían maestros, por lo cual debían esforzarse al máximo. Tenía posgradistas de diversos tipos, unos excelentes y otros menos aplicados, por lo tanto, se cumplía con la norma del servicio, que era el castigo para la irresponsabilidad.

Durante ese caminar, fuimos muy solidarios entre mis compañeros de trabajo. Nos apoyamos y aprendimos juntos, más aún porque algunos proveníamos de diferentes países: Nicaragua, República Dominicana, Panamá, Honduras, Colombia y Ecuador. Recuerdo una de las fiestas de fin de año, cada uno preparó un plato típico de su ciudad. Yo hice buñuelos con miel e intenté quemar un pequeño Año Viejo —en referencia al muñeco—, lo cual generó polémica, pues pensaban que estaba haciendo algún tipo de brujería.

Aprendí mucho y sostuve conversaciones muy interesantes. Hice amistad con los médicos tratantes, con quienes trabajamos en equipo para sacar la guardia adelante; un buen ambiente hacía todo más fácil. Cada cirujano, con su particularidad y detalles, compartía sus experiencias, vivencias y luchas.

También hubo momentos de desosiego, donde la presión y la carga laboral me envolvían, y deseaba con todas las fuerzas regresar a casa y no tolerar todo aquello que vivía. No obstante, recordaba nuevamente mi propósito y seguía adelante. Hubo muchos momentos de felicidad que me hicieron crecer como profesional y ser humano, los cuales forman parte de mi historia.

Nueva experiencia

Al terminar el tercer año, tomé una decisión con mi colega Carla de emprender un viaje y continuar con la formación. Aplicamos en el Hospital Clinic de Barcelona (España), pionero en cirugía endovascular. Luego de tres meses de tramitar la visa y los permisos de salida, llegamos a una nueva y hermosa experiencia, donde nuevamente inicié desde cero.

En un principio, el centro hospitalario me pareció un laberinto. No entendía las conexiones de pisos. Conocí a compañeros de varias partes del mundo: China, Egipto, India, Colombia, Panamá, Chile y Paraguay. Uno de mis compañeros, Alejandro, proveniente de Paraguay, era un profesional con una gran visión social que, a propósito, más adelante formó un grupo de cirujanos vasculares de Latinoamérica para brindar apoyo académico y científico durante la pandemia, al cual pertenezco y donde compartimos casos y nuevas técnicas que empezaron a desarrollarse en la región junto con destacados maestros.

Uno de los maestros y mentores, un hombre muy estricto y con un amplio conocimiento, quien ha probado varias prótesis nuevas antes de salir al mercado; entendí la razón de su fama mundial, la respuesta estaba en su disciplina. La diferencia en el nivel de academia, destreza y manejo en la parte endovascular y aorta visceral era abismal. La primera semana nos sentimos mal, pues dudamos de nuestra capacidad, sin embargo, empezamos a ponernos metas, a estudiar mucho; liberamos todas las interrogantes y, sin egoísmos, nos ayudaron.

Me encantaba aprender cada día, trabajar en equipo, correr por los pasillos de urgencias cargando las cajas gigantes de prótesis y todas las guías a la sala de hemodinamia; así como entender que cada paciente debía ser evaluado y que la cirugía abierta jamás dejaría de ser una opción. Algo que aplaudí mucho fue el manejo multidisciplinario junto a los servicios de anestesiología, cardiología, terapia y cirugía cardiaca, donde se realizaba discusiones científicas y se acordaba el tratamiento adecuado, apegado a la realidad y evidencia.

Exploré la ciudad con todos sus atractivos. Me deleité del sabor culinario, aunque extrañaba las frutas de mi país; llegué a conocer la diversidad en muchos aspectos culturales. Aprendí y entendí que los sistemas de salud son diferentes y dependen de la estructura económica, política y social. Algunos pacientes me comentaban que la mayoría de los ecuatorianos trabajan en limpieza y no en el campo médico. A pesar de eso, trataba de hacerles saber que mientras el trabajo sea honesto, no importa en que área labore una persona ni de qué localidad venga.

Así terminé mi aventura en el extranjero. Luego de eso, regresé a mi país con la ilusión de implementar cambios en el manejo de los pacientes, sin imaginar que la vida nos daría una lección cuando todo se detuvo durante la pandemia; aunque como médicos, debimos seguir.

Recuerdo a cada uno de los doctores que aportaron en mi formación, tanto a nivel profesional como personal. El viajar y entender la situación de ciertos lugares me hizo conocer diferentes sistemas de salud y me permitió soñar con una sociedad mejor. Siempre me repito a mí misma: que el mundo no me cambie, sino que yo pueda cambiar el mundo.

No espero grandezas ni fama, solo deseo ser feliz y amar lo que hago. La sociedad impone prestigio, poder y posición, pero anhelo siempre ser fiel a mis convicciones, que es todo lo que mis padres me enseñaron desde pequeña. Mi madre me brindó puro amor y paciencia; mi padre, el trabajo duro y la constancia. Aprendí que un “gracias” de un paciente no tiene precio. Asimilé que la mentoría se desarrolla y es mejor compartirla, sin egoísmos, y que con una buena actitud, podemos apreciar las cosas bonitas de la vida.

Amo la cirugía vascular. Estoy muy satisfecha con mi especialidad, pues me ha dado la oportunidad de comenzar de cero en algunos lugares y emprender mi propio camino. Espero seguir construyendo recuerdos y anécdotas; anhelo visitar muchos centros para continuar mi aprendizaje. Nunca he dejado de soñar, porque la vida se hizo para transitar junto al tiempo y disfrutar cada momento.



Fuente: archivo personal de Mayra Guachun

“”

“La vida es una aventura, atrévete”.



CAPÍTULO III

ACADEMIA, MENTORÍA Y LIDERAZGO

pedro S.

Tengo presente que mi reacción fue correr en busca de ayuda y comunicar lo que ocurría. Después de ese acontecimiento, nació la curiosidad de saber por qué le había pasado eso. Pregunté a mis padres y tíos, quienes no me ofrecieron la explicación que deseaba. A esa edad, ya sentía la necesidad de obtener respuestas y de comprender cómo ayudar; de entender las enfermedades y ofrecer soluciones.

Mi objetivo principal al escoger esta rama universitaria fue poder ayudar y servir a la sociedad, aportando desde donde fuera posible y brindando lo mejor de mí. Así, ingresé a la escuela de medicina con la meta firme y obtuve un cupo en esta carrera. Durante el camino, afronté diversas barreras, pero siempre las superé. Finalmente, completé el primer peldaño de este largo recorrido.

Me gradué de médica general, destacándome entre los diez mejores egresados de la promoción. Inmediatamente después de completar el año de salud rural, ingresé a la especialidad de cirugía general en el 2009, y me enfrenté a un gran reto planteado que me permitió adentrarme más de cerca en las enfermedades clínico-quirúrgicas.

Durante el primer año, me sumergí en el aprendizaje del cuidado posoperatorio de las personas. Estudiaba sobre las enfermedades, realizaba curaciones y asumía otras responsabilidades propias de un residente que empieza su formación en cirugía general. Además, me inicié en la ejecución de pequeños procedimientos, aplicando las técnicas apropiadas para cada caso, y comprendí la importancia de los principios quirúrgicos. Me maravillaba ante la habilidad de ciertos médicos tratantes que realizaban cirugías muy complejas y sus pacientes lograban una pronta recuperación.

En los siguientes años, me involucré aún más en el tratamiento directo al paciente, así como en el desarrollo de destrezas y habilidades. La competencia se intensificaba, con una predominancia numérica del género masculino entre los posgradistas en esta especialidad. No faltaron los comentarios machistas, como: “es mejor que las mujeres escojan ginecología”, “llama a tu compañero ‘varón’ para que me ayude en la cirugía” o “¿por qué una residente escribió mis indicaciones?”. Sin embargo, convivir con un mismo objetivo y demostrar la capacidad adquirida no solo me permitió mantener la cordialidad, sino también aprender de cada uno; de quienes, incluso, conservo buenos recuerdos.

Entereza

Finalmente, me gradué y empecé la búsqueda de un trabajo donde pudiera ubicarme y aportar con mis conocimientos y destrezas. Fue desafiante, pero en el camino encontré personas que me brindaron su ayuda y confianza. Una de ellas es Janeth Idrovo, a quien siempre estaré agradecida y considero una colega aliada, libre de egoísmo. Me dio la oportunidad de iniciar como cirujana de apoyo en una clínica de prestigio en la ciudad de Quito, Ecuador.

En este punto del camino, como cirujana, hubo un colega que siempre me trataba con desprecio, mostrando su superioridad y actitudes machistas. Le disgustaba que revisara a sus pacientes, a pesar de que eso estaba dentro de mis responsabilidades. Me gritaba despectivamente cada vez que nos encontrábamos. Era complicado entender la razón, ya que siempre me limité a cumplir con mis labores como cirujana de apoyo. Por otro lado, colegas como Carlos, Amikcar y Mauricio me brindaron constante apertura, enseñanzas y agradecimiento por mis obligaciones cumplidas. Gracias a ellos y, en general, a la institución, esta experiencia resultó muy gratificante.

De ello pude rescatar varias enseñanzas, sobre todo, el hecho de que no se debe creer lo que otros aseveren de ti sin darse la oportunidad de conocerte. Además, que en la medida de lo posible, los conocimientos deben ser compartidos, en cualquier momento que te encuentres.

De esta experiencia surge una parte de mi anhelo por formar a aquellos que vienen después de mí. Gracias a un colega cirujano, Patricio, tuve la oportunidad de adentrarme en el mundo de la enseñanza. Él me brindó la primera posibilidad para iniciar mi carrera docente en una universidad grande.

Esta experiencia fue reconfortante, porque aporté con mis conocimientos a los jóvenes estudiantes de los primeros años. Como educadora, obtuve muchos aprendizajes y comprendí que formar a un estudiante de medicina implica una labor que demanda mucha responsabilidad, compromiso, sacrificio y entrega.

Después tuve la oportunidad de trabajar en un hospital cantonal, lo cual resultó decepcionante debido a que encontré con un director lleno de prepotencia. Jamás supo brindarme apoyo y confianza como cirujana; incluso, en una ocasión, ingresó a una de las intervenciones quirúrgicas que estaba realizando y alegó que me demoraba. Sin respeto y amparado por el poder que le concedía la autoridad, no pude pedirle que abandonara el quirófano, hizo lo que él consideraba correcto; esto complicó la cirugía. Por esta razón, luego de aquel incómodo incidente, me vi obligada a renunciar.

La semilla en tierra fértil

Al poco tiempo se presentó la oportunidad de trabajar como profesora en una universidad, cargo que asumí con empeño y dedicación. Desde esta posición, encontré mayor respaldo de la autoridad, quien siempre me brindó apoyo y facilidades para la capacitación en el campo docente y profesional. Se creó un ambiente laboral con mayor respeto, valía y consideración, por lo cual decidí emprender con mayor énfasis en el mismo. Me di cuenta que desde allí podía aportar mucho a la sociedad, mediante la investigación, enseñanza y capacitación.

Esta experiencia me motivó a continuar en el ámbito docente, además observar, como cirujana y profesora, que actualmente en diversas sociedades algunos de estudiantes ingresan a la carrera médica no

por vocación, sino a menudo por imposición, vanidad o estatus social. También están aquellos que inician con un objetivo claro y, en algún momento del camino, ya sea por el sistema o la sociedad, comienzan a perder el amor por la medicina y el humanismo que tenían.

Prueba de ello son, por ejemplo, las quejas que diariamente reciben los médicos de mayor jerarquía en los servicios de salud acerca del desempeño de los externos o internos de medicina. Asimismo, la inconformidad de los pacientes que acuden a las casas hospitalarias.

En este punto, resulta necesario comprender que no podemos culpar al sistema de salud; la academia tiene responsabilidad en brindar el apoyo necesario para mejorar la calidad educativa de los profesionales sanitarios. Luego de entender esto, surgió en mí la necesidad de transformar la calidad educativa desde mi posición, a fin de ofrecer una mejor atención a las personas enfermas; es decir, era el mismo anhelado objetivo que perseguí desde los inicios de mi formación.

Paciencia

Posteriormente, tuve la oportunidad de participar en un concurso de méritos y oposición para docente titular con nombramiento definitivo en la institución educativa que me brindó la formación. Por lo tanto, decidí retribuir compartiendo mis conocimientos a los futuros egresados de mi recordada Facultad de Medicina, donde gané la impartición de la asignatura de Anatomía y Cirugía, la cual se ajustaba a mi perfil.

Sin embargo, el hecho de ser joven y mujer fueron las principales justificaciones para poner obstáculos en el cumplimiento de dicho nombramiento, sin contar asuntos administrativos y políticos que en ese entonces y hasta la actualidad afectan a la institución.

La asignatura de Anatomía y las ramas quirúrgicas ya tenían a cargo docentes contratados y nuevos titulares varones que las habían impartido desde años atrás. Por esta razón, la directora de aquel entonces no fue muy justa en la distribución de las asignaturas, ya que había ganado el concurso y debía ser designada antes que los contratados varones. Espere pacientemente hasta que hubo un cambio en las autoridades, donde la asignación fue equitativa y después de dos años de espera y de demostrar mi capacidad, pude ingresar a la plaza que legalmente me correspondía.

Durante este nuevo reto en la docencia, ya en una posición más estable y desde donde puedo contribuir al cambio de la educación médica, comencé con un nuevo propósito. Ante esto, es indudable tener presente que la academia tiene gran responsabilidad, ya que, la educación no solamente contribuye al desarrollo cultural y social de una nación, sino que, en el ámbito de la salud, coopera al progreso y mejora la calidad de vida de las personas y comunidades.

Aunque existan varios factores sociopolíticos que influyan en la educación, y que se han descrito a nivel internacional, como el hecho de haber una alta divergencia de conceptos, objetivos, estrategias y currículos sobre

los cuales impactan las reformas en la legislación y administración de la salud y enseñanza. En los diferentes países de habla hispana, se limita cada día más la práctica docente, se pone en juego el ejercicio médico y en riesgo la extinción del hospital universitario, donde es más importante la producción de un servicio que la eficiencia del mismo.

En el trayecto del mundo docente, me resulta preocupante aquellas afirmaciones que indican que no solo a nivel nacional existen aspectos de la educación médica que deben mejorar para ofrecer una formación de calidad. Por ello, mi propósito como profesora universitaria de una carrera netamente humanista es entregar, desde los inicios de la preparación, todas las herramientas necesarias, así como los conocimientos de médico y especialista, aportando a su desarrollo integral.

Es conveniente que el alumno no solo esté inmerso en conocimientos teóricos, técnicos, habilidades y destrezas; sino que estos también vayan acompañados de una aplicación de la ética, el humanismo y los valores. De esta manera será posible mejorar el accionar de las futuras generaciones en los servicios de salud.

Hoy en día, no todos los médicos que optan por la docencia como profesión conocen los aportes al desarrollo de la formación, como los que existen desde la antigüedad. Por mencionar algunos: Sócrates, Hipócrates, Abraham Flexner o los consensos realizados para la elaboración del currículum de médico general, mediante la Declaración de Edimburgo en 1993, o a la Asociación Médica Mundial. Estos han propuesto principios y requisitos mínimos para la elaboración de planes de estudio de carreras de medicina.

Considero que para los médicos que escogen la carrera docente, es de suma importancia conocer sobre la pedagogía médica, que es una ciencia no muy popular, principalmente en el área de los galenos, quienes recibimos una educación médica y no pedagógica; pero que en el camino decidimos ir en ese sentido y ahora se ha convertido en un reto más por superar, con el fin de estar mejor preparados para aportar de forma satisfactoria a los estudiantes.

Obstáculos y satisfacciones

La motivación primordial para involucrarme en la docencia fue el deseo de formar médicos, no solo a nivel profesional, sino también como medio para brindar aprendizajes en cuestiones de ética y valores. Además, considero que es una forma de agradecimiento a quienes me educaron y, de esa manera, apporto a la sociedad de manera significativa.

Entre otros obstáculos a los que me he enfrentado en el camino está la falta de apoyo y empatía por parte de las autoridades institucionales. Al ser docente de una universidad pública, regida por un gobierno universitario elegido mediante votación, se prefiere mantener a los estudiantes como aliados. En ocasiones, esto puede llevar a ser excesivamente permisivos con exigencias y demandas que no aportan a su formación. A su vez,

esto resulta en un incumplimiento de valores éticos, morales e incluso en una falta de adquisición de los conocimientos necesarios para ser promovidos a niveles superiores, ya que la situación política prima en este sistema educativo.

Es preciso que las autoridades de una escuela de medicina no solo incorporen en sus planes de estudio los conocimientos, las habilidades y las destrezas propias de la formación médica, sino también sus valores éticos y morales requeridos para ejercer la carrera. Por ahora me encuentro en esa lucha y espero, desde mi posición, lograr un cambio en el sistema actual. No hay mayor satisfacción que un estudiante que comprende el mensaje y le es útil para su futura formación. Si se encuentran ante profesores así, sean agradecidos infinitamente hacia ellos.

Ahora bien, no todo ha sido desavenencias. También he tenido grupos de alumnos que me han dado grandes satisfacciones, siendo uno de ellos los internos rotativos de la ciudad de Loja en la actualidad; allí han sabido desempeñarse adecuadamente de forma integral como estudiantes de medicina. Así mismo, el vigente cuarto, octavo y noveno año de estudiantes de la carrera, en quienes no ha sido difícil inculcar los valores éticos, humanos y profesionales de la rama. Cabe recordar que dichos principios deben enseñarse tanto en las instituciones de educación como en los hogares. Siempre resulta más fácil enseñar medicina a un individuo con una ética y moral ya establecidas.

Por otro lado, para que el proceso de enseñanza-aprendizaje sea exitoso, es trascendental que las dos partes hagan un esfuerzo. Los valores y la moral se adquieren desde la casa, la familia y la sociedad en que se desenvuelven. En el caso del estudiante de medicina, deben ser fortalecidos por los educadores médicos.

Formación pedagógica

Me interesaba mucho obtener una formación en pedagogía, por lo cual en la actualidad estoy cursando un doctorado en educación, más no en medicina. Mi elección se debe a que considero de suma importancia adquirir conocimientos sobre cómo formar a otros, al igual que la investigación educativa. De esta forma, el estudiante puede sacar un mayor provecho en este interaprendizaje. Sumado a esto, creo que es crucial cumplir con un adecuado perfil en la carrera médica, donde se aporte de manera efectiva en el *ranking* universitario al poseer verdaderos docentes con una formación integral.

Esta nueva misión, donde el objetivo es comprender el entendimiento de la filosofía como base de la educación médica, ha hecho que me percate de varios desafíos. Si bien es cierto el médico actual no debe tener una formación orientada a la de un especialista, considero que sí es relevante que conozca lo básico del manejo de una especialidad, con el objetivo de ejercer una buena función cuando su trabajo lo requiera en cualquier casa de salud, sea de atención primaria o de tercer nivel.

Para ello, además de los sólidos conocimientos profesionales para identificar las dolencias de las personas, es necesario conocer cómo abordar la situación de manera solidaria y humanista. Por lo tanto, el reto es contribuir a que el estudiante optimice estas habilidades, así como las capacidades comunicacionales, para llegar de mejor manera al paciente y mejorar su relación con este; con lo cual tendrá la oportunidad de brindarle una mejor atención.

Desde mi formación como médica especialista en cirugía y futura doctora en pedagogía, quiero fomentar en las generaciones venideras la comprensión del verdadero propósito de la formación médica. El hecho de intervenir para tratar de mejorar la salud de otra persona, demanda sacrificio, entrega, voluntad y bondad; es decir, hacer el bien para sentirse bien con uno mismo. Eso es lo que espero lograr, para contribuir al desarrollo social, mejorando la calidad de atención médica, y con ello aportar con una sociedad de excelencia.

La docencia me apasiona y la satisfacción más grande que me ha dejado la profesión hasta ahora es el observar que estoy ayudando y aportando a los estudiantes. Observar a los jóvenes formados, en quienes se ha logrado una verdadera mediación pedagógica, convirtiéndose en una complicidad cuyo objetivo es el servicio al prójimo, con respeto, empatía y ética, me llena de orgullo.

En mi posición actual puedo aportar e incentivar a otras mujeres que decidieron emprender en un campo que, si lo vemos desde el punto de vista social, no es tan común para una figura femenina; esta rama es la especialidad médica quirúrgica. En ella, el desarrollo y reconocimiento no es tan fácil de conseguir, si se toma en cuenta el contexto laboral donde nos desempeñamos. Deseo cimentar en la formación médica el amor a los pacientes y la importancia del profesionalismo al momento de realizar cualquier procedimiento, que debe realizarse con ética y humanismo.



Fuente: archivo personal de Fanny León



“Aportemos de una manera ética y profesional a la sociedad, sembrando valores y humanismo en los estudiantes”.

Es grato empezar este relato con recuerdos de la administración de un hospital del Ministerio de Salud Pública del Ecuador. Soy Cumandá Lituma, especialista en cirugía general; he ejercido mi profesión por ocho años, tres de ellos en un hospital general de la zona 6, en la provincia de Morona Santiago. A los seis meses de ingresar al centro hospitalario, me ofrecieron la oportunidad de ser directora médica asistencial, un reto que acepté con el apoyo del gerente de la institución, por quien siento gran consideración, admiración y respeto. Entonces, me aventuré a esta experiencia que después se convirtió en agri dulce.

El señor gerente de la institución, un profesional intachable, me transfirió diversos aprendizajes. De la misma manera que se enseña a un niño a escribir, así lo hizo conmigo, formándome en todo lo administrativo. Sin su ayuda, considero que mi estancia en esa área sería un recuerdo efímero. Además, mi tiempo de permanencia —un año y medio— hubiese sido menor.

Cuando recibí la oferta de trabajo como directora médica, experimenté un cúmulo de emociones positivas. Una sensación de asombro y gozo recorrió mi cuerpo. “¡Acepto!”, expresé con gran entusiasmo, pues asumí que contaría con la colaboración de todo el personal para transformar algunas situaciones habituales en el hospital y luchar juntos por conseguir lo necesario.

En mi primer día en la nueva oficina, diversos pensamientos positivos me invadieron. Varias personas del área administrativa me mostraron respeto, me dieron la bienvenida y me desearon éxito en mis funciones. Incluso mis tres mejores amigas del hospital me ayudaron a realizar un análisis.

Ellas, al igual que yo, estaban muy entusiasmadas por mi logro; fueron quienes desde el primer momento me demostraron su cariño, alentándome a no perder mi esencia ni carisma, a pesar de los obstáculos diarios. Desde el principio, empecé a anotar en mi agenda metas que debía cumplir, sin embargo, todo cambió en el transcurso de los días.

Experimenté cierto rechazo y machismo de algunas personas del personal, por ser oriunda de otra provincia que, según ellas, no conoce ni conocerá las necesidades de la población. Las inquietudes que frecuentemente llegaban a mis oídos eran en torno a que no se sentían representados por alguien que no había nacido en su localidad. De primera instancia enfrenté resistencia y un apoyo nulo de gran parte de los trabajadores.

Catástrofe mundial

En marzo del 2020, a menos de un mes de asumir el reto en la dirección médica, se desató la pandemia de COVID-19, patología que marcó un antes y un después en la salud del Ecuador, el mundo y también en mi vida. En ese momento, salió a flote toda la precariedad del sistema de salud en el que vivimos los ecuatorianos, al carecer de los medicamentos e insumos necesarios para la atención.

A esto se sumó que fue una enfermedad de aparición súbita, única, universal y desconocida, la cual, de alguna manera, creíamos no llegaría al continente; ya que tan solo unos meses antes la habían dado a conocer en los noticieros como un nuevo virus en Asia. Las personas tercermundistas solemos dejar todo para el último momento, y en este caso, pensábamos que el COVID-19 no alcanzaría a Ecuador; por lo tanto, no nos preparamos adecuada ni oportunamente.

En medio de este caos, el primer inconveniente que surgió en el hospital fue un tema de distancia, debido a que este centro médico se ubica en la Amazonía ecuatoriana, a casi cinco horas de la ciudad de Cuenca, donde se encuentran los hospitales de referencia zonal. Sin que esto nos detuviera, empezamos a prepararnos con lo poco o nada que teníamos y estructuramos planes de contingencia para solventar las necesidades de los pobladores de la provincia de Morona Santiago.

Todos los administrativos hicimos lo prioritario en ese momento, brindamos nuestro mejor trabajo y esfuerzo. También estábamos asustados, porque todo era nuevo. Incluso los hospitales básicos de la localidad implementaron medidas de contingencia al recibir pacientes con otras patologías, dado que el hospital de la capital provincial fue designado centinela para los pacientes con COVID-19.

Al enterarnos de que había llegado la primera paciente portadora de COVID-19 al Ecuador, experimentamos un miedo abrumador. Se cerraron las fronteras entre las provincias y entramos en confinamiento nacional. En cambio, el personal sanitario, ya sea administrativo u operativo del hospital, seguíamos trabajando incansablemente, pues era nuestro deber hacerlo.

En ese momento, la ansiedad me invadió al sentir irrespeto por parte de muchos de mis compañeros, quienes exigían que se les proporcionara insumos y medicamentos que estaban fuera de mi alcance. Gritos y falta de consideración eran constantes; sin embargo, no tenía el poder para cumplir con sus requerimientos al no ser competencia de la dirección médica. Lo que sí podía hacer, y así procedí, era exigir a quienes les correspondía esa tarea que cumplieran; porque estaba en juego la seguridad de todos los que formábamos parte del hospital, sobre todo de aquellos involucrados en la atención directa a los pacientes.

Todos los trabajadores, desde médicos, enfermeras, terapeutas respiratorios, personal de farmacia, auxiliares de bodega, trabajadores de cocina, hasta los encargados de limpieza, tecnólogos de laboratorio y choferes de ambulancia, necesitaban equipos. A todos ellos tuvimos que brindar la protección necesaria y asegurar la bioseguridad del personal para prevenir el contagio.

A pesar de todos los esfuerzos, nos dimos cuenta de que la atención de salud ecuatoriana era deficiente. A esto se sumó que pude apreciar y palpar de manera directa el abuso comercial de los proveedores de

insumos y medicamentos, quienes duplicaron y triplicaron el precio de sus productos. Además, los pedidos no llegaban a tiempo y se agotaba el suministro de oxígeno.

La cifra de contagiados aumentaba constantemente, y el hospital resultó insuficiente para la cantidad de personas que requerían atención. Junto con el gerente, solicitamos a los proveedores que nos suministraran más oxígeno. Varias veces lo hicieron por amistad, al igual que la provisión de los alimentos, ya que hasta ese insumo vital se agotaba.

Así, entre altibajos, empecé a enfrentar no solo la pandemia, sino también a personas externas e internas que llegaban a la oficina con sus particularidades. A diario, y a todas horas, expresaban su desprecio, exigiendo medicinas e insumos. Lo único que podía responderles era que se está haciendo hasta lo imposible para que llegaran al hospital, que no era por falta de gestión. Les explicaban que justamente mi deber era brindar seguridad y cuidado a cada uno de ellos, pero el inconveniente residía en que Ecuador no estaba preparado para esto.

La corrupción se manifestaba en todos los ámbitos, especialmente en el sector de la salud; era evidente y palpable. Sin embargo, en esos momentos nadie entendía ni podía justificar el abandono hacia la salud. Nos dimos cuenta de que la salud no era una prioridad para los gobiernos de turno, y esta catástrofe me dio la razón.

Con la valentía que me caracteriza, expreso con firmeza que el área administrativa y el gerente se esforzaban por obtener lo necesario, lo que estaba a su alcance; incluso los mismos familiares gastaban de sus bolsillos con tal de lograr la mejoría de sus seres queridos, dándose cuenta en ese momento de que estábamos haciendo lo imposible para conseguir ciertos insumos o medicamentos. Dada la magnitud de la catástrofe mundial, la oferta era escasa, y lo poco disponible se distribuía a todos los hospitales del país. Así, cada día ingresaban más pacientes a hospitalización, algunos en estado grave y otros en mejores condiciones; era como estar en tiempos de guerra, brindando atención con recursos limitados.

Algo que marcó mi alma y corazón fue observar de cerca a aquellos pacientes que morían lejos de sus familiares, en total abandono, debido a que no se les permitía visitarlos. En caso de fallecimiento, el personal del hospital se encargaba de enterrarlos en una fosa común proporcionada por el Municipio. En el mejor de los casos, observaba a los lejos a uno o dos familiares que acompañaban a su ser querido y les daban el último adiós; sin embargo, la mayoría de veces íbamos solos.

Muy pronto, el hospital se convirtió en el hospital centinela de la provincia. A este llegaban pacientes de los doce cantones, con variabilidad en la gravedad de sus casos. Algunos ingresaban solamente para recibir hospitalización debido a la necesidad de oxígeno y eran dados de alta en cuestión de días. Aquellos con complicaciones más graves eran admitidos en terapia intensiva, donde algunos experimentaban mejorías, mientras que otros fallecían por la grave afectación pulmonar y complicaciones

presentes. Además, al no poder ser referidos a hospitales de mayor complejidad por el colapso nacional, varios de ellos permanecían en nuestro centro médico con desenlaces fatales.

Frustración y desesperanza

Una de las experiencias más dolorosas que quedó grabado en mi mente fue presenciar el ingreso de dos esposos adultos mayores en estado grave, quienes fallecieron pocos días después. Sus hijos y demás familiares no pudieron despedirse ni visitarlos, solamente los vieron partir en el féretro y a unos cuantos metros de distancia por el riesgo de contagio.

También recuerdo el caso de una paciente que llegó desde una provincia lejana para visitar a su hija, se contagió de la enfermedad y murió en el hospital. Sus parientes no lograron acudir ni trasladar el cadáver a su ciudad de origen. Ahora yace enterrado lejos de casa, a kilómetros del resto de su familia.

Otro episodio que me estremeció fue el de un enfermo que, cuando falleció, su hijo decidió llevarlo a su comunidad en la selva amazónica, a cinco horas del hospital. Los oriundos de ese lugar, al enterarse de que se trataba de un caso de COVID-19, no le permitieron llegar, y por miedo a ser atacado debido a amenazas recibidas, tuvo que dejar el ataúd en medio de la selva. Así, muchas otras situaciones me hacen reflexionar que, si el sistema de salud fuese diferente, no tendría estas tristezas en mi corazón y podríamos haber logrado un buen manejo en todos los sentidos.

En el hospital, los trabajadores experimentaban mucho miedo. Todo respecto al covid era nuevo, una enfermedad desconocida en ese momento, de la cual tampoco se sabía el tratamiento adecuado; a pesar de ello, procurábamos dar lo mejor de nosotros. Los guardias y choferes rechazaron transportar los cadáveres, porque en algún momento se especuló que el contagio era por contacto. En varias ocasiones, sin importar mi rol como directora médica, me tocó cargar los ataúdes y colocarlos en una camioneta para ser llevados al cementerio. Allí, una retroexcavadora tomaba la caja y la ubicaba en una fosa común; mientras que yo observaba nuevamente aquello que tanto dolor me causaba: en el horizonte y la lejanía, la familia daba un triste adiós a su ser querido.

También viví esos momentos desgarradores de preocuparme profundamente por mi familia, porque, aunque daba lo mejor de mí, pensaba en ella, que estaba lejos. No podía tener un abrazo de mi madre y que me dijera que todo estaba bien. El teléfono se convirtió en la muestra de cariño más cercana que pude recibir, un medio por el cual me sentía amada y protegida; ella me animaba a seguir con entereza.

Pero a pesar de mi valentía y fortaleza, en algunas ocasiones me quebrantaba la tristeza ante la nula empatía. Muchas veces me hicieron sentir mal, pues es muy difícil estar en un cargo de esta índole y mantener a todos contentos con la gestión. Considero que las dos situaciones más amargas y tristes de mi paso por la administración fueron la falta de apoyo y la muerte de aquellos pacientes en soledad.

Fortaleza y resistencia

Durante ese tiempo, me aferré a lograr un buen trabajo, objetivo que considero haber cumplido con toda la fuerza y los escasos recursos materiales que disponíamos. Trate de conseguir insumos, incluso a través de amistades; sin embargo, estos no llegaban. En muchos momentos me sentí impotente, porque el personal operativo no percibía la lucha diaria, no apreciaban el esfuerzo y el nadar a contracorriente.

Muchas noches lloré, porque me sentía incapaz de seguir, y en varias ocasiones renuncié. Sin embargo, el gerente no lo aceptaba, me decía que estaba realizando un buen trabajo, que era una excelente persona y una profesional, y que todo marchaba de manera adecuada gracias a mi ayuda. Así mismo, muchos colegas cercanos renunciaron. Permanecí un año y medio con muestras de desprecio, gritos y palabras de humillación por parte de algunos compañeros, quienes no se daban cuenta de que yo trataba de dar lo mejor de mí para sacar adelante al hospital; incluso varios de ellos lo tomaron de forma personal y hasta dejaron de saludarme o responder a mi saludo.

Frecuentemente, me preguntaba a mí misma: ¿qué haces en un puesto administrativo?, eres cirujana, el quirófano te apasiona. No hallaba la respuesta. Estaba en un lugar donde, por más que obtenía aprendizajes, no me sentía 100% feliz. Sumado a esto, estaban también todos los tropiezos y barreras que enfrentaba cada día.

Mi felicidad se completaba cuando disfrutaba de mis momentos quirúrgicos y de contacto con los pacientes. Manejar ambas cosas simultáneamente no fue buena idea, pues el trabajo de la dirección se tornaba interminable, por lo que tuve que tomar una decisión. Necesitaba dar lo mejor de mí, y aunque me dolía, debía elegir. Evidentemente, opté por la cirugía, pero una vez más mi renuncia fue rechazada; así que, con buena actitud, continúe como directora del hospital.

Obtuve aprendizajes poco a poco. Considero que lo más difícil fue separarme durante un año de los quirófanos. Me acercaba a sus ventanas solo para observar los insumos faltantes. Dejé de involucrarme en el área clínico-quirúrgica; sin embargo, ahora puedo decir, como en todos los aspectos de mi vida, que Dios tiene las respuestas y sus planes son mejores que los míos. Él nunca me abandonó, a pesar de que humanamente quería dejar allí todo.

La experiencia de los días que viví y el menosprecio de la gente que dolía me hicieron más fuerte. Cada mañana iba con mayores ganas de trabajar; cada día era una nueva oportunidad, y así lo viví. Estas circunstancias de mi paso por la administración me permitieron cimentar más mis valores en Dios.

Empoderamiento

Lo que puedo resaltar es que, durante este período, se activó una fortaleza y energía que desconocía que existían en mí. Descubrí mi capacidad para resolver problemas. Al mirar atrás, siento que ¡sí lo pude hacer! Esto me motiva mucho a empoderarme y tener presente que podría iniciar nuevamente desde cero; y ante cualquier situación, solo necesito saber que un trabajo se logra en equipo. Además, aprendí que no hay que olvidar la esencia del alma ni los valores adquiridos.

Hubo muchas situaciones que me llenaron de satisfacción: la batalla ganada de muchos pacientes, el agradecimiento de la familia, el apoyo de varios colegas y personal operativo. Me siento feliz, porque sé que aprendí mucho, fui transparente y leal, mantuve la calma y serenidad; y al llevar atrás la mirada, me siento orgullosa y lista para cualquier reto.

Me he fortalecido de mayor manera en mi trabajo. Ahora estoy de vuelta en la cirugía general. Me pongo en el lugar de los pacientes para brindarles alivio y cariño. Amo mi profesión y me apasiona lo que hago. Me encanta cuando el paciente sale bien de una intervención al punto que sus días de estancia en el hospital se acortan, y se va con el alta médica. Sin embargo, amo aún más mi valentía para enfrentar las situaciones de aquellos que se complican o que su hospitalización se alarga. Me siento muy feliz de brindar mis conocimientos y buscar siempre el bienestar para el enfermo y su familia.

Agradezco a Dios por no haberme dejado sola, a mis padres que siempre me han impulsado y me han dado ánimo en todo momento. Gracias a mis amigas del hospital, cuyo apoyo y fortaleza me mantuvieron de pie. Agradezco al gerente, que me brindó su ayuda y confianza, sin egoísmos; me enseñó muchas cosas, desde cero, con paciencia y comprensión. A pesar de que él también tenía días oscuros y tristes, nunca demostró su cansancio ante cada obstáculo, y hacía hasta lo imposible para resolver los inconvenientes.

Ahora, a tres años de vivir una pandemia donde aprendí mucho, aunque mi especialidad no se involucra directamente con la gerencia y gestión, esa experiencia me permitió demostrar mi profesionalismo, sobre todo que una mujer puede y debe formar parte de la administración de un hospital, pues somos igual de valientes y fuertes que los hombres. Afortunadamente, cada vez somos más mujeres las que ocupamos estos cargos, y lo hacemos con o sin los materiales y recursos necesarios, porque creamos, construimos, reinventamos y reconstruimos.



Fuente: archivo personal de Cumandá Lituma

“ ”

“Tenemos que discernir cual es nuestra tarea. Dios nos da las oportunidades en el momento preciso”.



CAPÍTULO IV

EMBARAZO, MATERNIDAD Y FAMILIA

pedro S.

ENTREGANDO AMOR Y VIDA

Planificar el futuro

Nube Flores



Sociedad

Un antiguo proverbio del siglo XV afirmaba: “El cirujano ideal, debería tener la mente de Esculapio, ojos de águila, corazón de león y manos de mujer”. Sin embargo, este refrán puede interpretarse únicamente como una metáfora, ya que en tiempos pasados a las mujeres no se les permitía estudiar, mucho menos ejercer la carrera de medicina o, peor aún, ser cirujanas.

Desde niñas nos planteamos sueños que muchas veces son opacados o frustrados por la sociedad en la que nos tocó vivir y desarrollarnos. Es conocido que, desde tiempos inmemorables, a la mujer se le ha atribuido, de forma histórica, las responsabilidades del hogar, incluida la crianza de los hijos.

No obstante, con los años hemos asumido nuevos roles en la sociedad que nos obligan a encontrar formas para equilibrar nuestras vidas entre las diferentes actividades y responsabilidades que debemos realizar, sin descuidar ninguna de ellas. Mi experiencia personal, proveniente de una familia tradicional cuencana, de clase media y numerosa, arraigada a valores religiosos y culturales, me ha llevado desde mi infancia a observar la vida desde una perspectiva particular en busca de la superación personal y profesional.

Desde temprana edad, sentía mucha afición por la carrera médica, empezando por la natural curiosidad e interés de la niñez por la anatomía de los animales. Así pasaron los años, hasta pasar de una escuela rural al destacado colegio de la urbe, con miedo e incertidumbre de no estar en el mismo nivel académico que las niñas de la ciudad. Sin embargo, gracias al apoyo de mis padres, quienes consideraban el estudio como una herramienta de superación, poco a poco sobresalí desde los primeros años.

Al llegar el momento de escoger una especialidad dentro del bachillerato, no dudé en que la mía era químico-biólogo. De esa manera, podía ir perfilando el sueño de la medicina como carrera futura. El colegio fue una experiencia maravillosa, con excelentes maestros que afianzaron aún más mi confianza y determinación hacia donde quería encaminarme en los años venideros.

Luego de seis años de colegiatura, llegó el fin de una etapa más de formación académica; un momento lleno de emoción, alegría y esperanza, pero también de incertidumbre. Al iniciar una nueva época estudiantil, me enfrenté a nuevas responsabilidades, propias de la tan anhelada mayoría de edad. Entre mis primeras opciones siempre estuvo la universidad pública, tanto por las circunstancias económicas como por el prestigio y reconocimiento ganado a lo largo del tiempo por esta institución.

Disparidad

Luego de un curso propedéutico de un mes aproximadamente, donde te encuentras con cientos de jóvenes que persiguen el mismo objetivo de empezar la carrera de medicina, finalmente te enfrentas al desenlace: revisar en las diferentes páginas publicadas en los ventanales de la facultad para, con temor, buscar si tu nombre aparece entre las 200 mejores calificaciones; lo que garantiza tu ingreso e inicio en esta institución.

La carrera de medicina implica seis años de estudios, durante los cuales te formas como profesional y experimentas cambios psicológicos, madurez social y personal. Al ingresar al primer año, te enfrentas con la novedad de que todo es distinto, desde la estructura física de la universidad, que es diferente al colegio, hasta la configuración organizacional de las clases y materias impartidas. De repente, eres adulto y tienes la responsabilidad sobre tus acciones y decisiones, y así transitas por este espacio.

En este terreno, desde la perspectiva de una mujer, aun en el siglo XXI enfrentas momentos de machismo y acoso. A pesar de las ganancias y reconocimientos históricos logrados por importantes figuras femeninas en la medicina a lo largo de la historia, tanto nacional como mundial, aún persiste la creencia de que el médico tiene que ser hombre, basada en la idea de que la mujer posee una menor capacidad intelectual o simplemente en la concepción machista de que nuestro lugar está en la casa y el cuidado del hogar.

Consideraría que lo que nos impulsa a las mujeres a seguir siempre un paso adelante es la convicción y seguridad ante nuestra capacidad intelectual y moral al ejercer lo que yo designo como unas de las carreras más humanas y hermosas, la medicina. Debemos tener claro el concepto y la esencia de lo que significa ser mujer, y que nuestras capacidades no tienen límite, así te digan lo contrario. Si como mujeres podemos dar vida y mantener la especie, entonces somos capaces de todo y más.

Algo que siempre llamó mi atención mientras estudiaba medicina fue el escaso número de mujeres docentes. La gran mayoría, por no decir casi todos nuestros profesores, eran hombres. Me pregunté en aquel entonces: ¿será que existen pocas mujeres ejerciendo medicina, o el esquema tradicional de la facultad es preferir a profesores del género masculino?

En el ámbito estudiantil, la relación con nuestros pares era diferente, todos nos esforzábamos por ser mejores, pero no desde un punto de vista estrictamente competitivo. Había mucha empatía, compañerismo y trabajo en equipo, lo cual se iniciaba en las aulas universitarias y perduraba durante el ejercicio de la vida profesional; grandes amistades que han sobrevivido al tiempo y la distancia. Entre nosotros no existía discriminación por género ni machismo, todos éramos iguales; aunque posiblemente sí había un poco de desigualdad y diferencias por referencias familiares.

Llama mi atención, viéndolo de forma retrospectiva, que durante nuestra formación en la carrera de medicina ninguna compañera era o se convirtió en madre, al contrario de los compañeros hombres, algunos de los cuales tenían hijos y esposas. ¿Era quizá mal visto que una estudiante de medicina se atreviera a embarazarse?

Al llegar al último año de la carrera, realizamos el internado rotativo; una experiencia inolvidable. Por primera vez te sientes médica y con la capacidad de resolver las dolencias de los enfermos. Sin embargo, es otra historia la que te encuentras, donde al interactuar con pacientes, el hecho de ser mujer conlleva algunas contrariedades; no es inusual que te llamen "niña", "señorita", "licenciada", "enfermera". Quizá, porque desde el punto de vista cultural, una mujer no es concebida en estas profesiones.

Finalmente, al concluir el internado, mi sueño se había hecho realidad: al fin era médica. Llena de expectativas, esperaba mi turno con el deseo de conocer la plaza que se me asignaría para mi año de salud rural, esperanzada de que no tuviera que ir a trabajar en el "fin del mundo".

Tuve la suerte de realizar mi año de salud rural en un hospital básico, que tenía sus limitaciones, pero también albergaba gente maravillosa. Sin embargo, aquí persistía la falta de reconocimiento a nuestra profesión. En varias ocasiones, seguíamos siendo referidas como “niñas” o “licenciadas”, a pesar de brindar una atención personalizada y directa.

Personalmente, esta situación me causaba un sentimiento de desazón y molestia debido a todo el esfuerzo y los años dedicados a la preparación profesional. Por fortuna, existen otras acciones que te permiten demostrar tus capacidades y la calidad de tu trabajo, más allá de una simple corrección verbal.

Siguiendo el sendero

Una vez concluido el año de salud rural, como médica o médico joven piensas que ya superaste lo más difícil, que era terminar la carrera. Sin embargo, no es así, pues de forma abrupta te lanzan a la vida laboral. Si bien es cierto, estudiamos por vocación de servicio, pero es también nuestro medio de subsistencia económica. Resulta arduo iniciarse en este mundo, donde, por un lado, te solicitan experiencia; mientras que, además, no te brindan la oportunidad de empezar, convirtiéndose en una odisea conseguir una plaza de trabajo.

Ante esta lamentable situación, nos quedan pocas opciones: emprender y ejercer de forma privada, o seguir formándonos profesionalmente. Dentro de mis planes estuvo siempre lo segundo, buscar la especialización, y con clara certeza en mi mente, al final de mi formación de pregrado apareció como meta ser cirujana.

En el 2010, se reformó la Ley Orgánica de Educación Superior, con lo cual las convocatorias para las especialidades médicas se aplazaron, y esto llevó a que no hubiera convocatoria ese año en Cuenca. Por ello, me centré en realizar un posgrado en Quito o España. La competencia para obtener una plaza es bastante reñida, un aproximado de más de un millar de aspirantes para diez plazas en cirugía general. Sin embargo, el mismo ímpetu que me llevó a seguir medicina, fue lo que me motivó a no sucumbir en el intento.

Luego de largas jornadas de estudio y algunas dificultades debido a la distancia física de la ciudad de Quito, finalmente accedí al posgrado en cirugía. Con mucha emoción y temor, transcurrieron los primeros años, acompañada de varios compañeros, ahora grandes amigos y amigas, que nos apoyábamos mutuamente para lograr el objetivo de convertirnos en cirujanos y cirujanas.

Decisiones

Una amiga muy especial que me inspiraba por su fuerza y constancia era madre; la única que tenía un hijo entre mis compañeras, mientras cursaba los años de posgrado. Miraba en ella el gran corazón de madre y médica que tenía, siempre responsable con sus pacientes, a pesar de la cantidad

de responsabilidades ajenas a nuestra profesión. No me imaginaba lo difícil y desafiante que podía ser estar en su posición hasta que lo viví en carne propia.

Cuando eres una mujer que ejerce la medicina y además quieres tener la oportunidad de equilibrar esta maravillosa carrera con tu vida personal y familiar, te preguntas por el momento ideal para ser madre. Al recién graduarte de médico, quizá no lo consideras factible, puesto que el deseo de ejercer la profesión o cursar un posgrado son tus prioridades, y es bien sabido que, en muchas de las entrevistas de trabajo, preguntan si eres madre o si deseas serlo a corto plazo.

Luego, si ya accediste a un posgrado con toda la carga laboral y académica, quizá tampoco es un buen momento. Al terminar la especialización, podría llegar la devengación de la beca o debes buscar un trabajo y la estabilidad económica; incluso migrar a otra provincia o país. Entonces, desde un punto de vista muy personal, se podría decir que nunca hay un tiempo establecido para ser madre, pero llega en el momento indicado.

Como médica cursando una especialidad, siempre en mi cabeza me inquietaba la necesidad de desarrollarme en otros aspectos de mi vida y crear, a corto o mediano plazo, una familia. Así que decidí correr el riesgo y cursé mi embarazo a los 27 años, mientras estaba a la mitad del tercer año del posgrado. Me preguntarán: ¿es difícil hacerlo mientras estás en estado de gestación? ¡La respuesta es sí!

En esta profesión, las jornadas laborales superan las 200 horas al mes, a lo cual se suman las guardias nocturnas y los largos períodos de pie en el quirófano; esas son algunas de las circunstancias rutinarias en el posgrado y que son parte de nuestra formación como especialistas. Mientras cursaba el primer trimestre de embarazo, donde los síntomas más comunes asociados a la gestación son náuseas, cefalea e incremento del sueño, se volvió desafiante, más no imposible, mantener el mismo ritmo y nivel académico.

Desde el primer control prenatal, cuando el ginecólogo te pregunta tu ocupación y contestas “médico posgradista de cirugía”, inmediatamente eres catalogada con un embarazo de alto riesgo; junto a lo cual vienen una serie de recomendaciones: alimentación apropiada en tiempos establecidos, dormir por lo menos ocho horas, reposo relativo, entre otras sugerencias que veía imposibles y lejanas de efectuar. Resulta paradójico que, aun siendo médicas, y conociendo toda la fisiología, fisiopatología y demás detalles del embarazo, dadas las circunstancias, consideremos imposible cumplir con unas indicaciones, al parecer, bastantes simples.

A esto se suma un sentimiento de culpa, porque no quieres aplazar tu formación académica, pero tampoco deseas que tu bebe en camino sufra alguna consecuencia por tu embarazo de alto riesgo. En todo el tiempo que lo llevas dentro, sufres miedo, ansiedad, preocupación y dudas de si estás haciendo lo correcto. Es tan importante durante esta etapa

contar con el apoyo y la empatía de las personas que te rodean, ya sean compañeros, profesores o familia; son quienes, con su amor, tolerancia y soporte, te empujan a seguir.

En el ámbito laboral, afortunadamente, el ser supremo puso en mi camino gente con un gran corazón, desde maestros empáticos y tolerantes ante esta situación, hasta amigos de posgrado que me dieron una mano. En el plano familiar, al ser de otra ciudad, no contaba con el apoyo presencial de mi familia; pero sí con todo su cariño y preocupación constante a fin de que tanto él bebe como yo estuviéramos siempre bien.

Cuando eres residente, como su nombre lo dice (*reside*), implica pasar la mayor parte del tiempo dentro de un hospital. En mi caso generé demasiados conflictos personales y de pareja. Considero que es bastante complicado comprender al personal de salud; debe existir muchísimo amor y comunicación para que esto suceda.

Durante el curso de mi embarazo, a las 27 semanas de gestación, mientras realizaba una guardia nocturna, mi vientre empezó a endurecerse de forma esporádica, pero con el transcurso de las horas, se volvió cada vez más frecuente y regular; lo que me llevó a buscar atención ginecológica. Luego del monitoreo fetal, desafortunadamente, tenía amenaza de parto pretérmino; recibí inhibición con nifedipino y reposo absoluto por ocho días.

Presenté todos los efectos colaterales de la medicación; sin embargo, yo era capaz de hacer todo por esa pequeña personita que venía en camino. Luego de este percance en mi salud, y para precautelar nuestro bienestar, se me sugirió no realizar turnos nocturnos durante el resto del embarazo. Fue una decisión complicada, pues llegó el momento de poner en una balanza: mi hijo o la formación académica, así que solicité que se me permitiera cumplir mi carga horaria reducida en el día.

Un amanecer

Al cabo de 38 semanas de gestación, llegó el gran día del nacimiento de mi primer hijo. Di a luz un 16 de diciembre, a las 6:45 a. m., por cesárea. Lo describiría como el momento más atemorizante, emocionante e inolvidable de mi vida. Los sentimientos se confunden, porque pasas de ser médica a paciente, y dentro del quirófano no posees el acostumbrado control que tenemos los cirujanos y las cirujanas.

Un hijo es el amor más grande que una mujer puede tener en su vida, y lo único que deseas con todo tu corazón es que esté bien, que nada malo le suceda. Mirar por primera vez esa hermosa cara angelical, con sus pequeñas manos que se aferran a ti, es una experiencia inexplicable. Después de haberlo vivido, no creo que pueda existir en el mundo algo más sublime, especial y profundo; definitivamente, mi vida cambió para siempre.

Desde ese instante, eres responsable de otra vida que depende de ti al 100%; y se forma un vínculo entre madre e hijo que durara toda la vida. Es un impulso, el aliento que nos lleva a cumplir objetivos, a superar temores, a levantarnos todos los días con el deseo de ser una mejor persona y a contribuir en este mundo donde nuestro hijo tendrá que salir a vivir su propia vida.

Aquí empezó la etapa más hermosa, caótica y complicada de mi vida: ser madre. Como posgradista, no tienes derecho a la licencia por maternidad como legalmente se ofrece en otras profesiones; sin embargo, me correspondían 15 días que logré alargar hasta un mes, gracias a la comprensión del director de la especialidad.

De vuelta al ruedo

Al cabo de ese tiempo, era hora de retomar la vida de la cirugía, pero ahora tenía un recién nacido. Afortunadamente, hay ángeles en la Tierra. Yo tuve el mío, mi hermana, quien me ayudó con el cuidado del bebe. Llegado el momento, qué difícil tener que colocarme el uniforme quirúrgico y salir de casa, dejando mi corazón y alma en ella, en ese pequeño que no logra entender por qué te tienes que ir.

La lactancia materna es otro reto, debido a que las posgradistas no tienen derecho a horas de lactancia; simplemente debes acomodarte como puedas. Admiro mucho a aquellas mujeres que han logrado una lactancia materna exclusiva, pues yo no pude hacerlo. Tuve que recurrir a las fórmulas artificiales, acompañada de sentimientos de profunda culpa por no haber sido capaz.

Y así, a lo largo del tiempo, arrastras faltas y dudas, hasta que un día finalmente aceptas que lo estás haciendo bien y que haces lo imposible para que tu hijo esté perfecto. Llega el momento que te deja de importar y afectar el qué dirán, y te esfuerzas como puedas para intentar cada día ser una mejor mamá.

La maternidad, siendo cirujana, es todo un reto. Desde el punto de vista cultural, nuestro cuerpo y mente están preparadas para que, en algún momento, desarrollemos este aspecto innato en la vida, que es ser madres. Considero que hacen falta políticas de Estado a favor de las madres en gestación y lactancia que hagan menos dificultoso el transitar por estos meses y años de maternidad.

Actualmente, tengo la fortuna de haber sido madre por segunda ocasión. Llegó a mi vida, otro bebe maravilloso; me siento profundamente afortunada. Tengo en mi vida una pareja estable, un hombre que es mi apoyo incondicional; sin él este camino no sería igual. Cuento con el apoyo de mi familia, que siempre está presente, y mi hermana que es mi ángel en la Tierra, la que me ayuda con el cuidado de los niños para que yo continúe ejerciendo esta linda profesión con algo de tranquilidad.

Desde hace siete años trabajo en cirugía de emergencias, un área apasionante que, a pesar de exigir mucho esfuerzo y dedicación, es realmente gratificante. Al mismo tiempo, he tenido la oportunidad de ejercer como docente de cirugía en pregrado hasta la actualidad. Ser profesora ha sido una experiencia muy enriquecedora, pues te permite el contacto diario con los futuros médicos y médicas de la patria para aportar con un granito de arena en su formación.

Finalmente, podría concluir que ser mujer y madre no es tarea fácil, ¿pero qué lo es en la vida? Si bien exige sacrificios, horas de sueño, estrés y preparación constante, nada cambiaría en mi vida, a nivel profesional ni personal. Cada logro es una alegría y cada error, una enseñanza. Al final, nos queda la gratificante sonrisa de nuestros hijos, sus abrazos y besos, que son el motor que nos impulsa cada día; y nuestros pacientes recuperados, frutos de nuestro esfuerzo diario como mujeres profesionales y por ser cada día mejores académicamente.



Fuente: archivo personal de Nube Flores

“”

“Ser madre es lo más maravilloso que experimentarás en la vida”.

MADRE Y CIRUJANA

Nacer para la cirugía

Catherine Cabrera-Ordoñez



Mi sitio seguro

Nací en uno de los cantones del Azuay. Vengo de una familia campesina que decidió migrar hacia el oriente ecuatoriano en busca de mejores oportunidades; soy la última de cinco hermanos. Mi infancia transcurrió rodeada de una impresionante naturaleza, ríos, caballos y ganado, bajo el resguardo del ser más hermoso en esta vida, mi madre.

A los cinco años, me encontré sentada en los pupitres de una escuela unidocente, donde el profesor hallaba la manera de enseñar a muchos niños de diversas edades. Recuerdo claramente ese día, mi madre me había comprado un conjunto de ropa amarilla que tenía varios círculos coloridos en la camiseta; verdaderamente me sentía feliz.

Dos años más tarde, mi padre logró comprar un pequeño terreno en una localidad de Cuenca, así que nos mudamos a la “ciudad”. Tenía siete años cuando ingresé a una escuela del sector. Conocí por primera vez cómo se veía una escuela conformada por varios docentes, que contaba con canchas y un uniforme.

Durante ese año, mi rendimiento escolar fue deficiente. Me sentía fuera de lugar, experimentaba temor al encontrarme en un entorno desconocido para mí. Recuerdo haber llorado muchas veces detrás de las puertas de esas aulas. La profesora de ese año tenía un carácter fuerte, una educadora que me generaba miedo; sin embargo, logré pasar al siguiente nivel escolar (cuarto grado) con lo mínimo necesario, mientras que en mi mente permanecían grabadas las palabras de aquella maestra: “La niña es tonta, tal vez no pase de año”. Mi madre, una señora humilde, le agradecía por no hacerme repetir el año; y apenas llegaron las vacaciones, regresé con mi madre, muy feliz, al oriente, al lugar donde sentía que pertenecía.

El cuarto grado fue tan distinto al anterior, principalmente porque ya tenía amigas y la profesora a mi cargo fue la más dulce docente que jamás conocí; una señora de quien no olvido su rostro, el aroma de su perfume y su delicadeza. Existen personas que cambian tu vida, y ella logró sacar lo mejor de mí, lo que siempre fui. Mis calificaciones mejoraron de manera increíble a partir de entonces, lo cual me permitió ingresar en uno de los colegios más prestigiosos de la ciudad.

La época universitaria, sin lugar a dudas, es la que recuerdo con más cariño. Fue el inicio de una formación médica que no terminó jamás. Es un sitio donde nos vemos reflejadas en algunos profesores, especialmente aquellos a quienes deseamos seguir sus pasos; sin embargo, también considero que es el período de mayor complejidad. Es la etapa cuando colocamos los cimientos que un día veremos convertidos en un majestuoso edificio, y es allí el momento en que empezamos a tener contacto con aquellas personas a las que denominamos pacientes.

A mi parecer, las primeras historias clínicas que hacemos son las más auténticas, mejor pensadas y cuidadosamente desarrolladas. Después, debido a restricciones de tiempo, las realizamos de manera superficial y sin el mismo entusiasmo, ajustándonos al reloj del sistema de salud en una consulta médica.

Podría asegurar que la época más enriquecedora para un médico o médica es el último año como estudiantes de medicina (internado rotativo). Es en este momento cuando ponemos en práctica todos nuestros conocimientos. Todo el sacrificio que significó la carrera culmina con broche de oro en esta fase.

Luego de cinco años de formación académica, comienza a surgir la responsabilidad de tener “a cargo” a un paciente, es el momento donde está permitido no saberlo todo, porque siempre hay alguien respaldándote. ¡Maravilloso internado!; generas una familia que dura tan solo un año. Para mí, fue una experiencia linda, porque durante ese tiempo descubrí lo que quería hacer el resto de mi vida y el lugar donde era feliz.

Sacrificio

El tiempo que le toma a un médico o una médica general acceder a una especialidad es variable y depende de algunos factores, entre ellos, un examen de admisión, donde se compite en puntaje por méritos, experiencia, publicaciones, maestrías; en fin. En muchas ocasiones se requiere, además, una posibilidad económica para manutención, matrículas y pensiones, sin la alternativa de tener un empleo adicional; ya que la residencia ocupa el 100% de tu día.

Lo intenté en dos ocasiones y, ventajosamente, logré ingresar la segunda vez a mi amada carrera de cirugía general. La residencia médica es un conjunto de miedos, anécdotas, mucho desvelo, aprendizaje, además de roces entre compañeros por el anhelo de acceder a una cirugía y no quedarse fuera del quirófano. Tuve la gran fortuna de que, durante mi formación académica, conté con la guía y mentoría de muchos profesionales de muy alto nivel, quienes siempre me brindaron su apoyo y respaldo para convertirme en una futura cirujana destacada.

También debo mencionar que, durante el posgrado, experimenté cierta inequidad en cuanto al hecho que ser mujer, pues la sociedad considera que somos menos aptas para desempeñarnos como cirujanas. Recuerdo muchos comentarios malintencionados que provinieron de colegas de la misma rama; algunos sexistas, otros discriminatorios: ¡cuán equivocados estaban! A pesar de ello, logré concluir la especialidad y me llena de inmenso orgullo observar a otras compañeras que ahora también son grandes cirujanas.

Mi primer día como cirujana egresada laborando en una institución pública de referencia de la provincia, experimenté sentimientos extraños. Sentí una emoción profunda dentro de mí, estaba muy feliz, aún recuerdo perfectamente aquella vez, incluso la ropa que traía puesta. Iniciamos el pase de visita con pacientes ingresados en emergencia y poco a poco mi felicidad se convirtió en nerviosismo; con cada indicación que llevaba mi firma y sello, la angustia aumentaba.

Mi mente ponía en duda mi seguridad ante los conocimientos y las destrezas adquiridas, y dentro de mí exclamaba: ¡cuánta responsabilidad tengo encima! Me acerqué a un colega a quien aprecio mucho y le dije con toda honestidad: “siento que no sé nada”. Él sonrió y me dijo: “Tranquila, todos hemos sentido eso; poco a poco cambiará esa percepción y todo estará bien”.

Transcurrieron algunos meses y todo fluía adecuadamente. Tenía mucho trabajo y guardias que parecían nunca terminar, pero lo que predijo mi colega era verdad, me sentía más tranquila y segura de mí misma. Un día, mientras conversaba con una querida amiga, reflexionábamos sobre si esta etapa marcaba el fin de nuestra carrera académica, y claramente respondimos que no; ambicionábamos más. Así que decidimos postular por la subespecialidad, la cual, tras viajes, entrevistas y muchos papeles, finalmente fuimos aceptadas en el extranjero.

Resiliencia

Llegar a un país que habla el mismo idioma parecía que no tendría mayor complejidad; eso es lo que yo creía, que la comunicación sería la parte menos complicada. Además, estaba segura de que la medicina era igual en todos los lugares, pero no fue como lo imaginé. En mi mente repetía lo siguiente: “soy una especialista, ¿qué puede salir mal?”; sin embargo, el hecho de empezar otra vez no estaba entre mis planes.

Debo confesar que acoplarme nuevamente a turnos no fue lo complicado. Lo difícil fue adaptarse a una nueva institución, nuevos compañeros y, sobre todo, a la forma en que te tratan. Hay algo totalmente acertado: el ser humano se amolda para sobrevivir a cualquier circunstancia que se presente en ese momento, y considero que no solo aplica en el ámbito profesional, sino también personal.

Fueron un par de años que siempre recordaré, pero conseguí lo que tanto anhelaba: mi subespecialidad. Estar fuera del país genera un cambio en varios aspectos, pues se aprende a valorar mucho a la familia y los amigos, además de que aprecias el esfuerzo invertido, porque si bien es cierto que había días buenos, al inicio los días malos prevalecían. Lloré en más de una ocasión por el trato recibido, sin embargo, como mencioné anteriormente, uno se adapta y la resiliencia forma parte de esta nueva etapa.

Lo que tanto ansías al principio, termina siendo algo que al final no quieres que ocurra. Lo único que deseaba cuando inicie la subespecialidad, era que se termine; y al llegar a la meta, no quería que acabe tan pronto. El día de la graduación fue un momento sublime, me sentí llena de orgullo, ¡lo había logrado! Me visualizaba de vuelta en mi antiguo lugar de trabajo, pero con un mérito académico adicional.

De regreso a casa

Cuando volví a Ecuador después de dos años de estar fuera, me sentí extraña en mi propio hogar y me daba cuenta de que muchas cosas habían cambiado. El hecho de migrar y lograr una mayor y mejor preparación no significaba que los demás se quedaron a la espera de mi regreso; lo que dejé hace un par de años ya no estaba, ya nada era igual...

Aún en el extranjero, tenía la certeza que, de ahora en adelante, aumentaría mi seguridad, que estaba preparada con todas las aptitudes, destrezas y conocimientos que la sociedad demandaba en el sistema de salud ecuatoriano; pero no fue así: todo era una utopía que mi mente creó. Los inicios siempre son difíciles, lo importante es no detenerse y seguir a pesar de todos los obstáculos.

Considero que los médicos experimentamos con frecuencia la sensación de frustración. Cuando piensas que al fin estás lista para laborar en un sitio donde tendrás la oportunidad de explotar tus conocimientos al máximo, la burocracia del país, la ineptitud de la política, la injusticia de la sociedad y la ignorancia de los dirigentes, te bajan de la nube y te golpeas fuertemente con la realidad.

Irónicamente, regresé al sitio en el que había transcurrido mi infancia, donde existían tres colegas más (dos cirujanos y una cirujana). Inicié mis labores como la cuarta de ellos en el área de cirugía general, más no en mi subespecialidad. Me sentí totalmente frustrada, porque no quería estar en aquel sitio. He pensado siempre que la vida nos coloca en el lugar que debemos estar, pero esta vez me costó aceptarlo.

Recuerdo con claridad mi primer turno. Fue un domingo en el que llegué temprano a pasar visita y me encontré ante un joven de 17 años con un trauma penetrante por arma blanca, quien tenía un tubo de tórax y ya llevaba 1500 ml de débito sanguinolento. Lo pasamos inmediatamente a quirófano para resolver el cuadro; horas después, llegó otro paciente, también herido por arma blanca en el abdomen, con evisceración y en choque. En una sola guardia me había acabado la reserva del banco de sangre del hospital y existía más pacientes críticos en terapia intensiva, ¡buena manera de estrenarme a mi regreso!

Al día siguiente, veía con asombro la cara de los colegas, quienes comentaban: “Somos un hospital pequeño, esos casos los transferimos”; considero que generé muchos cambios en aquel lugar. La lucha y barreras de género seguían. Fue tan difícil hacer que las personas a cargo de la esterilización accedan a entregar el instrumental para cirugías laparoscópicas y demostrarles que sí tenía la capacidad para resolver esas intervenciones; cada día me sentía más segura de mis capacidades. Sin embargo, donde fue imposible lograr un cambio fue con los pacientes, ya que me veían como alguien joven y, sobre todo, mujer. No creían en mí. En más de una ocasión solicitaron el alta al saber que iban a ser operados por una cirujana.

Taquicardia

Toda la adrenalina que experimenté frente a situaciones críticas dentro del quirófano no se comparaba con nada, hasta que una mañana presenté un malestar digestivo. Mis amigas bromeaban y decían que tal vez era embarazo, y en ese momento empezaron las cuentas y no cuadraban, así que ese día me enteré de que iba a ser mamá. Siempre quise serlo, era un deseo que estaba en mis planes a futuro, pero el tiempo oportuno era aún incierto. Ese día, mi corazón latió a mil, tenía muchos sentimientos encontrados: miedo, temor, alegría, felicidad, pero contaba con el apoyo de mi pareja, mi familia y mis amigas cercanas.

Tal vez muchas mujeres puedan sentirse identificadas con mi relato, aunque pienso que la maternidad la vivimos de una manera diferente. Es conocido en el mundo que las cirujanas postergamos esta etapa por dedicarnos a nuestra vida académica. Yo quería seguir trabajando con normalidad, porque en el quirófano me sentía a gusto y muy cómoda, más que en cualquier otro lugar. Sin embargo, una pandemia cambió todo lo que conocíamos como normal.

A pesar de mi embarazo, seguí laborando, con todos los riesgos que esto implicaba; pese a que podía acogerme a una licencia por vulnerabilidad, pero no lo hice. De hecho, tengo una fotografía que me gusta mucho, donde estoy operando con una estimada colega en aquella época.

Nacimiento y maternidad

A menudo vemos en comerciales de televisión y redes sociales lo maravilloso que es el embarazo. Esa etapa en la cual las mujeres aparecen radiantes, siempre con una sonrisa en el rostro, y todo fluye con normalidad. Sin embargo, mi experiencia no fue así. Experimenté muchas náuseas, vómitos, restricciones en la comida, reflujo y acidez; todo esto en el primer trimestre de embarazo, una fase en la que, incluso, aún me encontraba asimilando que estaba embarazada. Trabajé con regularidad, porque esa distracción me llenaba de satisfacción.

Mi segundo trimestre fue mejor, más tranquilo. Tocaba mi panza y le agradecía a mi bebé por permitirme seguir laborando. Los días transcurrían con normalidad; la actividad quirúrgica se volvía cada vez más intensa, pues el mundo y la parte hospitalaria se acoplaban a nuevos protocolos frente a un virus que fue bastante mortífero.

La maternidad nos cambia absolutamente. Toda esa libertad que sentía, de pronto, pareció desaparecer. Creía que por ser una mujer ya madura e independiente, todo sería fácil, pero nada más lejos de la realidad; ser madre supera cualquier expectativa de lo que se pueda vivir. Mis amigas me preguntaban: “¿Cómo te va?”, y yo, entre risas, contestaba: ¡esto es horrible!, prefiero repetir el posgrado, siento que es menos pesado que esto. Al final, concluí que existen mujeres que nacen para ser madres y otras que aprendemos y desarrollamos esa gran cualidad.

A la maternidad la describo como un cambio radical, donde lo incómodo se compensa con el amor indescriptible que se siente por los hijos. Cada sensación y molestia, que no son color de rosa como lo pintan, te deja una gran enseñanza; día a día sucede algo nuevo. Sin embargo, el proceso es interesante, se aprende de la vivencia diaria, no de los libros. Poco a poco, me relajé, mis hormonas se estabilizaron y fui viendo la luz.

Los pies se inflaman también, el calzado que tenía ya no era apto para mí. Me dolía la espalda, el abdomen era gigante y presentaba ciertas limitaciones para desarrollar las actividades en el quirófano. Un día tuve dos emergencias quirúrgicas y la última se complicó, por lo cual acondicionamos un cuarto común a cuidados intermedios. Mientras movilizaba la camilla, percibí un leve dolor en mi vientre.

Al día siguiente, fui a pasar visita con un ligero malestar, y para la tarde estuve ingresada en el área de ginecología por una amenaza de parto pretérmino. En ese momento me di cuenta de que era hora de hacer una pausa, porque mi cuerpo y mi hija me lo exigían.

Acudía con regularidad a mis controles prenatales. Las últimas semanas sentía que ya no podía más, hasta respirar se volvió difícil. Un día en particular me sentí mal, fui con mi médico, y al realizar el monitoreo fetal, encontré alteraciones, por lo que tuve una cesárea de emergencia.

Sentí lo que es estar al otro lado, ser paciente en un quirófano frío. Aprendí que, a pesar de que pasaba mucho tiempo en ese lugar, el verse así produce temor y miedo. De ahí la importancia de ser empáticos con nuestros pacientes en ese preciso momento, donde muchas ideas cruzan por tu mente. Pasaron unas horas y gracias a Dios tenía al amor de mi vida en mis brazos, era absolutamente perfecta. Mi corazón estaba agradecido y mi mente, dando vueltas, exclamaba: ¡y ahora qué hago!

La maternidad es compleja, muere la mujer que fuiste y nace una distinta. Los primeros días son muy largos y aprendes a cada momento que un hijo demanda mucha atención y tiempo. ¡Sentía que era un desastre! La lactancia fue desafiante al principio. Cierro mis ojos y recuerdo mis ojeras, la ropa manchada por la leche materna, el cuerpo adolorido, y muchas ganas de llorar! Como todo en la vida es un proceso, el ser madre no dista de tener enseñanzas constantes en todo ámbito; y eso que recién empiezo esta nueva experiencia.

La vida está llena de cambios, y cuando me convertí en madre, mi año de devengada también estaba por finalizar. Decidí entonces nuevamente empezar de cero. Con mucho agradecimiento en mi corazón, dejé aquel lugar en donde, en un inicio, puse barreras y no quise pertenecer, pero que me dejó muchas enseñanzas y me enriqueció como persona.

Reinventarme

Hice una pausa en mi profesión para dedicarme a mi nuevo rol de ser madre. A medida que pasaban los días, amé a este pequeño ser como nada en el mundo, pero también empecé a sentir la necesidad de estar fuera de casa y regresar a trabajar. Considero que soy el tipo de mujer que nació para ser cirujana. Valoro y admiro muchísimo aquellas mujeres que se dedican por completo a su hogar; yo, por el contrario, me sentía atrapada dentro de mi propia casa.

No hay sensación más fea en el corazón que dejar bajo el cuidado de alguien más a tu hijo, lloraba cada vez que lo hacía. Hay amigos que te dicen que es parte de un proceso y que todo va a estar bien.

Un inicio constituye un reto incierto y muchas veces difícil, debido a que ejercer la profesión de forma privada es golpearse en seco con una realidad, cuyos médicos que trabajamos varios años en instituciones públicas, desconocemos. Descubres que te enfrentas a una verdadera competencia por todo y nada, egoísmo, egocentrismo; en fin. También existen colegas que recuerdan sus inicios y te orientan, te brinda una mano y se convierten en ángeles en tu vida. En ese preciso momento vuelvo a recordar que estás donde debes estar justamente para encontrarte en el camino con esas personas.

Prueba y error es cómo podría resumir que uno adquiere cierto conocimiento sobre la forma adecuada de manejar la parte privada. Actualmente puedo decir que estoy en una fase de crecimiento en varios sentidos; comprendo poco a poco que todo lo transitado era necesario para estar aquí.

Al momento, estoy rodeada de gente amable y gentil, y me llena de satisfacción que muchas sean mujeres, a quienes observo luchar diariamente por sus metas. Son profesionales de la medicina: ginecólogas, cirujanas generales, cirujanas vasculares, oncólogas, anestesiólogas, coloproctólogas o gastroenterólogas que hacen su trabajo con mucho amor y pasión.

A pesar del tiempo que vivimos, todavía debemos seguir demostrando lo capaces que somos, pero lo hacemos con una gran sonrisa en los labios. Las mujeres lo podemos todo, y en equipo es más fácil hacerlo. Rodéense de figuras femeninas que inspiren y apoyen, así las cosas fluyen mejor.



Fuente: archivo personal de Catherine Cabrera

“”

“Trabajen duro por sus metas y lleguen a donde se propongan”.

FAMILIA, ESPERANZA Y AMOR

Apoyo y protección
Katherine Astudillo



Caminos diferentes

Considero que cada individuo tiene un concepto personal de familia; el mío tuvo un cambio rotundo a los siete años de edad. El escenario era disímil al de una familia “normal”, con padres separados y varios hermanos que provenían del lado de mi padre.

Comprendí que mis percepciones no eran iguales a las de mis amigos y que la vida nos había llevado por caminos distintos. Crecer en medio de realidades propias se torna singular, pues implica procesos prolongados de aceptación y mucha terapia. Sin embargo, no cambiaría esta experiencia en ningún punto, porque todo esto me ha convertido en la mujer, hija, hermana y profesional que soy ahora.

En cambio, siempre concebí los sueños como grandes posibilidades, sobre todo los anhelos profesionales, los cuales comencé a forjar desde el colegio al decidirme por la especialidad de químico-biólogo. Luego, en el preuniversitario, opté por realizar prácticas en un hospital, donde primera experiencia fue en una cirugía con injertos en un paciente quemado. Observar toda la sangre que dejaba a su paso el dermatomo, me provocó una sensación helada en todo el cuerpo. Comencé a sudar y, al no querer interrumpir, me aguanté hasta que no pude más: experimenté muchísimas náuseas.

La enfermera de la sala exclamó gentilmente al personal: “¡Se desmaya la guagua!”, pues yo estaba impresionada por lo que acababa de presenciar. Incluso dudé si debía elegir la medicina como carrera. Experimenté mucha vergüenza y creo que, gracias al bochorno, recuperé la presión y salí del quirófano disculpándome.

Anhelos y desafíos

Posteriormente, experimenté varias situaciones cargadas de frustración, injusticia y corrupción al iniciar mi trayectoria académica. Sin embargo, gracias al apoyo de mis padres, no cedí en el deseo de cumplir un gran sueño. A los 17 años, ingresé a la carrera de medicina, donde me sentí segura y apasionada por estudiar, en cuyo proceso obtuve méritos estudiantiles; siempre prioricé el aprendizaje. Así transcurrieron los años y llegó el momento de empezar el internado rotativo.

La vida me brindó la oportunidad de realizar el último año de medicina en otro lugar, una ciudad diferente y grande. A pesar del dolor por la separación familiar, el arraigo y el deseo de permanecer juntos, opté por abrazar esa experiencia y vivir algo nuevo. Esta vivencia me proporcionó muchas enseñanzas, sobre todo comprendí que vivir va más allá de los libros, de salir, bailar, disfrutar de una comida, del amor y desamor. La realidad fuera de mi zona de confort propició mi crecimiento.

Cuando me gradué de médica, mi alma y corazón anhelaban adentrarse en el mundo quirúrgico. Gracias a la complicidad que compartía con mi padre, le comenté aquellos deseos y él se llenó de emoción. Me aseguró contar con su total apoyo y confianza en mis capacidades, reconociendo mi fortaleza, pese a ser la única mujer entre siete varones, conocía mi capacidad. Recuerdo con claridad aquella profunda conversación; sus consejos de empoderamiento e independencia no faltaron, además de guiarme en la búsqueda de una estabilidad.

Conseguí ingresar al posgrado en cirugía general, en medio de un concurso altamente competitivo, donde inicié la residencia con un gran mérito. Además, organicé mi tiempo para realizar una maestría de forma paralela. Me gradué como cirujana general y también obtuve el título en gerencia hospitalaria. La carrera seguía siendo mi prioridad, por lo que siempre relegué la vida sentimental a un segundo plano, manteniendo la cirugía como mi zona de seguridad.

Tras cumplir otro sueño, inicié mi subespecialidad en cirugía del tórax, en el país que siempre había deseado: Brasil. Al principio, las barreras de comunicación me llevaron a situaciones complejas, pero con el apoyo de mis compañeros, quienes se convirtieron en una suerte de hermanos, la situación mejoró de a poco.

Fueron dos años increíbles. Por fin la cumbre de mis sueños se hacía realidad: mi primera decorticación, la primera VATS, resección y anastomosis de tráquea. El sinnúmero de procedimientos, siempre de la mano de mis profesores, me llenaron de conocimientos y solidificaron mi manera de tomar decisiones quirúrgicas en la cirugía torácica.

Al conocer a los pacientes, coincidí con una mujer maravillosa a quien llamaremos Paula. Ella, una guerrera con cáncer de mama bilateral, triple negativo y con diseminación ósea, hepática, pulmonar y cerebral, había luchado por 10 años contra ese enemigo. En el escaso tiempo que compartimos, sus últimos dos meses de vida, palpé de cerca el valor de la vida, el significado de vivir un día más y la resiliencia de su alma. Ella amaba profundamente respirar, no sentir dolor, caminar y, en los mejores días, comer sin vomitar. El amor por los detalles y las cosas simples que Paula nos enseñó se quedó grabado en el corazón de más de uno, y con su muerte, varios lloramos al perder a una paciente y entrañable amiga. Sin embargo, comprendimos que ella, finalmente, era libre de su dolor.

El tiempo pasó. La llegada de la pandemia, aún en Brasil, simplemente nos sumió en un mayor volumen de trabajo. La exposición que experimentamos durante el periodo sin vacunas aprobadas fue extensa, y el sufrimiento de mi familia a la distancia, enorme. No obstante, considero que, como seres humanos, todos aprendimos de esta etapa.

En medio de mi estadía en Brasil, en uno de los hospitales donde realicé mi rotación, me hicieron una encuesta sobre acoso laboral en instituciones de salud. Es en ese momento cuando pude reconocer el acoso que había recibido en el pasado durante mi formación como cirujana general, en tres ocasiones específicas. Pienso que hemos normalizado ciertos comportamientos y comentarios que nos sexualizan, probablemente debido al entorno en el que nos desenvolvemos.

Otro aspecto discriminatorio es que, en varias ocasiones, recibí comentarios que insinuaban que por "ser bonita", los tratantes me permitirían realizar más cirugías. Entiendo que las personas que emitían esos mensajes podrían pensar que se trataba de un halago, pero siento que, en el campo quirúrgico, los logros no se obtienen por el aspecto físico, sino más bien por el conocimiento, la responsabilidad y la pericia del residente. Concluida esta etapa, era el momento de regresar a mi país.

Heridas y suturas

El inconveniente nunca fue mi vida profesional. Dios me había guiado de una manera y en el momento perfecto; el problema fue que oculté y evadí toda mi realidad con el gran escudo de la profesión, la formación médica

y la cirugía. De pronto, un día desperté y me vi con muchos títulos, pero poseía algo que no se opera ni se estudia, algo que necesitaba ser abrazado y perdonado.

A los siete años de edad, tras no comprender por qué mi familia se desmoronó, y recordando las lágrimas en el rostro de mi madre, sentí como se rompió algo en mi corazón. Aprendí a callar para que nadie descubriera de mi sufrimiento, pero tenía mucha rabia y deseos de buscar culpables.

Fue muy difícil comprender y aceptar que no tenía el mismo tipo de hogar que mis amigas, aquel que pintaban en las películas y novelas: la “familia feliz”. Así transcurrió el tiempo. La adolescencia no estuvo exenta de problemas y grandes enfrentamientos que me tocó asumir. Junto al apoyo incondicional de mi mamá, me sentía protegida y muy apoyada a su lado, aunque en ocasiones con mucho dolor en el alma por diversas caídas; más pretendía ser valiente y muy empoderada.

Tardé muchos años en darme cuenta de que las heridas no sanaban por completo, pues de vez en cuando sangraban, a veces dolían y, en ocasiones, pasaban desapercibidas, así que decidí ignorarlas mientras estudiaba. No obstante, la vida es sabia y el dolor tiene memoria. Todo se manifestaba de una u otra forma en mis relaciones interpersonales. Por más que luchaba por el amor, no comprendía qué pasaba, cuál era el error que debía mejorar.

En el camino encontré a seres humanos bellos y gratos que se convirtieron en esa familia laboral o estudiantil que crece por donde caminamos. Siempre tuve afinidad para tener amigos varones; gracias al hecho de haber sido criada entre hombres, la relación era más natural y fluida con ellos. Además, la vida me regaló grandes amigas, algunas que están conmigo desde la infancia y otras que llegaron en el camino; también existen aquellas que, por diferentes situaciones, salieron de mi vida. Agradezco la presencia de todas esas amistades, porque muchas veces fueron la luz que necesité en mis días más oscuros.

Creo firmemente que la familia que no es sanguínea está en los amigos, aquellos que, sin tanta formalidad y ninguna obligación, nos abrigan el alma en los momentos tibios y fríos del transitar por la vida.

Aceptación y sanación

Antes de viajar a Brasil para realizar mi anhelada subespecialidad, conocí a una persona que en ese momento consideré “el amor de mi vida”. Me aferré al cuento de hadas que mi mente creó, me mantuve en una nube inexistente por un largo periodo, buscando recrear esas sensaciones y emociones. Sentí que volé y no quería que terminara; sin embargo, esa relación me llevó a enfrentar cada uno de los puntos críticos que en mi vida había esquivado.

Llegué con el tiempo a estar en la encrucijada de mi existencia, donde tuve que decidir entre mantenerme ahí o, por primera vez, elegirme a mí. La Katherine profesional nunca tuvo problema en elegir cuando eran asuntos relacionados con la carrera que tanto amaba; pero la Katherine ser humano... siempre dejé esa parte para después. Entendí que aquella niña y adolescente que se creía invencible y que pensó que enterró todo su sufrimiento, estaba ahí, más viva y presente que nunca, esperando que la mujer de ahora sanara y la dejara ser libre.

Después de la aceptación, aposté por mí, por hacerme cargo de cada una de las heridas que tenía. Médicamente sabía que, para sanar una herida, hay que conocer su causa, los daños que provocó y el tratamiento específico según las lesiones y el tiempo de recuperación, sin estarlas manipulando para evitar dañarlas más. Fueron muchos años de vivir así, por lo que desconocía cómo iba a continuar sin mis heridas sangrando.

Pasé por largas noches de lágrimas al terminar relaciones que no sumaban a mi vida, incluyendo pareja, amigos y familiares. Empecé a entender un poco más y a juzgar menos, a amar cada una de las cosas cómo habían pasado; porque pese a lo disfuncional que había sido mi familia, siempre fue mi puerto seguro. Nunca me sentí tan amada como en los brazos de mi padre, admirada a los ojos de mi madre y jamás tan segura como en los brazos de todos mis hermanos.

Y como la vida nos sorprende siempre de maneras extrañas, con los años, específicamente a los 27 después de su separación, mis padres volvieron a vivir juntos. Mi padre enfermó y, obviamente, la persona que lo amó toda la vida fue quien lo cuidó en sus últimos años, con amor, dedicación y un increíble poder de perdón. Ahora vivíamos todos juntos, incluso aquellos que la sociedad llamaba mis medios hermanos, quienes para mí eran mis hermanos "completos", porque el amor es entero y no parcial.

Ahora, en el 2024, me doy cuenta que mi vida ha cambiado; los dos últimos años fueron muy difíciles. Elegirse y perdonarse cada día amerita una serie de pasos. Es permitirse, reconocerse y amarse, lo cual está mucho más allá de lo que nos pueden enseñar en la academia. Vamos por la vida evitando enfrentarnos a nuestro propio dolor, pensamos que este va a desaparecer, pero no. Al igual que las heridas físicas, se curan al brindarles la atención que merecen.

Quedan cicatrices, pero el tratamiento vale la pena; y esas marcas serán los hermosos recuerdos de que supimos darnos un espacio y el lapso para sanarlas. Eso sí es un verdadero acto de valentía. No importa el tiempo que se ha "perdido" antes, lo crucial es que empezamos a vivir a partir de esa decisión.

Mi vida cambió cuando decidí ser mi prioridad y no darle toda la importancia a mi carrera, a mi amada cirugía, que me ha brindado los mejores momentos de mi existencia y también me sirvió de escudo para no enfrentar mis temores. Cada día persiste mi lucha por vivir la vida que vale la pena.

El dolor puede tocar tu puerta cuando menos lo esperas. La pérdida de mi padre fue el momento más crítico de mi autoconocimiento, pero me llevó a comprender muchas cosas: la fragilidad de la vida, la simplicidad del día a día y su capacidad infinita de amarme. Así como él solía decirme: “Si tú te vieras con los ojos que yo te veo, reina de mi vida”. Ahora entiendo, papi, y sé que nuestro amor trasciende la muerte, porque es infinito.

Para mí, la familia es ese espacio de amor, confort, sensibilidad y aprendizaje con las personas que, a pesar de conocer tus defectos, te aman, cuidan y respaldan. Es con ella donde siempre puedes ser tú y regresar; y esa familia puede estar dentro o no de tu hogar. Me siento bendecida por la vida al tener la oportunidad de trabajar en lo que amo y estar rodeada de mi familia y grandes amigos.



Fuente: archivo personal de Katherine Astudillo

“”

“No se limiten por ser grandes como profesionales,
no estamos para achicarnos con el fin de que
alguien más brille”.



CAPÍTULO V

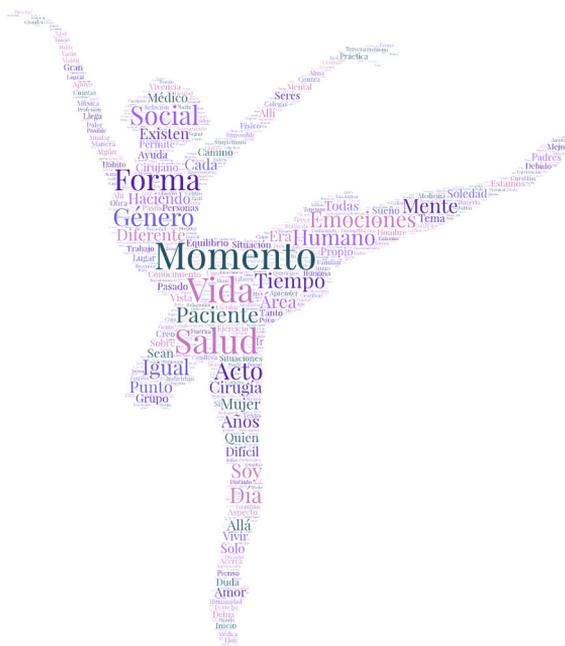
EQUILIBRIO Y DESTREZAS

pedro S.

LOGRANDO EL EQUILIBRIO

Mente sana, cuerpo sano

Nataly Alvear-Quito



Presente y pasado

Intenté escribir desde una perspectiva femenina acerca del control de las emociones, sin embargo, no puedo hacerlo porque va en contra de todo lo que creo. Pienso que las emociones deben ser expresadas como de vivencias humanas; las separaciones entre géneros hicieron que en algún momento los hombres y las mujeres nos distanciamos.

Probablemente, la asignación de roles fue una situación práctica al inicio, pero luego contribuyó a que nadie pueda aspirar a algo distinto, sino a lo que les fue designado culturalmente; se les negaron las oportunidades para desarrollarse. Todos y todas las que se salían del molde fueron señalados como extraños, quemados bajo la categoría de demonios o brujas, aislados totalmente de la sociedad.

Conozco una mujer que deseó con todas sus fuerzas ir a la escuela, pero sus padres pensaban que estaba muy vieja, aunque apenas tenía 12 años. Cumplió su sueño de leer a los 80 años y me enseñó que, para aprender, la edad no es una limitación. No culpo a sus progenitores, era lo que conocían; tal vez su intención fue únicamente protegerla. Por ello, creo firmemente que el conocimiento nos hace libres; no es una cuestión de género, sino de humanidad.

Así hay miles de historias; entonces, me pregunto: ¿cuántos libros no se escribieron?, ¿cuántas científicas quedaron en el anonimato?, ¿cuántas pintoras, músicas, empresarias, médicas, abogadas nunca llegaron a ejercer esas profesiones? Todo esto debido a prejuicios culturales que van calando al propio individuo y son reforzados por el entorno.

Pienso que cada quien tiene derecho a vivir su existencia con las experiencias que crea convenientes; inclusive si son aquellas que se salen de la cotidianidad, y más aún si permiten al individuo ser feliz y aportar a la sociedad de alguna forma. Algo diferente sería si el ser humano encontrase apoyo en las familias, en los grupos sociales y las amistades. Hay veces que las personas tienen la oportunidad de tener sueños grandes que parecen imposibles; sin embargo, se empeñan tanto que lo hacen porque lo imposible puede ser posible, solo hay que encontrar la forma.

Sin cesar, las épocas adquieren mayor libertad, al igual que la mente; cada día la humanidad se vuelve más consciente. Sin duda, en estos momentos tenemos mayores oportunidades de las que tuvieron las generaciones pasadas; el acceso a la información es abrumador. Amo este tiempo que me tocó vivir, en el que se me permite ser quien soy, en el que no se me limita el acceso a la investigación, y admiro a aquellas que en tiempos difíciles lucharon por la educación universitaria, por el derecho al voto, por el desarrollo de la ciencia; a quienes se levantaron ante las injusticias discriminatorias y que creyeron que sí se podía y que siempre se podrá. Aún quedan batallas, sin embargo, grandes pasos se han dado.

Mi camino, aunque desafiante y complejo, no fue como el de ellas, fue más fácil. No negaré que más de una vez me visitó la tristeza, la desazón y las ganas de rendirme, pero mi obstinación fue mayor. No lo expreso a manera de queja al destino, sino como una fiel vivencia que comparto. Y si alguien a quien llegue este texto está pasando por una situación similar, quiero decirle: ¡adelante, tú puedes!

Los momentos del pasado son tiempos pasados; es bueno recordarlos para no repetirlos. Aunque aún existan dificultades, hoy nuestros días son mejores. La vida está matizada por una dualidad de alegrías, al igual que de nostalgias que debemos saborear gustosos sin ensombrecer nuestras almas de odio, y hay que llevar siempre el estandarte del amor en cada uno de nuestros actos.

Afirmación

Escogí la cirugía como profesión, porque los pacientes de esta área llamaron particularmente mi interés en la carrera de medicina, durante el internado, el año de salud rural y posterior a esto. También tuve una época en la que me gustaba todo; allí comprendí que el trabajo con amor dará frutos y progreso. En algún momento me invadió la incertidumbre, con emociones principalmente en torno a lograr o no el éxito, por lo que busqué afirmación o seguridad en terceras personas, y en su lugar me enfrenté a más dudas. En ese tiempo era más joven y aún debía aprender que esa pregunta podía planteármela a mí misma.

Cuando me convencí de que lo lograría y de que debía hacerlo, en ese instante encontré mi lugar y empecé a caminar en la cirugía. También en esa búsqueda hallé a un gran amigo, quien hizo que me enamore de las neurociencias. Él decía que el cerebro es el logo de Dios en el cuerpo.

Así, de a poco, empecé a adquirir conocimientos quirúrgicos, y después de muchos recovecos, llegué a la neurocirugía. Estoy aquí porque soy un sueño de mi amigo que ya no pertenece a este mundo; también soy mi propio anhelo. Sumado a esto, agradezco el apoyo de mis padres, que siempre creyeron en mí, y a la obstinación.

La verdad es que hoy existen cirujanos y cirujanas que desempeñan su trabajo con amor, entrega y coraje, quienes han recorrido diferentes caminos en la vida para llegar a donde están. Ellos y ellas, con personalidades particulares a modo de huellas digitales únicas e irrepetibles, conectan de diversas formas con sus pacientes; siempre con el mismo objetivo: la curación.

Emociones

Algunos de los retos que enfrentan los cirujanos y las cirujanas, así como varios grupos médicos, son las largas jornadas laborales, el palpar el dolor humano, el manejo elevado de cargas de estrés, entre otros factores que contribuyen a deterioros en la salud física y mental. En la actualidad, se reconoce que la gestión de emociones del individuo presta importancia en relación con la satisfacción de la vida profesional y personal; incluso posee repercusiones en su salud física.

La búsqueda del equilibrio de la mente en la rama de la medicina es un acápite que debe de plantearse desde el punto de vista de la humanidad y no del género; es decir, los hombres y las mujeres profesionales de la salud requerimos trabajar en este aspecto sin estigmas. Muchas veces, por cuestiones culturales, se ha restado importancia a la emotividad del hombre, al que se le ha obligado a callar lo que siente, a reprimir sus emociones y no llorar, con la primicia de que si lo hiciera, su masculinidad se vería disminuida de alguna forma; por lo tanto, se niegan a buscar ayuda profesional y estrategias para recobrar su centro emocional, debido al prejuicio que aún prevalece en algunos medios acerca de la

salud mental. Asimismo, a las mujeres se las ha encasillado como seres terriblemente emocionales, sin capacidad de reaccionar ante situaciones críticas. Los dos puntos están alejados de la realidad completamente.

El sentir es inherente al ser humano, no somos de piedra. Lo trascendental en aquellos momentos es saber dominar esos sentimientos, sobre todo cuando estamos expuestos a estrés y nuestras decisiones pueden determinar el rumbo de nuestras vidas; esta facultad no es una cuestión de género. En este tiempo que comprendemos que la emoción se produce en el cerebro por acción de algunos neurotransmisores, cuyo desequilibrio se puede regular con medicinas y actividades, de la misma forma que es preventivo con hábitos saludables, es inaudito no trabajar en ello.

Observo a mi alrededor y noto que la gente libera su tensión a través del cigarrillo, el alcohol o las relaciones interpersonales de baja calidad. Sin embargo, otras personas, con gran virtuosismo, se enfocan en su crecimiento en áreas diversas, ya sea familiar, física o espiritual. Desde una perspectiva científica, es interesante reconocer los recursos de este segundo grupo.

Al autoevaluarme, me percibo como un ser con virtudes y defectos inmersa en una búsqueda incansable. Aún no constituyo mi obra completa, pero con felicidad me construyo día a día. En mis conversaciones con algunos colegas, he identificado un punto en común entre todos nosotros: la necesidad de equilibrio emocional, así como la importancia de trabajar en la salud mental, adoptar buenos hábitos alimenticios, mantener rutinas de ejercicio y cultivar relaciones sociales sanas.

Agradecimiento

El agradecimiento tiene un poder infinito. Ayuda a pacientes, médicos y a todo ser humano, sin importar la situación en la que se encuentre. Al inicio puede resultar difícil encontrar más de tres cosas por las que creamos estar agradecidos; sin embargo, mágicamente la lista se hace infinita. Si reflexionamos, el simple acto de respirar, el latido cardíaco, dormir y hasta pensar, conllevan una secuencia casi mágica de actos fisiológicos que hacen posible la vida.

Hay tantas razones por las cuales podemos estar agradecidos; sin embargo, a veces parece que no lo estamos, porque no vivimos de manera totalmente consciente. Nos movemos en piloto automático, donde las reacciones y decisiones se generan con nuestra información inconsciente, que generalmente no es lo más idóneo.

Cuando utilizamos el motor del agradecimiento, obtenemos energía extra para todas las actividades que realizamos. Las personas experimentan menos dolor, encuentran más agradables las circunstancias que las rodean, y adoptan una actitud positiva ante cualquier adversidad. La vida está llena de claros oscuros que se complementan como un mosaico, y que encajan perfectamente, de manera que no pueden existir el uno sin el otro.

En lo personal, he practicado el agradecimiento en diversas ocasiones, sobre todo cuando hago listados en los que me obligo a escribir por lo menos diez cosas. A veces, simplemente reservo espacios durante el día para agradecer por aspectos específicos o escucho audios y videos relacionados al tema.

Espiritualidad y filosofía

La lectura de temas diferentes a los textos académicos habituales a los que estamos acostumbrados nos brinda la posibilidad de ampliar nuestra visión del mundo y acercarnos a la parte humana propia y la de nuestro paciente. Nos permite considerar ir más allá del saco de células y tejidos que constituye nuestro transporte.

Asimismo, explorar contenidos académicos fuera de lo acostumbrado nos lleva a asimilar mejor los problemas médicos, debido a que tenemos más aspectos con los cuales se puede comparar e imaginar. Además, se estimula la creatividad con bellas metáforas en las que vemos que todo se relaciona con todo.

Relaciones sociales

Los médicos, en general, en muchos momentos somos personas solitarias. Incluso en las universidades, nuestras facultades a veces están aisladas del resto del campus universitario; quizá esto se deba a que nuestra rutina oscila en los hospitales. Nutrirse de otros entornos es saludable, ayuda a despejarse del hábito, permite aprender de distintas personas, de otras áreas científicas, a oír de mejor forma y a recordar que existe una vida más allá del sitio seguro de un quirófano.

Reunirse con colegas de las mismas áreas es de gran importancia; en ocasiones se comparten situaciones comunes, uno se siente comprendido y, de la misma forma, se puede obtener una visión diferente de un aspecto que inquieta. Escuchar estrategias que otros emplean para manejar un problema similar, ya sea de la índole médica o de la vida diaria, suma al corazón.

Ejercicio físico y ergonomía

Desde el punto de vista médico, la profesión de la cirugía conlleva algunas horas de pie, lo que en el futuro puede causar procesos de insuficiencia venosa, lumbalgias y problemas a nivel cervical. Ejercitar la musculatura, mantenernos dentro de las mismas líneas adecuadas de peso que solicitamos a nuestros pacientes, nos ayudará a extender muchos más años nuestra carrera quirúrgica.

Probablemente, las mentes enfermas no sean capaces de escoger lo que es bueno, o siquiera se darán cuenta de que su instinto inconsciente es el que está dominando sus caóticas vidas. Vivir más conscientemente debe ser un objetivo importante a fomentar; de ser así, sin duda la mente elegirá el ejercicio.

Obviamente, la práctica de la ergonomía dentro de la cirugía previene enfermedades que, sumadas al fortalecimiento de la musculatura, lograrán un menor impacto en el tiempo sobre nuestra salud. Me gusta el atletismo porque puede ser realizado en distintos lugares, se necesitan pocos insumos y se puede practicar solo; sin embargo, cualquier ejercicio es beneficioso. Hay algunos que fomentan la relación de equipo y, a su vez, también cumplen una función social.

La soledad del cirujano

Existen tres momentos de soledad que puede enfrentar el cirujano. El primero es cuando se encuentra ante un caso difícil, una situación en la que se marca la diferencia entre la vida y la muerte, aquella instancia donde confluyen la idea de que el no maniobrar apropiadamente puede causar el deceso del paciente. Es donde el ego te desafía y molesta con cosas intrascendentes, y es entonces cuando el cirujano debe mantener el equilibrio, volver a su centro para realizar las maniobras sin miedo, recordando que, al igual que los atletas de élite, se preparó con antelación durante cientos de horas para esa competencia. Allí, su capacidad de gestionar las emociones se pone a prueba para no decaer y no perecer contra sus propios terrores, hacer lo justo y lo propio, tomando decisiones difíciles, fuertes, dolorosas y precisas.

El siguiente momento de soledad es cuando se concluye un procedimiento quirúrgico complejo cargado de emociones altas y bajas, y de repente se experimentan las consecuencias de las descargas adrenérgicas producidas por este vaivén de sentimientos. De manera similar ocurre cuando se retorna nuevamente a los hogares y se ven las calles desoladas, en compañía únicamente de las luces de los faros y el tapiz de la lluvia; en ese momento se escucha un silencio profundo que llega al alma y nos preguntamos: ¿qué más? O dicho de otra forma, es el momento cuando el actor de la obra ha concluido su acto, ya no es requerido, y se transforma en un mortal sin rumbo. Es allí en que se necesita también equilibrio para recordar que mañana existirán nuevos pacientes, que nos esperan sonrisas en casa, que existe gente pendiente de nosotros, que existen sueños y cosas por hacer más allá de esas circunstancias.

El tercer y último momento de soledad es cuando un paciente ha fallecido o se ha complicado pese a los esfuerzos. Existe un vacío incomprensible que no se llena, y tratas de entender que eres un instrumento, qué hay cosas que van más allá de nuestras manos, donde los conocimientos ya son insuficientes, los pasillos son como duras miradas lancinantes y nuestro corazón está vacío. Es allí donde nuevamente el equilibrio es esencial para levantarse, para seguir ejerciendo con amor y ser justos con nuestros familiares.

Se recorren mil veces los pasos quirúrgicos realizados, se revisan nuevamente los libros buscando un indulto o un juez que inmediatamente nos condene. La conciencia de cada acto es importante, así sean del pasado, para enmendar los caminos futuros y obtener la fuerza para

seguir haciendo lo que nos toca sin miedo. Importante mencionar que todo esto ocurre también mediante el conocimiento, y no se trata de una cuestión de género.

Autocontrol

A mi concepto, la práctica de un deporte es una necesidad en el arte de la cirugía, ya que tiene un efecto tanto psíquico como físico. En los momentos de soledad que he mencionado, salir a correr es algo que mejora los ánimos y aclara las ideas; lo recomiendo profundamente. Al igual que una plática constructiva, cerrar los ojos y escuchar música ayuda. Existen momentos en los que estamos más activos en un área y disminuimos en otra, pero considero que es la misma naturaleza de la vida. En esos casos simplemente hay que identificar en dónde nos encontramos irregulares, para encaminarnos en la dirección que deseamos, sin culparnos ni autoflagelarnos, pues muchas veces el sufrimiento es inútil.

El cirujano es un ser especial, muy alegre y jovial con sus pacientes y colegas, pero con una emotividad profunda que muchas veces se esconde tras un traje. Es tan humano como todos los mortales, con vivencias humanas, familiares, sociales, emocionales; con fragilidades de salud. En algunos momentos debe ser capaz de evadir de situaciones externas, como cuando está haciendo su trabajo para lograr precisión, un trato adecuado, una decisión correcta. De igual forma, cuando cruza la puerta de casa, es mejor dejar atrás las desoladoras situaciones vividas, para ser buenos padres, buenos hijos, buenos seres humanos; y eso tampoco es una cuestión de género.



Fuente: archivo personal de Nataly Alvear

הכל

“Todo se puede; trabaja”.

Recién en el camino recordé quién soy y qué pasaba: ¡acababa de tener una intervención quirúrgica!, pero esta vez, ¡yo era la paciente! Cuando llegué al cuarto de recuperación, vi un reloj en la pared y observé que era la una de la madrugada. Aún confundida por las diez horas de anestesia, miré al lado derecho y vi paquetes globulares y plasmas; tenía una vía central y sondaje vesical. Quería saber de mi madre, quien estaba en la sala de espera; pregunté si todo había salido bien. Observaba enfermeras y médicos rondar, pero nadie respondía a mis inquietudes.

Horas más tarde, ya en la habitación de hospitalización, vi un rostro conocido. Ella me dijo que todo había salido perfecto; recién ahí sentí que mi corazón volvió a su lugar. En los siguientes días, podía sentir la incomodidad del sondaje vesical, la heparina subcutánea, el edema, el dolor postoperatorio, el efecto secundario de los antibióticos; en fin. Quería estar en mi casa, pero debía quedarme hospitalizada y tener paciencia. Mi madre estaba todo el tiempo junto a mí, apoyándose, animándose y acompañándome. Tenía libros y una vista a la caótica ciudad. Me sentía muy aburrida y extrañaba el quirófano, pero en el rol de posgradista de cirugía general, parada frente a la mesa y con un bisturí en mi mano.

Durante los momentos de desasosiego, tribulación, aflicción y un sinnúmero de malas noticias que se asemejaban a que el mundo se derribaba sobre mí, a pesar de que escuchaba las frases trilladas “no estás sola” o “todo pasa”; en esos instantes, mi mente y corazón se endurecían, y hacía caso omiso a todas las palabras.

Me encerraba en un círculo que daba vueltas sin parar. Solo anhelaba jamás haber estado ahí. Con mucha tristeza, lloraba y me lamentaba en silencio. Sin embargo, las frases son reales. Dios, para quienes somos creyentes, no nos abandona y todo pasa; se supera, sana, se olvida y se obtiene una ganancia de las batallas, que vienen acompañadas de aprendizaje y fortaleza. Después viene la etapa de renacimiento, donde me sentía afortunada de tener una nueva oportunidad, llena de vitalidad y con mayor aprecio por la vida.

Así como en esa ocasión, fueron algunas las intervenciones quirúrgicas debido a un desafío médico significativo que enfrenté. Estar sobre la mesa operatoria me llevó a reflexionar sobre la falta de empatía que, en ocasiones, los médicos tenemos hacia los enfermos. Sumado a esto, el hecho de que a veces se observa a los pacientes como una patología y no un ser humano que experimenta sus propias emociones y sentimientos. Desde aquellos sucesos, procuro ser una portadora de aliento, en lugar de una máquina técnica llena de ego por sus habilidades y títulos profesionales.

Técnica y precisión

¿El talento nace o se hace? Desde mi perspectiva, considero que es una mezcla de ambas. En mi infancia poseía varias habilidades motoras, sin embargo, al ingresar al posgrado de cirugía, tuve que desarrollar cada

destreza. Al principio sentía que no podía, y una capa de frustración me invadía, sobre todo al observar a colegas realizar intervenciones quirúrgicas mientras yo no lograba ni tomar una pinza.

Como en cualquier situación de la vida, el desarrollo de las destrezas es un proceso que requiere paciencia y perseverancia. Cuando era adolescente, deseaba aprender a cantar. Empecé en la iglesia de mi parroquia, donde, sin ningún conocimiento, intentaba hacerlo; trataba de entonar notas como lo hacían cantantes locales con experiencia y formación musical. Me sentía fuera de lugar; en ese momento no entendía que debía superarme a mí misma y dejar de mirar alrededor.

La vida nos sorprende, y los anhelos se cumplen. Se presentó la oportunidad de audicionar para un grupo coral, donde ingresé y me quedé por ocho años. Al principio, parecía perdida. Muchas veces, las ganas de no seguir y dejar todo invadieron mi mente, pero la motivación de lograr aquello que anhelaba hizo que no decaiga. De a poco aprendí y logré subir a un escenario con mucha seguridad, técnica y precisión en varias ocasiones.

Así mismo, en la cirugía, con el paso del tiempo y la práctica adecuada, sentí que me igualaba hasta alcanzar el nivel de mi año de residencia. Era algo mágico, donde las habilidades manuales crecían poco a poco. Esto es una muestra de que nadie nace sabiendo: ¡la perseverancia, el interés y la convicción se pueden aprender!

La cirugía siempre me ha apasionado. Durante la época de formación, aproveché cada instante en el quirófano y fuera de él; sentía que vivía en el hospital e iba de visita a mi casa. Realizar un procedimiento requiere conocer la parte anatómica y fisiológica, lo cual aprendemos en las aulas universitarias; no obstante, en el posgrado sentía que apenas conocía la anatomía. Además, la repetición es un elemento clave que permite que la acción se grabe en la memoria, que empieza por la observación a los tutores, hasta replicar aquello una y otra vez.

Desde que ingresamos a este mundo quirúrgico, aprendemos que se trata de técnica, donde con mucha precisión se realizan los pasos de un procedimiento; pero lo difícil no es adquirir las habilidades motoras, sino, como se mencionó anteriormente, es cuestión de tiempo y repetición. Lo realmente complicado es tomar las decisiones adecuadas y saber cuándo operar y cuando no. Es así que todo se aprende con el pasar de los días, junto con paciencia y asiduidad.

Valor y audacia

Recuerdo claramente el miedo que tenía a las alturas. No obstante, mientras dormía, siempre soñaba que podía volar. Un día decidí enfrentar ese temor y me inscribí en una escuela de danza aérea; llegué con mucha confianza. Aunque parecía sencillo al observar a los demás estudiantes bailar en el aire, no imaginé que sería un reto tan difícil de superar.

Escalar la tela era imposible para mí, y no lograba identificar cuál era el error o problema. A pesar de las explicaciones de la profesora, no avanzaba; sentía mucha frustración y, en varias ocasiones, consideré no volver. A esto se sumaba el mareo y vértigo que experimentaba al estar hacia abajo durante los ejercicios.

En la octava clase, entre caídas y varios intentos, una niña de ocho años, con una habilidad increíble y ligereza al ascender y descender de la tela, se acercó a mí como si fuera enviada del cielo. Ella me explicó cómo hacerlo y se convirtió en mi maestra. Fue la primera vez que logré subir la tela aérea. Descubrí que los límites solo existen en nuestra mente y que de todos somos capaces de aprender.

Desde aquel momento, progresé poco a poco y volé de una manera armoniosa y estética. Participé en varias presentaciones, y en cada coreografía no solo demostraba mi superación del miedo a las alturas, sino también acrobacia, elasticidad, técnica, precisión y, sobre todo, la tenacidad para conseguir lo anhelado.

Considero que la vida nos coloca ante situaciones que exigen mostrar el valor que desconocemos o que muchas veces guardamos, porque la inseguridad se apodera de nuestra mente y corazón. En el quirófano he enfrentado a escenarios de difícil resolución, donde debía encontrar la valentía que me permitió seguir adelante y romper los muros llenos de miedo e incertidumbre.

No todo se logra de inmediato. Durante la formación moldeamos poco a poco nuestro carácter, en cuyo camino buscamos la sabiduría de manera considerable, sin embargo, esta debe ser usada adecuadamente para evitar que resulte en un esfuerzo en vano. Sumado a esto, la capacidad de mantener la calma y actuar con determinación me ha permitido tomar decisiones difíciles, asumir riesgos, enfrentar desafíos, romper barreras y superar las limitaciones de nuestra mente para alcanzar resultados extraordinarios.

Serenidad

Es desafiantes estar frente a un caso quirúrgico, mucho más cuando trabaja en un área de emergencia donde a menudo desconocemos qué nos depara. En la rutina diaria, los cirujanos experimentamos sentimientos de miedo, ansiedad, angustia y preocupación dentro de una sala operatoria.

Son innumerables las veces que he sentido a mi corazón latir fuerte y rápido durante un procedimiento quirúrgico. Tengo la impresión de que como cirujana soy más temerosa que cuando era posgradista; tal vez es una cuestión de responsabilidad. El hecho de ser seres humanos imperfectos nos lleva a cometer errores y, sobre todo, a tener expectativas y dudas.

Recuerdo más de una vez sentir que las emociones se apoderaban de mi alma, llevándome a cruzar la línea del corazón endurecido. En muchos casos, el sufrimiento ajeno impactó mis sentidos, acompañado de una

incertidumbre por las complicaciones y la aprensión por un desenlace fatal que invadían mi mente. La carga y responsabilidad de los pacientes muchas veces resultaban en pérdida de sueño, ansiedad y agotamiento, no obstante, rendirme no estaba en mis planes.

Debo recordar también aquellos momentos llenos de felicidad y alegría, donde alcanzar algo que parece imposible nos incentiva a continuar y no rendirnos. Ver a los pacientes recuperarse y observar esa mirada llena de agradecimiento nos llena de energía, siendo un impulso para continuar con nuestra preparación académica y buscar la excelencia.

Desde el momento que empezamos a tratar a un paciente, lo primero que debemos hacer es buscar el origen de su malestar. Se convierte en un juego de acertijos; en ocasiones, epidemiológicamente, la edad, el género o las estadísticas nos ayudan y proporcionan pistas sobre la razón de esa consulta. Sin embargo, muchas veces se convierte en un verdadero misterio, donde, incluso con el respaldo de exámenes complementarios, desconocemos la causa; pero sabemos que algo quirúrgico aqueja su sentir y debemos resolverlo.

Cuando decidimos intervenir a un ser humano, tenemos la certeza de estar preparados para hacerlo, sin importar los hallazgos, y esperamos que las decisiones sean acertadas durante el procedimiento quirúrgico. Una de las cosas de mayor complejidad no es la resolución técnica, pues, como hemos dicho antes, esto se aprende con la repetición y paciencia; lo realmente difícil es poseer la cualidad de la adaptabilidad, donde pueden surgir situaciones imprevistas y nos toca abordar la situación de manera inmediata y efectiva.

En el acto quirúrgico, todos nuestros sentidos deben estar enfocados en lo que ocurre en esos momentos, con una concentración precisa. Es sencillo mencionar y decir que debemos poseer la calma y serenidad al enfrentar desafíos, pues aquel equilibrio es necesario para la claridad mental, reducir el estrés y mejorar la calidad de vida en general; sin embargo, esto no es fácil de lograr.

Tal vez para muchas personas que trabajamos en situaciones de estrés, colocar música nos ayuda de alguna forma; para otros el silencio es la clave de la concentración. Al final, cada uno tiene una especie de "ritual". Para mí, esto siempre lo logro al iniciar una oración en mi mente, donde mis manos, a modo de instrumentos, las pongo al servicio de Dios y le pido ser usada de la mejor manera.

Un ambiente de armonía y respeto con todo el equipo es fundamental, sin dejar que las turbaciones se apoderen de nuestro ser y nos hagan perder la cordura, siempre actuar con prudencia y sensatez. La sala operatoria se convierte en una aventura, donde podemos tener sentimientos negativos, no obstante, cada cirujano tiene el poder de cambiar aquel temor por sosiego y tornar el entorno en un momento de amor y pasión al trabajo.

Vanidad de vanidades

¿Por qué en un quirófano las mujeres necesitamos demostrar que somos capaces? Un día en mi nuevo trabajo enfrenté una emergencia severa de un paciente que tenía un traumatismo abdominal. Al iniciar la intervención quirúrgica, me di cuenta de que un colega de otra rama estaba vestido para la cirugía sin que se lo pidiera; asumí que realmente tenía el deseo de ayudar. Sin embargo, eso no sucedía con los otros cirujanos. Es ahí cuando intuí que no confiaba en mis capacidades y destrezas.

Por una segunda ocasión, estuve en otro caso complejo y un cirujano anunció en voz alta en la sala quirúrgica: “Voy a lavarme para ayudarte”. Tuve que ser firme y negarme, le contesté que no requería su ayuda, y que si la necesitara lo haría llamar. Temía mucho arrepentirme de aquella decisión y que el ego me cobrara de mala manera, pero no fue así.

Tal vez para muchos lectores esta actitud resulte vanidosa, sin embargo, tengo presente mis límites y que pedir ayuda es parte del éxito; además, el protagonista no es el cirujano, sino el paciente. Debía levantar mi voz para que en el centro hospitalario se rompiera aquel paradigma mal establecido, donde se creía que el género tenía influencia en el rendimiento de un profesional.

Hay una frase que siempre repito en mi mente: “menos ego, más alma”. La escuché de alguien muy especial y la adopté como guía en mi vida. En el mundo quirúrgico es fácil perderse en una cultura egocéntrica que busca validación y reconocimiento de los demás.

La cirugía, siendo una carrera altamente competitiva, a menudo nos hace perder de vista que la verdadera felicidad se encuentra en las cosas más simples de la vida. Nos esforzamos erróneamente por obtener aceptación y reconocimiento social, olvidando que estos no son los verdaderos pilares de la satisfacción personal.

En contraste con el ego, el alma representa nuestra esencia más profunda y auténtica. Es aquella parte de nosotros que trasciende los deseos y expectativas externas. Se nutre de valores como el amor, la compasión, la gratitud y la conexión con los demás. En lugar de perseguir la validación externa, es mejor buscar la autoaceptación y autotrascendencia. Es a través de este cultivo y fortalecimiento que podemos encontrar la verdadera paz y satisfacción en la vida.

Como cirujanos, es fundamental reconocer que todos somos seres imperfectos y estar siempre abiertos a aprender y descubrir, lo cual nos libera del deseo de ser los mejores o tener siempre la razón. La humildad nos conecta de manera auténtica y compasiva con los demás.

Cada cosa tiene su tiempo y proceso; en el camino, los errores se transforman en valiosos maestros. A veces, la búsqueda de la sabiduría puede hacernos perder la humildad, afectando nuestro desempeño

y clima laboral. Con el pasar de los años hemos aprendido qué nos beneficia y nos guía por el camino correcto, aunque aún nos queda mucho por recorrer.

El quirófano es nuestro lugar, donde la comunicación efectiva asegura precisión quirúrgica. Un cirujano debe poder transmitir claramente sus instrucciones y necesidades al personal de apoyo, como enfermeros y anestesiólogos, para garantizar que todos estén alineados durante el procedimiento quirúrgico. Un ambiente positivo, junto con la energía adecuada y la actitud correcta, permite el flujo apropiado de las cosas.

En la vida de un cirujano, no está permitido rendirse, sin importar la complejidad del caso que enfrentemos. Enfocarnos en ser felices y disfrutar cada momento, sintiendo que nuestro trabajo va más allá de una necesidad, es el motivo por el cual realizamos sacrificios. A veces pasamos horas de pies, sin comer o dormir, luchando por salvar vidas. El quirófano se transforma en un consultorio psicológico, donde compartimos penas, alegrías, anhelos y sueños, y el equipo de trabajo se convierte en cómplice, con el objetivo común de lograr un buen desenlace.

¿A quién iremos?

Siempre me ha llamado la atención la resolución de problemas, encontrar razones para todo, solventar situaciones y explorar lo desconocido; por eso me atrajo tanto la cirugía y la investigación. Hace algún tiempo escuché sobre la enigmática Cueva de los Tayos, ubicada en la provincia de Morona Santiago de mi querido país. El esposo de una amiga había visitado aquel lugar en varias ocasiones y compartió conmigo sus fotografías. Desde ese momento, quise conocerla. Hace un par de años me uní a un grupo de exploradores y empezó la aventura.

Luego de adquirir el equipo necesario, empezó aquella larga caminata bajo el sol y en un terreno con barro, que es muy característico del oriente ecuatoriano. Aunque el equipo era pesado, las ganas de llegar y cumplir aquel anhelo eran aún mayores. Durante la travesía, hicimos una parada en una comunidad, donde llamó mi atención que niños y mujeres, incluso embarazadas, se ofrecían a llevar el peso de las mochilas a cambio de un poco de dinero. Pasaron algunas horas y por fin llegamos a la entrada de la cueva, muy felices de haber completado el primer paso.

Se dio inicio al descenso de 70 metros. Era la primera vez que hacía algo así; quise empezar a ingresar, para lo cual me colocaron el equipo y descendí. En medio de rayos de luz, sentía que casi llegaba al final; un lugar desconocido para mí. El miedo estaba presente, muchas cosas pasaban por mi mente, desde el temor a sufrir un accidente o una picadura, hasta la simple preocupación de que la oscuridad no me dejara disfrutar plenamente de esa experiencia.

Una vez que todos descendieron, emprendimos la caminata en la oscura cueva. Luego de un breve recorrido, nos enfrentamos a otro descenso de aproximadamente 10 metros, que me pareció más desafiante. Llegamos

al lugar de acampada y, posteriormente, nos dirigimos a explorar lo tan anhelado. Entre las maravillas que observé, la presencia de una cascada y un río captaron mi atención. Tuve el privilegio de bañarme y sentir caer el agua subterránea sobre mi cuerpo. Aunque la travesía tuvo sus barreras, logramos llegar hasta donde los guías permitían (anfiteatro), aunque se sabe que hay mucho más.

De regreso al lugar donde acampamos, exhaustos después de un día completo de esfuerzo físico, aunque la oscuridad de la noche no permitía conocer la hora exacta, solo lo sabía por mi reloj, comimos y descansamos con el fuerte sonido de los tayos y muchos insectos a nuestro alrededor. Al siguiente día nos aguardaba el camino de regreso; cansados pero felices por el desafío, debíamos repetir toda la travesía. Fue una experiencia enriquecedora. Hice nuevas amistades, ya que el trabajo en equipo al que nos sometimos me hizo valorar a cada uno de los cuatro exploradores y dos guías que compartieron esta aventura.

Al estar en aquella cueva, recordé que el camino en la profesión médica presenta algunas similitudes. Tuve que recorrer un trayecto agotador y largo, con caídas, y tropiezos, hasta por fin alcanzar la primera meta: ser cirujana. Posteriormente, cuando llegué al ingreso de la cueva y estaba dispuesta a asumir los riesgos del descenso, me acordé lo difícil que es tomar decisiones quirúrgicas y, sobre todo, afrontarlas y seguir adelante, con la incertidumbre de lo que ocurriría.

En el momento de la exploración, dentro de un camino tan oscuro y con piedras, lugares inestables y asimétricos, tenía mi lámpara en la frente para guiarme y continuar. Así, en la vida siempre hay una luz que nos permite seguir sin decaer y nos ayuda a pisar en terreno firme. Es admirable pensar que me costó más el descenso de los 10 metros que los 70 metros; asimismo, a veces en una cirugía nos sorprenden los hallazgos. Por eso, por más fácil que parezca una intervención, no debemos restarle importancia. Al bañarme en la cascada, recordé la satisfacción que en varias ocasiones nos dejan los casos exitosos en nuestra carrera.

Llegamos hasta donde se podía en esa exploración, por más que aún quedaba camino. Los cirujanos debemos ser capaces de reconocer nuestras limitaciones; tal vez con mayor preparación y experiencia, podremos llegar más lejos. El trabajo en equipo nos ayudó a cumplir aquella meta, así como también es fundamental que en la medicina tengamos una visión multidisciplinaria.

Y por más difícil que parezca el sendero, no debemos rendirnos hasta alcanzar lo anhelado. Probablemente, no siempre obtengamos los resultados esperados, pues no podemos predecir el futuro, pero tendremos la satisfacción de haberlo intentado. No todos los días son soleados, pues habrá unos en los que debemos enfrentar momentos de lluvia y un frío intenso que congela el corazón; solo hay esperar la sonrisa del verano. La vida está llena de incertidumbres; no nos queda más que vivir el presente y disfrutar de cada instante que tenemos.



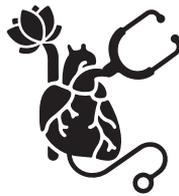
Fuente: archivo personal de Doris Sarmiento

ררלל

“La consigna es resistir”.

REFERENCIAS

Sarmiento Altamirano, D., Himmler, A., Cabrera Ordoñez, C., Olmedo Abril, S., Biondi, A. y Di Saverio, S. (19 de enero, 2021). Gender disparities in Ecuador: a survey study of the under-representation of women in surgery [Disparidades de género en Ecuador: estudio mediante encuesta de la infrarrepresentación de las mujeres en cirugía]. *Updates in Surgery*, 73, 2009-2015. <https://doi.org/10.1007/s13304-020-00964-7>



Este libro se terminó de imprimir y encuadernar
en marzo de 2024 en el PrintLab de la Universidad del Azuay,
en Cuenca del Ecuador.

El corazón de una cirujana es una colección de trece testimonios recopilados por Doris Sarmiento Altamirano, protagonizados por médicas cirujanas. El primero explora las barreras, la discriminación y los estereotipos que esta profesión enfrenta; el segundo aborda temas como las oportunidades, la perseverancia y el aprendizaje; el tercero profundiza en la academia, la mentoría y el liderazgo, mientras el cuarto centra su atención en temáticas relacionadas con el embarazo, la maternidad y la familia. El capítulo final dirige su atención al equilibrio y al desarrollo de destrezas. Estas historias contadas en primera persona relievan el papel cada vez más destacado de las mujeres en el ámbito de la medicina, y los desafíos personales y profesionales que su ejercicio demanda.

ISBN: 978-9942-645-56-2



9 789942 645562